

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador

Departamento de Sociología y Estudios de Género

Convocatoria 2014-2016

Tesis para obtener el título de Maestría en Sociología

“De la mata a la olla”: trabajo de cuidado y prácticas alimentarias en la provincia de Manabí

Andrea Nathaly Almeida Guerrero

Asesora: Cristina Vega Solís

Lectoras: Myriam Paredes y Carmen Diana Deere

Quito, enero de 2017

Dedicatoria

A todas las personas de mi comunidad, mis amigos y amigas que me han ayudado y me han apoyado tanto, me han abierto las puertas de sus casas, me han acogido con entrega y cariño, quienes en medio de sus necesidades han compartido lo que tienen conmigo sin ningún tipo de restricción. De ustedes he aprendido la sencillez, el valor, la entrega incondicional, la solidaridad y sobre todo la alegría, gracias comunidad Casas Viejas por darme tanto, por llenarme la vida y transformarla para bien, porque he aprendido la humildad, el respeto y la amistad. Quedaré profundamente agradecida con quienes me dieron su mano para caminar en el lodo en época de invierno, me prepararon la comida y me cuidaron, pues también yo he recibido cuidados y mucho afecto. Gracias por todo a los hombres y mujeres manabitas tan valientes y de tanto coraje, a mis amigos los jóvenes porque han seguido adelante y saben trabajar la tierra por y para sostener la vida, porque sus esperanzas son grandes y sus sueños muchos. A los niños y niñas que me han enseñado la inocencia, el cariño y la bondad. No tengo y jamás tendré una manera de pagarles todo lo que han hecho por mí y todo lo que significa para mí esta experiencia. Para finalizar con un poco de la alegría que tantas veces supieron darme, un amorfino para esta tierra manabita linda, grande y valerosa que sabrá salir adelante y levantarse a pesar de todas las circunstancias:

¡Feliz y contenta estoy

en Manabí, Casas Viejas

Aunque yo no soy de aquí,

aquí vendré cuando vieja!

Tabla de contenidos

Resumen	VI
Agradecimientos	VII
Introducción.....	1
Capítulo 1	6
Agricultura, Mujeres y Alimentación.....	6
1. Agricultura familiar campesina: herramientas para su estudio.....	6
1.1. Enfoques teóricos sobre el campesinado.....	6
1.2. Del campesinado a la agricultura familiar.....	9
2. Del trabajo doméstico al trabajo reproductivo: un giro en la comprensión de la unidad familiar campesina desde las relaciones de género.....	13
3.- Las discusiones sobre el trabajo de cuidado	20
4.- Alimentación como trabajo de cuidado	27
5.- Enfoques sociológicos y antropológicos sobre alimentación	30
5.1.- La dimensión social de la alimentación	31
5.2. Una mirada desde la sociología y la antropología de la alimentación	32
6.- ¿Cómo juntar el engranaje para hacerlo funcionar?	36
Capítulo 2	38
La Ruralidad Costeña: entre la agricultura comercial, la soberanía alimentaria y el rol de las mujeres campesinas.....	38
1. Análisis de la estructura agraria: escala nacional y local.....	38
2. Agricultura comercial: los vínculos de las economías familiares campesinas con el mercado.....	45
3. Acceso a recursos productivos: un desafío en la soberanía alimentaria	53
4. La situación de las mujeres rurales	61
5. Concluyendo	65
Capítulo 3	67
Configuraciones de Familias, Trabajos y Cuidados en la comunidad Casas Viejas.....	67
1. Sobre el problema y sus formas de abordarlo: aclaraciones metodológicas.....	68
2. Trabajo etnográfico: descripción y análisis de casos	74
2.1. Familias nucleares	74
2.2. Familias monoparentales.....	82

2.3. Familias extensas: algunas representaciones sobre el cuidado	90
2.4. Familias en transición: el caso “no tipo”	95
Capítulo 4	104
Producir, cuidar y vivir en los espacios de la Sostenibilidad de la Vida.....	104
1. Economía familiar campesina y producción agrícola.....	105
1.1 Estrategias de diversificación en la economía familiar campesina	106
1.2 Mercantilización de las economías rurales vs “otras economías posibles”	114
2.- Organización social del cuidado en y más allá del hogar.....	119
2.1. Formas que adopta el cuidado en el contexto rural	120
2.2 Cuidado comunitario: otra dimensión del bienestar.....	126
3.- Imaginarios de género, construcción de identidades masculinas y femeninas	131
4.- Cuidado y sostenibilidad de la vida	136
Capítulo 5	140
Cuidando y alimentando.....	140
5.1 Alimentar es cuidar	140
5.2. Prácticas alimentarias: el ritual de la comida y el tránsito entre lo tradicional y lo moderno	146
Conclusiones.....	157
Lista de referencias	166

Ilustraciones

Figuras

Figura 2.1. Ubicación del territorio de estudio	45
Figura 2.2. Predios individuales con escritura y sin escritura Comunidad Casas Viejas	56
Figura 3.1. Formas de aprovisionamiento de alimentos y actividades productivas	78
Figura 3.2. Trabajo doméstico y de cuidado	79
Figura 3.3. Trabajo agrícola y aprovisionamiento en el mercado	84
Figura 3.4. Actividad ganadera y elaboración de quesos artesanales	92
Figura 3.5. Aprovisionamiento alimentario	101
Figura 4.1. Promedio de tiempo de trabajo no remunerado semanal según grupos de edad	122
Figura 4.2. Tareas no remuneradas, horas semanales invertidas por tipo de tarea.	124
Figura 4.3. Prácticas que expresan el cuidado comunitario	128
Figura 4.4. Caja de ahorros comunitaria de mujeres	129
Figura 5.1. Alimentación como elemento de cohesión social, trabajo y festividades	150
Figura 5.2. La cocina tradicional manabita, los hornos de leña	156

.....

Tablas

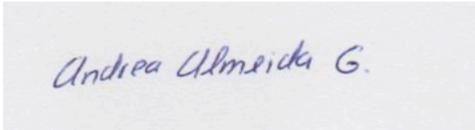
Tabla 2.1. Costos de producción de maíz duro por hectárea	49
Tabla 2.2. Predios registrados en el catastro y clasificación de acuerdo al tipo de predio	56
Tabla. 2.3. Propietarios registrados por sexo	57
Tabla 2.4. Propietarios por sexo con escritura	57
Tabla 2.5. Extensión y valor promedio de los predios por sexo	58
Tabla 3.1. Ingresos y gastos familiares semanales	77
Tabla 3.2. Ingresos y gastos familiares mensuales	98
Tabla 4.1. Calendario agrícola y comunal	114

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Andrea Nathaly Almeida Guerrero, autora de la tesis titulada “De la mata a la olla”: trabajo de cuidado y prácticas alimentarias en la provincia de Manabí declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría en Sociología concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, enero 2017.



Andrea Almeida G.

Andrea Nathaly Almeida Guerrero

Resumen

La presente investigación busca dar respuesta a la interrogante de ¿Cuál es la forma que adopta el trabajo de cuidado con relación a las prácticas utilizadas por mujeres rurales para garantizar la alimentación de las familias campesinas? A lo largo de estas páginas se identifican las estrategias por medio de las cuales las mujeres campesinas proveen de alimentos a sus familias, sosteniendo que realizan un trabajo productivo agrícola y un trabajo reproductivo a través de las labores domésticas y a través de aquellas relacionadas con el procesamiento y preparación de alimentos. En este sentido, y en relación con lo anterior se describen y caracterizan las prácticas alimentarias de las familias campesinas y se indica que las tareas alimentarias forman parte del trabajo de cuidado realizado por mujeres. Además se identifican los factores y condiciones que hacen posible o que restringen la provisión de alimentos en las unidades familiares campesinas. El estudio se llevó a cabo en la provincia de Manabí, cantón Bolívar, en la comunidad rural “Casas Viejas”. En todo el estudio se pretende mostrar la continuidad que existe “De la mata a la olla”, entendiendo este proceso en el marco de relaciones productivas y reproductivas que comprenden el trabajo de hombres y mujeres que hacen posible la subsistencia de las familias campesinas y que permiten la sostenibilidad de la vida en el medio rural.

Agradecimientos

A mis padres, porque aún en el dolor hemos sabido regocijarnos

A Mauricio y Diana, por contribuir activamente en la elaboración de este trabajo

A mis pequeños Emmanuel, Ariel y Abigail por toda la inocencia y la alegría que recibo de ustedes

Gracias por el amor, por ser y por estar

Introducción

La provisión de alimentos en las familias campesinas se encuentra sujeta a múltiples trabajos productivos y reproductivos realizados por hombres y mujeres que convergen con el objetivo de llevar el pan a la mesa y suplir necesidades fisiológicas y afectivas del hogar. Es en la cotidianidad al calor de la cocina, de la mesa y de la comida dónde todos los esfuerzos se suman para generar el bienestar de los miembros de la familia.

Es así que la investigación que se presenta a continuación analiza el proceso de producción alimentaria como parte del trabajo de cuidado no remunerado realizado por mujeres. Se entiende que el proceso de producción alimentaria comprende la producción, abastecimiento, adecuación, transformación y consumo de alimentos (Gracia 1996, 31). A lo largo de este ciclo se devela el funcionamiento y la lógica de la economía familiar campesina, las formas de cuidado de la vida y la alimentación como universo que junta ambas dimensiones.

En la producción alimentaria en el contexto rural, la mujer juega un rol muy importante ya que participa en actividades agrícolas para el sostén familiar, y también sobre ella recae la responsabilidad de preparación, procesamiento y transformación de los alimentos en el espacio de la cocina. En este sentido, con el objetivo de cuidar y alimentar a sus familias, las mujeres pueden desplegar múltiples estrategias tanto en el ámbito de la producción y abastecimiento, como en el ámbito de la preparación y el consumo alimentarios.

En el caso de la producción y abastecimiento de alimentos, se constata que las mujeres intervienen tanto en la agricultura comercial para obtener recursos para la compra de alimentos y también se desempeñan en la producción parcelaria destinada al autoconsumo. El trabajo agrícola de mujeres se caracteriza por la estacionalidad de la producción y no representa una forma de empleo permanente, por lo que en las unidades familiares se generan combinaciones complejas entre trabajo asalariado extra parcelario de los hombres, emprendimientos de las mujeres, entre otras.

En el ámbito de las tareas derivadas de la preparación y transformación de los alimentos para el consumo humano, que tienen lugar en la cocina, este puede ser catalogado como “un territorio femenino” (Carrasquer 2012, 181) en el que convergen conocimientos y formas de cuidar con los factores y condicionantes materiales en el momento de juntarlo

todo en la olla. Las prácticas alimentarias están relacionadas con la estructura social, cultural y económica de la unidad doméstica, ya que cocinar no constituye un simple acto de nutrir a los demás, sino que se encuentra en la base de la reproducción de la existencia humana.

Las familias campesinas se asumen como unidades de producción y reproducción donde se generan relaciones de afecto y desafecto, se organizan tiempos, se dividen tareas, se reparten recursos y labores, entre las cuales las mujeres se responsabilizan de gran parte del trabajo de cuidado que permite garantizar la alimentación y mantener el bienestar de todos los miembros.

En este sentido, la pregunta que guió este estudio consiste en indagar ¿Cuál es la forma que adopta el trabajo de cuidado con relación a las prácticas utilizadas por mujeres para garantizar la alimentación de las familias campesinas? Esta interrogante así formulada responde a los objetivos de: 1) Identificar las estrategias por las cuales las mujeres se proveen de alimentos, 2) Caracterizar y describir las prácticas alimentarias en las familias campesinas como expresión cultural y como parte del trabajo de cuidado no remunerado realizado por mujeres, 3) Identificar los factores y condiciones que hacen posible la provisión de alimentos en las familias campesinas, considerando la multiplicidad de trabajos que contribuyen al sostenimiento de estas familias.

La investigación fue realizada en una comunidad rural en la provincia de Manabí, en el cantón Bolívar, comunidad “Casas Viejas”. Este estudio de caso es significativo, ya que permite visibilizar aspectos ocultos con respecto a las mujeres rurales, como por ejemplo su aporte a la sostenibilidad de la vida en los hogares campesinos y contribuye a un análisis sobre el trabajo de cuidado en el ámbito rural, teniendo en cuenta que las reflexiones al respecto han estado vinculadas al contexto urbano.

En el primer capítulo se presentan los supuestos teóricos de los que se parte y que comprenden tres aristas: la primera centrada en los estudios campesinos y la problematización de la categoría de agricultura familiar. Se realiza un balance sobre las corrientes que han estudiado el campesinado y se toman los aportes teóricos de Schneider 2014, Van der Ploeg 2010, Heynig 1982, entre otros.

La segunda arista resalta que la unidad familiar campesina debe ser evaluada con “ojos de género” por lo que las contribuciones de las teóricas del marxismo feminista (Dalla

Costa 1971, Beneria 1999, Picchio1994) permiten analizar categorías como la de trabajo doméstico, aplicable a las familias campesinas. En la misma dirección se continúa con el debate sobre el trabajo de cuidado, resaltando los aportes de autoras como Carrasco, Borderías, Torns 2011 y Orozco 2014. Finalmente se toman análisis de la antropología y sociología de la alimentación para reflexionar sobre el fenómeno alimentario. En este ámbito aporta el análisis de autores como Gracia y Poulain.

En el segundo capítulo se aborda el contexto en el que se inserta el problema y se realiza un análisis breve sobre la estructura agraria en escala nacional y local, se pone en evidencia los vínculos de las economías familiares campesinas con el mercado a través de la agricultura comercial de maíz, el acceso a la tierra en la comunidad de este estudio y cómo las deficiencias en el acceso a este recurso repercuten en la soberanía alimentaria, se presentan los datos sobre propiedad de la tierra para el caso de estudio. A su vez se muestra la situación de las mujeres rurales en ese contexto.

El capítulo tres consiste en la descripción del trabajo etnográfico realizado con cuatro familias campesinas, se realiza una justificación metodológica en cuanto al proceso investigativo en general y en cuanto al trabajo de campo en particular. También se presentan las variables que permitieron la selección de los casos y se muestra de forma detallada la problemática en cada familia con relación a las estrategias de generación de ingresos y formas de aprovisionamiento, la división sexual del trabajo en el hogar así como las particularidades de cada familia con respecto al trabajo doméstico y de cuidados, las tareas alimentarias y el uso del tiempo. Se debe aclarar que no toda la información se encuentra en el mismo nivel, pues se evidencia la heterogeneidad de los grupos familiares en la comunidad.

En el capítulo cuarto se realiza un análisis sobre las economías familiares campesinas y la organización social del cuidado, entendiendo que la forma que adopta el cuidado se encuentra en correlación con la denominada esfera productiva, se trata de mostrar la multiplicidad de trabajos que propenden al sostenimiento de la vida y cómo estos interactúan con el trabajo de cuidado y lo moldean. Finalmente, en el capítulo quinto se dan a conocer las razones por las que la alimentación se constituye como un trabajo de cuidado, las prácticas alimentarias como una expresión de la cultura manabita y como un pretexto que genera la vida en comunidad.

En cuanto a la metodología utilizada a lo largo de la investigación se parte de dos propuestas epistemológicas y formas de abordar la realidad. La primera tiene que ver con los estudios campesinos sobre la heterogeneidad y de las prácticas de los actores dada a conocer por Long, esta es particularmente útil en el contexto rural porque permite dar cuenta de la “diversidad de prácticas sociales y discursivas que son ejecutadas e interpretadas por los actores” (Long 2007,107). Y el segundo paradigma que guió la investigación fue la mirada feminista de la economía para problematizar el hogar como unidad de cooperación y conflicto, comprender los trabajos productivos y reproductivos que permiten sostener la vida y volver sobre las esferas invisibilizadas, como aquella del hogar y las relaciones que se gestan en su interior.

Se utilizó el método etnográfico para la recolección de datos, ya que permitía el análisis de la realidad-comprendiéndola, por este motivo se tomó cuatro familias como estudios de caso representativos de la heterogeneidad social presente en el territorio de análisis; se convivió durante una semana con cada una de ellas para poder acercarse a sus prácticas cotidianas. Además, se realizaron visitas de campo en distintas épocas del año para captar la variación en las actividades de hombres y mujeres de acuerdo a los ciclos productivos de la agricultura, de esta forma se realizó observación participante durante diferentes momentos según la temporalidad invierno/ verano que configura la vida social de la comunidad. La información cualitativa se complementó con entrevistas semi-estructuradas, todas ellas fueron confidenciales y se han sustituido los nombres originales de los entrevistados, al final se incluye una lista de referencias.

También se recolectó información de carácter cuantitativo que permita contrastar y complementar el trabajo etnográfico. Se recogieron datos primarios a través del Registro Predial facilitado por el Municipio de Bolívar y se procesó la información de acuerdo al tipo de predios: copropiedades familiares y maritales, predios registrados de forma individual, aquellos públicos y los pertenecientes a asociaciones o agrupaciones privadas. Se desagregaron los datos por sexo y se realizó un conteo de los propietarios hombres y mujeres, esto con el objetivo de obtener información acerca de la propiedad de la tierra en la comunidad de nuestro estudio.

Adicionalmente, se aplicó una encuesta sobre uso del tiempo a un grupo de mujeres de la comunidad. El grupo constituye una caja de ahorros comunitaria en la que participan exclusivamente mujeres y es la única organización de esta índole en la zona de estudio.

El instrumento para la encuesta fue elaborado tomando como referencia a la Encuesta Nacional de Uso de Tiempo del INEC realizada en el año 2012, la que consta de 132 preguntas; para los fines acotados de esta investigación se diseñó una boleta de 15 preguntas divididas en bloques de actividades. Se tomó como periodo de referencia el momento actual y se aplicó por entrevista directa a todo el grupo de mujeres con el afán de visibilizar el trabajo doméstico y de cuidados realizado en los hogares campesinos.

El fin último y la contribución de esta investigación ha sido develar la relación existente entre las esferas de la producción y la reproducción, dando énfasis a las formas de cuidado de la vida en el contexto rural y a la alimentación como parte del trabajo de cuidado que permite a las familias campesinas de la costa subsistir en el día a día.

Capítulo 1

Agricultura, Mujeres y Alimentación

1. Agricultura familiar campesina: herramientas para su estudio

La agricultura familiar desempeña un rol fundamental en la producción de alimentos, así como también “en la conservación del conocimiento y el patrimonio simbólico y cultural relacionado con la alimentación” (Martínez 2014, 5). Aunque la noción de agricultura familiar se ha configurado de manera reciente en América Latina el debate suscitado en torno a esta es extenso y ha transitado por distintos enfoques teóricos. A lo largo de la investigación nos referiremos a economías familiares campesinas y a la agricultura familiar como equivalentes, debido a que se considera que estas hacen referencia a un mismo fenómeno. Aquí se detallan algunas de las discusiones sobre la unidad doméstica campesina que han sido enmarcadas en las corrientes *campesinistas* y *descampesinistas*, además se presentan los principales aportes de estas corrientes.

1.1. Enfoques teóricos sobre el campesinado

En la trayectoria del concepto de *agricultura familiar* encontramos como eje transversal en los distintos enfoques teóricos la preocupación por el funcionamiento y la lógica de la producción familiar agrícola campesina. Aquí se hace mención a la vertiente antropológica y a la perspectiva de la modernización, el enfoque marxista, la teoría de Chayanov y el debate sobre *campesinistas* y *descampesinistas* que recoge elementos de las diferentes corrientes.

El análisis antropológico se centró en el estudio de las comunidades campesinas, se utiliza el término campesino para designar grupos cuyo comportamiento económico se explica a partir de sus actitudes, valores y cultura tradicional (Heynig 1982). Robert Redfield, uno de los exponentes de esta vertiente teórica indica: “llamo campesinos aquellos que tienen en común al menos estas características: la agricultura es un modo de subsistencia y un modo de vida y no un negocio para la ganancia”¹ (Redfield 1956, 27). Este autor describió a las sociedades campesinas como una forma de transición de la sociedad tradicional a la sociedad moderna y asegura que el proceso de industrialización incentiva la desaparición del campesinado. Además, es el primer teórico en distinguir la figura del *peasant* y el *farmer*; el primer grupo mantiene un

¹Traducción de la autora.

modo de vida tradicional a partir de la agricultura, mientras el segundo concibe a la agricultura como una actividad en función de la ganancia.

Los enfoques antropológicos abrieron el camino para las teorías que consideraban que la persistencia de elementos tradicionales constituye un obstáculo para la modernización, este diagnóstico se reflejó en las políticas de desarrollo rural en América Latina promulgadas por la CEPAL durante los años sesenta. Se destaca el enfoque modernizador, el mismo que:

Reconoce a los campesinos como pequeños productores tradicionales, que inexorablemente, serían transformados o por el proceso de modernización tecnológica de la agricultura (la Revolución verde) o por los efectos de la industrialización y urbanización (Schneider 2014, 33).

El paradigma de la modernización señaló que el principal problema de la región latinoamericana tenía su raíz en la relación centro-periferia que colocaba a la región en desventaja en términos económicos. Desde esta visión se generaron diversas agendas de desarrollo y, en el caso del sector agrícola existía la convicción de que la introducción de tecnología al proceso productivo y la transferencia de capital eran fundamentales para transformar los pequeños predios campesinos en empresas familiares; de ahí la importancia de la Revolución Verde² al elevar la productividad de la tierra a través de la introducción de paquetes tecnológicos para los cultivos. También tuvieron lugar las reformas agrarias promovidas en todo el continente ya que se consideraba que la desigualdad en la distribución de la tierra constituía un factor causante del subdesarrollo.

Por otra parte, la perspectiva marxista entiende que el campesino “como propietario de los medios de producción es un capitalista, y como trabajador su propio asalariado” (Heynig 1982, 123), de forma que presenta rasgos característicos de la burguesía y del proletariado. Este enfoque asegura que el desarrollo del capitalismo destruye las formas de producción pre capitalistas incluyendo en ellas al campesinado, el cual se ve abocado a insertarse en el mercado como mano de obra proletaria. En atención a esta tesis, Lenin analiza el proceso de diferenciación social del campesinado y su descomposición en

² Con el objetivo de incrementar la productividad y hacer frente al problema del hambre en el mundo, tuvo lugar la denominada “Revolución Verde” que fomenta el uso de productos químicos para mejorar los rendimientos de distintos cultivos. Tuvo su origen en Estados Unidos y se expandió a todo el planeta. (Heinisch 2013, 14).

burguesía y proletariado rural. Entre las causas que hacen posible este fenómeno se encuentran el desarrollo de la agricultura comercial y la destrucción de la producción parcelaria. Sin embargo, Schneider señala que con el transcurso del tiempo se ha evidenciado que a pesar del desarrollo del capitalismo en el agro, la forma de producción parcelaria no ha desaparecido, así: “ni la modernización agrícola ni la industrialización fueron capaces de acabar con los pequeños productores” (Schneider 2014, 33).

Otro de los análisis que ha tenido gran impacto en la reflexión sobre el campesinado es el realizado por Chayanov, quien estudia al campesinado ruso de los años veinte del siglo pasado, en el marco de un proyecto de modernización agraria. El autor sugiere que la economía campesina se basa en la explotación de la fuerza de trabajo familiar, sin tomar en cuenta el monto correspondiente al salario en la producción doméstica, de acuerdo con esto: “la economía campesina es una forma de producción no capitalista para la cual no existe ganancia, salario, ni renta” (Heynig 1982, 128). Así:

Debemos reconocer que la mano de obra es el elemento técnicamente organizativo de cualquier proceso de producción. Y en la unidad económica familiar la composición y el tamaño de la familia determinan íntegramente el monto de la fuerza de trabajo, su composición y el grado de actividad (Chayanov 1974, 46).

Chayanov comprende a la familia campesina como una unidad económica de trabajo y consumo, la fuerza de trabajo se ocupa en actividades agrícolas y no agrícolas y se explota hasta cubrir las necesidades de todos sus miembros. Por esta razón, la fuente de ingresos de la unidad doméstica es el producto del trabajo generado por la familia ya que se encuentra ausente la categoría del salario. Eso explica la capacidad de resistencia que tiene la economía campesina respecto a la competencia capitalista” (Heynig 1982, 130). El autor considera que el monto de mano de obra disponible varía a lo largo de los ciclos de desarrollo familiar, aunque no se contempla el trabajo reproductivo en el análisis.

La perspectiva de Chayanov y la de Lenin permitieron plantear en estudios posteriores el debate entre *campesinistas* y *descampesinistas*. El primer grupo sostiene la persistencia del campesinado a pesar del desarrollo del capitalismo. Esta corriente presenta la tesis de que “la subsistencia de los campesinos no es sólo compatible con la creciente penetración del capitalismo en el campo, sino que incluso es una condición

para su expansión” (Heynig 1982, 134). También se indica que aunque la relación de tipo salarial penetre en el agro, esta no es la principal relación productiva, ya que se encuentra subordinada a relaciones no mercantiles.

En el otro lado del debate, los *descampesinistas* sostienen que “los minifundistas están en vías de desaparición y la eliminación de los campesinos por parte del capitalismo supone su transformación en asalariados sin tierra, es decir, en un proletariado rural en sentido estricto” (Feder 1977, 1441). Por ende, la eliminación del campesinado es inevitable a medida que se desarrolla el capitalismo.

Ahora bien, se pueden resaltar algunas características en las que coinciden los distintos enfoques sobre el campesinado: a) la producción campesina tiene como objeto principal la reproducción de la unidad familiar; b) la unidad campesina emplea fuerza de trabajo familiar, aunque puede ocasionalmente utilizar mano de obra asalariada, y los miembros de la familia pueden convertirse en asalariados durante ciertos periodos del año; c) la producción no busca el lucro, aunque se genera un excedente que se absorbe en el mercado y d) la unidad campesina puede combinar actividades agrícolas y no agrícolas para garantizar la reproducción familiar. Es menester aclarar que aquí se comprende a la reproducción como posibilidad de supervivencia de la familia, y que la problematización sobre los términos producción-reproducción se encuentran bien desarrollados en el feminismo marxista, estos postulados se analizan más adelante.

Los enfoques presentados comprenden al campesinado como una unidad homogénea y coherente en sí misma, utilizan la categoría de forma genérica para designar un conjunto de realidades muy diversas y heterogéneas; de hecho, es más pertinente hablar de agriculturas familiares, que varían de acuerdo al contexto social e histórico, los tipos de familias, entre otros factores. Esta heterogeneidad es la que se pretende captar a través de la comprensión de la hoy denominada agricultura familiar campesina.

1.2. Del campesinado a la agricultura familiar

En las discusiones contemporáneas se ha consolidado la categoría de *agricultura familiar* para designar aquello que se entendía como campesino o pequeño productor, a diferencia de los debates precedentes, el aporte de esta propuesta radica en comprender la heterogeneidad de la realidad rural, en la que se encuentran campesinos que mantienen la producción para la subsistencia, como aquellos que se han capitalizado, pues “no existe una demarcación nítida para distinguir al campesino del agricultor

empresarial” (Van der Ploeg 2010, 67), sino que existen *grados de campesinidad* debido a las variaciones que se han generado con el desarrollo del capitalismo en el agro, el que ha provocado situaciones ambiguas que no se pueden definir con categorías como la proletarización total o la persistencia de formas tradicionales en estado “puro”. En el campo teórico existen dificultades para construir una definición unívoca sobre la agricultura familiar, varios estudios coinciden en que el rasgo característico de este tipo de unidades es que la explotación agrícola hace uso de la mano de obra familiar. Entre otras de sus particularidades Martínez destaca: “los vínculos de la unidad productiva con el mercado y la presencia de formas híbridas de producción” (Martínez 2013, 6). Esta caracterización captura de mejor manera la complejidad presente en el medio rural. Así por ejemplo, la demanda de mano de obra en el agro es estacional, “la estacionalidad de la producción agrícola implica que pequeños productores, o miembros de la unidad familiar, en determinados periodos del año venden su fuerza de trabajo; es decir, se convierten en asalariados, para después volver a trabajar su parcela” (Heynig 1982, 139).

Hechos como este crean figuras como el asalariado temporal o la pluriactividad en el agro, pues la unidad familiar es cada vez más dependiente de actividades no agrícolas, trabajo asalariado en las ciudades, actividades relacionadas con la artesanía, procesamiento de productos agrícolas, prestación de servicios, todas ellas como formas de trabajo e ingreso. Carrión y Herrera dan importancia a los ingresos extra-parcelarios y proponen el apelativo de *economía familiar campesina* para designar:

Un modelo de agricultura ligada a la administración de la fuerza de trabajo familiar, no se reproduce exclusivamente de la producción agrícola, sino que debe recurrir a ingresos fuera de la finca, incluso en algunos casos los ingresos extra parcelarios son mayores y depende de estos mantenerse como familias campesinas (Carrión y Herrera 2012, 149).

Adicionalmente, la agricultura campesina participa en la acumulación de capital porque la producción doméstica transfiere un excedente al mercado debido a que el valor de la fuerza de trabajo familiar no se encuentra incluido en el costo de producción, así como tampoco la renta de la tierra. Estos hechos obedecen a transformaciones y continuidades en la unidad familiar en las que la agricultura se mantiene como actividad fundamental.

Perspectivas como la de Van der Ploeg dan una mirada amplia a la agricultura familiar, o lo que este autor entiende como el *modo campesino de explotación agrícola*, que comprende múltiples formas en las que los campesinos ordenan la producción, y que:

Se caracterizan por la búsqueda de autonomía del campesinado en un contexto de privación y dependencia, además del trabajo encaminado a ampliar y controlar una base de recursos que tienen como base fundamental a la naturaleza la interacción con el mercado, así como el desarrollo de actividades no agrícolas (Van Der Ploeg 2010, 49).

También considera una dimensión normativa y cultural que sirve de guía a los agricultores en el momento de organizar la unidad de producción y la vida familiar. Este análisis permite al autor establecer tipologías de los *estilos de agricultura* de acuerdo a la relación de la unidad doméstica con el mercado, las pautas culturales, los recursos disponibles, el trabajo y las prácticas productivas asociadas a la tecnología aplicada en la producción (Ploeg en Schneider 2014, 46). En síntesis, la discusión con respecto a la agricultura familiar versa sobre las condiciones que generan transformaciones en el campesinado. De acuerdo a estas consideraciones se entiende a la agricultura familiar como:

Un tipo de producción donde la unidad doméstica y la unidad productiva están físicamente integradas, la agricultura es un recurso significativo en la estrategia de vida de la familia, la cual aporta la fracción predominante de la fuerza de trabajo utilizada en la explotación, y la producción se dirige tanto al autoconsumo como al mercado (Hocsman 2014, 46).

Esta discusión teórica reconoce que las relaciones productivas, sociales y económicas en las sociedades rurales atienden a una diversidad de formas que se deben aprehender en su singularidad. Por esta razón, muchos estudiosos del agro han tratado de construir tipologías para la comprensión de la agricultura familiar en sus contextos específicos. Aquí se pueden enmarcar distintas tipologías que recoge Schneider sobre las tendencias en la agricultura familiar. El primer grupo puede abarcar a la agricultura familiar “de subsistencia” destinada al autoconsumo y descapitalizada, puede incluir formas de empleo fuera del predio en actividades agrícolas y no agrícolas. Un segundo grupo es la agricultura familiar “intermedia o en transición” comprende la agricultura para el mercado y para el autoconsumo sin que se generen procesos de acumulación. Finalmente una tercera tipología es la agricultura familiar “comercial” y capitalizada

donde predomina la producción para el mercado y se producen excedentes que permiten la acumulación (Schneider 2014, 33).

El concepto de agricultura familiar implica una dimensión política y muchas veces atiende a fines prácticos, especialmente para el diseño de políticas públicas en el agro. Algunos autores señalan que el concepto de agricultura familiar ha servido para desplazar de la agenda de los Estados reformas estructurales como la repartición equitativa de la tierra y los recursos, en su lugar se centra en temas como la competitividad, comercialización y agronegocios; así: “borrar a *la clase incómoda* del espacio rural latinoamericano, para sustituirla conceptual y políticamente por la agricultura familiar hace sentido en la coyuntura actual marcada por el *neoextractivismo*” (Ramírez 2014, 9). Por este motivo se debe problematizar la agricultura campesina comprendiendo sus limitaciones en tanto que puede convertirse en un tipo de agricultura funcional a la gran agroindustria, además de que existe un afán político de reemplazar la figura del campesino por el agricultor familiar.

Por ende, se entiende que la agricultura familiar se orienta en una diversidad de formas, el autoconsumo, la relación con la agroindustria y las formas de subsidiarla debido a que las familias campesinas asumen las pérdidas de la actividad agrícola y contribuyen con su mano de obra no asalariada. Además persiste el cultivo en la parcela con el objetivo de suplir las necesidades de alimentación; se hace evidente la pluriactividad, condicionada por la división del trabajo al interior de las familias de acuerdo al sexo, edad, entre otros.

Otro hecho a destacar es el papel que desempeña la agricultura familiar y las mujeres en la producción alimentaria, “las mujeres producen más del 50% de los alimentos en todo el mundo y realizan la aplastante mayoría del trabajo de procesamiento de alimentos en los países en desarrollo” (CEPAL 2013, 17). De modo que la pequeña producción tiene sobre sus espaldas la responsabilidad de garantizar la provisión de alimentos. La satisfacción de esta demanda se encuentra condicionada por los límites y posibilidades impuestos a la agricultura familiar frente al gran capital y también del rol del Estado a través de la implementación de políticas públicas en el contexto de la agudización de la pobreza de las familias campesinas. Las interrogantes sobre ¿Quién?, ¿Cómo?, ¿Dónde se cultivan y cosechan los alimentos? y ¿en qué condiciones se realiza esa tarea? requieren para su respuesta del estudio de casos sobre la agricultura familiar, algunos de

los elementos y herramientas teóricas pertinentes para su comprensión han sido expuestas en este apartado.

Por otro lado, una reflexión importante se refiere a la base familiar en la producción campesina o ¿Cómo comprender “lo familiar” en la agricultura familiar? A este respecto recuperamos contribuciones como la de Meillassoux, que ancla su análisis a las comunidades primitivas y sugiere respuestas a esta pregunta. Así, “la producción agrícola favorece la constitución de lazos familiares permanentes e indefinidamente renovados” (Meillassoux 1987, 41), a la vez que se imponen obligaciones económicas derivadas de las relaciones de producción que sostienen la agricultura. Las prácticas agrícolas requieren la formación de células productivas, en donde existe un proceso de producción que requiere de la inversión de energía y trabajo prolongado durante varios meses y

El ritmo lento de la producción contribuye a mantener juntos a los productores durante toda la duración del ciclo agrícola y más allá de éste. (...) Con este tipo de actividad repetitiva y cíclica se desarrolla el mantenimiento de la cohesión de la célula productiva, (...) las relaciones internas de la familia están asociadas a las prácticas agrícolas al mismo tiempo que a la reproducción (Meillassoux 1987, 47).

La agricultura está asentada sobre la base de relaciones familiares y de reproducción, lo que determina la organización social y la vida en la comunidad doméstica; se crean lazos sociales en torno a células agrícolas dado que quienes cultivan están interesados en permanecer juntos hasta culminar el ciclo agrícola por su interés de beneficiarse del trabajo común. Esta perspectiva llama la atención sobre las relaciones familiares que se tejen en torno a la actividad agrícola y que son su sustento; estas “células” asumen el trabajo productivo y reproductivo, de aquí se desprende la organización social y económica de la comunidad. A continuación se presenta la perspectiva que nos abre la reflexión sobre las relaciones de producción y reproducción, así como el trabajo doméstico al interior de las unidades domésticas campesinas.

2. Del trabajo doméstico al trabajo reproductivo: un giro en la comprensión de la unidad familiar campesina desde las relaciones de género

Aunque la literatura sobre agricultura familiar y los debates sobre el campesinado otorgan herramientas teóricas importantes, a menudo realizan una lectura de la familia como una unidad homogénea y armónica y se desatienden las dinámicas internas que la

estructuran. Amaia Pérez indica que el hogar es la red de mayor cercanía donde se toman decisiones económicas, se organizan trabajos, se accede a recursos y se gestionan cuidados; se llama la atención acerca de la diversidad que puede existir en la composición de los hogares, ya que estos son disimiles y no se reducen a la figura de familia nuclear, pueden ser familias extensas, monoparentales, hogares compuestos por personas sin parentesco, entre otros (Pérez Orozco 2014, 161).

Frente a una visión restringida sobre los hogares, Agarwal propone mirar las dinámicas de género, relaciones de poder, distribución de recursos y toma de decisiones en las familias, las que se constituyen como unidades donde convergen conflicto y cooperación (Agarwal 1997). Amaia Pérez al respecto de los hogares señala que:

En ellos se da algún tipo de cooperación, una cierta gestión común del bien-estar. Pero también son escenario de conflicto, de relaciones de poder, de distribución desigual e injusta de lo que se hace, quién lo hace, qué recibe a cambio, cómo se valora lo que cada quien aporta y necesita (Pérez Orozco 2014, 163).

Se considera pertinente indagar sobre las relaciones de género en la unidad campesina y abordar problemas como la división sexual del trabajo que existe al interior de los hogares y la contribución de la mujer a la economía familiar. De esta manera, la literatura de género nos permite observar las relaciones asimétricas al interior de las familias y develar la importancia del trabajo no asalariado realizado por las mujeres.

Uno de los primeros aportes en este sentido surgió de la mano del feminismo marxista durante la década de los setenta y ochenta como una crítica a ciertos postulados del marxismo que desconocían la importancia del trabajo no asalariado realizado por las mujeres y la contribución del mismo al proceso de acumulación capitalista. En esta línea teórica se enmarcaron las discusiones sobre el trabajo doméstico. Este análisis tenía como finalidad: 1) examinar el valor de las actividades que realizan las mujeres en el ámbito familiar y reconocerlas como un trabajo con el fin de “hacer visible la significación del trabajo reproductivo para el conjunto de la economía” (Himmelweit 2011, 199), 2) revisar la relación entre el trabajo doméstico y la producción capitalista y 3) ofrecer una aproximación conceptual sobre el trabajo en el hogar que permita superar los límites impuestos por el marxismo en cuanto a la comprensión del rol de la mujer en el sistema capitalista.

En primera instancia, se reconoce que las mujeres siempre han realizado una contribución esencial, aunque no reconocida, para la economía familiar. Con el advenimiento de la industrialización muchas mujeres se sumaron al trabajo asalariado sin que eso significara el reemplazo o abandono del trabajo realizado en el hogar. La mujer se vio obligada a enfrentar una posición esquizofrénica frente al ámbito productivo y reproductivo que aparecían como espacios disociados entre sí, situación que generaba conflictos a causa de la carga global de trabajo que la mujer realizaba. Este hecho dio lugar a que se considere la existencia de un sistema capitalista afianzado por un sistema patriarcal, este último determinado por la explotación de las mujeres en el contexto de relaciones capitalistas de producción (Molyneux 1979).

En América Latina se llevan a cabo estudios que explican la subordinación de las mujeres en el marco de un sistema de dominación donde se superponen desigualdades de clase y género. Para Saffioti las actividades domésticas constituyen un trabajo subsidiario que realizan las mujeres y que sostiene la organización productiva capitalista. (Saffioti en Jelin 2014). De la misma manera, para estudiosas como Larguía y Dumoulin los procesos de producción ligados al mercado capitalista permitieron la escisión entre casa y trabajo donde la mercancía fuerza de trabajo se sostiene gracias a una labor femenina; la reproducción en el plano doméstico comprende una dimensión biológica, reproducción cotidiana de la fuerza de trabajo y reproducción social a través del cuidado y la crianza a nuevas generaciones (Larguía y Doumulin en Jelin 2014, 29).

Es así que en el debate generado durante los años setenta se trató de dilucidar el carácter y la particularidad del trabajo doméstico. De acuerdo con De Barbieri este consiste en “un conjunto de tareas por demás conocidas: cocinar, lavar, planchar la ropa, asear la casa, cuidar a los niños, alimentarlos, hacerlos dormir (...) su objeto es atender el consumo individual” (De Barbieri 1978, 110). De esta forma, el trabajo doméstico se consideró inicialmente como productor de valores de uso, a diferencia del trabajo asalariado productor de valores de cambio. La autora indica que “cuando el ama de casa realiza su trabajo doméstico, cuando cocina o cuando lava ropa produce valores de uso para sí misma y para otros” (De Barbieri 1978, 112).

Por su parte, Federici considera que el trabajo doméstico no puede ser considerado como productor de valores de uso para el consumo familiar y enfatiza la importancia del trabajo doméstico no remunerado para la economía capitalista, indica que:

La reproducción de la fuerza de trabajo requiere un abanico más amplio de actividades que el mero consumo de mercancías, los alimentos deben ser preparados para ser consumidos, la ropa tiene que ser lavada y hay que cuidar y reparar los cuerpos humanos (Federici 2013, 160).

Es decir, que las mercancías adquiridas en el mercado a través del salario no se encuentran disponibles para su consumo inmediato y es necesaria la inversión de tiempo y trabajo para lograr su adecuación y procurar la subsistencia de la familia.

Fue justamente el proceso de reproducción de las personas facilitado por el trabajo doméstico el que permitió analizar la contribución de este último a la acumulación de capital. Para María Rosa Dalla Costa (1971), el capitalismo a través del salario ha controlado también el trabajo no asalariado femenino y ha insertado a las mujeres en la lógica del servicio personal a los hombres y a los hijos dentro la familia, el capitalismo ha creado un tipo de familia en el que las mujeres se encargan de prestar servicios sociales para sostener la fuerza de trabajo masculina liberándola de la responsabilidad sobre las tareas que hacen posible la reproducción cotidiana. Según Dalla Costa:

La mujer ha sido aislada en la casa, forzada a llevar a cabo trabajo que se considera no calificado: dar a luz, criar, disciplinar y servir al obrero para la producción. Su papel en el ciclo de producción social ha permanecido invisible porque solo el producto de su trabajo, *el trabajador*, era visible (Dalla Costa 1971, 6).

En suma, el trabajo reproductivo garantiza la permanencia de la fuerza de trabajo para el mercado, puesto que el hogar es el lugar donde se reproduce una mercancía específica: la fuerza laboral, la misma que en palabras de autoras como Picchio se encuentra “esterilizada” frente a los conflictos que tienen lugar en la familia y así se generan todas las condiciones para el trabajo fuera de casa (Picchio 1994). Pero el trabajo reproductivo no se limita al trabajo doméstico, sino que abarca las tareas para la reproducción intergeneracional, la crianza, educación y cuidado de los hijos, que eventualmente se convertirán en agentes de la producción. A su vez, las mujeres se encargan de compensar los efectos nocivos de un sistema productivo alienante mediante la restauración física y emocional del trabajador, la autora afirma que “la mujer actúa como válvula de seguridad de las tensiones sociales creadas por la organización capitalista del trabajo” (Dalla Costa 1971, 14).

Este análisis permitió comprender que el trabajo doméstico no solo produce valores de uso, sino que contribuye al proceso de acumulación debido a que permite mantener el salario del trabajador por debajo del mínimo necesario para proveerse de los medios de vida requeridos para la subsistencia, el salario no incluye el costo total de la producción de la fuerza de trabajo y así se hace posible la extracción de un excedente. La contradicción existente entre el trabajo reproductivo destinado a generar el bienestar de las personas, y la producción mercantil orientada a la maximización de los beneficios monetarios fue cuestionada por Antonella Picchio, cuya visión crítica mostró el doble carácter del trabajo de las mujeres inscrito en la dinámica de producción-reproducción. Al igual que Picchio, otras teóricas representantes de esta corriente, (Benería 1999, Gardiner 1975, Dalla Costa 1971) llamaron la atención sobre la desigualdad en la distribución del trabajo doméstico o lo que se denomina como la división sexual del trabajo. Todas ellas coinciden en que el trabajo de reproducción ha sido delegado históricamente a las mujeres, así, “el amor de las mujeres se expresa, y es exigido, en la familia en términos de trabajo” (Picchio 1994, 456). Este hecho expresa una diferenciación de género en cuanto a las tareas del hogar, pues a las mujeres se les asigna una carga mayor en las responsabilidades de la casa, sin que exista una diferencia si desempeñan un trabajo asalariado. Esta división arbitraria e inequitativa del trabajo se basa según Molyneux en “los supuestos concernientes a la maternidad, alentados por argumentos naturalistas o esencialistas” (Molyneux 1979, 46), los que refuerzan relaciones de subordinación femenina concibiendo a las mujeres como madres, esposas, amas de casa y trabajadoras domésticas gratuitas (De Barbieri 1978, 116).

Por esta razón, una parte del debate sobre el trabajo doméstico trató de reivindicar el trabajo no remunerado y exigir un salario para el ama de casa, el afán de visibilizar esta labor permitiría comprender las actividades que contribuyen al bienestar de los seres humanos, pues es preciso conocer “quien costea los hijos” (Folbre en Beneria 1999, 82). Además, la distribución inequitativa del trabajo no solo se encuentra anclada a la familia, sino que tampoco está distribuido equitativamente entre las clases y grupos sociales. Lourdes Benería indica que: “las familias acomodadas pueden contratar a terceras personas (sobre todo mujeres) para que hagan las faenas del hogar, y también adquirir bienes y servicios que los hogares pobres tienen que producir por sí mismos, sin ayuda externa” (Beneria 1999, 83).

Se debe mencionar que todos estos aportes se encuentran insertos en un contexto específico que es la sociedad industrial; estos “se han centrado en las experiencias de mujeres blancas, europeas y norteamericanas, de clase media, heterosexuales” (ONU Mujeres 2012, 18). Mientras que la reflexión de este problema en América Latina presenta otras características, como por ejemplo la distinción entre trabajo remunerado y no remunerado no es evidente en el marco de las economías familiares campesinas, donde las fronteras entre producción y reproducción son difusas o inexistentes. Sin embargo, utilizando las herramientas teóricas de las feministas de la década del setenta se han realizado análisis sobre el trabajo de la mujer rural, estos han enfatizado sobre su aporte a la economía campesina, así como la reflexión sobre la división sexual del trabajo y las relaciones de género en la unidad familiar campesina, Deere propone:

Analizar a la familia campesina como un espacio donde confluyen relaciones de clase, y luego demostrar cómo la participación campesina en estas relaciones sirve para reproducir a la familia campesina como unidad de producción y reproducción. Esto supone explorar como las relaciones de clase interactúan con la constitución y reproducción de las familias campesinas y las relaciones entre hombres y mujeres en su interior (Deere 1992, 19).

Deere asegura que la división de trabajo por género en la familia sostiene la participación de sus miembros en múltiples actividades generadoras de ingresos y es la clave en la extracción de un excedente pues “las mujeres y los niños son movilizados para producir medios de subsistencia destinados a la producción y reproducción de la fuerza de trabajo para el mercado laboral” (Deere 1982, 18). En suma, el trabajo de la mujer reduce el valor de la fuerza de trabajo para el usufructo del capital y se incrementa la tasa de plusvalía y con ella la acumulación.

La división sexual del trabajo no es estática y responde a las condiciones socioeconómicas de los hogares. Así, la participación de la mujer en la agricultura es mayor en los hogares campesinos más empobrecidos. Por ejemplo, “las mujeres participan más frecuentemente en el trabajo agrícola de campo en aquellos hogares que no tienen acceso a tierra suficiente para producir todos sus requerimientos de subsistencia a partir de las actividades de la finca” (Deere y León 1982, 125). Se afirma que existe una relación entre la composición sexual de la fuerza de trabajo familiar y el acceso a los medios de producción. En estudios de caso de Deere y León se toma en cuenta la participación femenina en las actividades relacionadas con el trabajo en el

campo, aunque a menudo exista una subvaloración del trabajo femenino que coloca a las mujeres en posición de subordinación. Entre estas tareas se menciona:

1) producir los medios de producción (herramientas, mejorar la tierra, buscar fertilizantes), 2) proveer servicios personales como cocinar para los trabajadores, 3) transformar o procesar los productos agrícolas, 4) transportar, almacenar y comercializar la cosecha; y 5) organizar el trabajo agrícola y la toma de decisiones (Deere y León 1982, 118).

También Benería llama la atención sobre las actividades de subsistencia delegadas a las mujeres en las familias rurales, indica que “hay dos tipos de actividades que tienden a ser exclusivas de la mujer, el trabajo doméstico y la participación en la agricultura en calidad de trabajo familiar no remunerado” (Benería 1981, 25). Advierte que en una economía de subsistencia el trabajo doméstico forma parte del trabajo agrícola: “El trabajo doméstico se extiende a actividades como recolección de leña para el hogar, recolección de hortalizas para la alimentación, (...) la cocción de la comida de los jornaleros, el secamiento de cereales y procesamiento de bienes agrícolas” (Benería 1981, 33). Por lo tanto, la separación entre actividades productivas y reproductivas es artificial “tal como lo simboliza la mujer que carga a su hijo en la espalda mientras trabaja en el campo” (Benería 1981, 33).

Otros estudios como los de Narotzky muestran cómo determinadas relaciones de producción se perpetúan a través de la herencia de la tierra, que implica asumir las labores agrícolas y el cuidado de parte de los herederos hacia sus predecesores. Esta investigación realizada en una región rural de España muestra la confluencia de las formas de propiedad de la tierra, el trabajo agrícola, el cuidado durante la vejez y el trabajo doméstico (Narotzky 1987).

De manera general, aunque las teorizaciones sobre el trabajo doméstico han significado una contribución para comprender la subordinación de las mujeres en la familia y en el sistema económico, también han presentado falencias. Según Molyneux en estos debates existe la tendencia a un “reduccionismo economicista y un enfoque estrecho sobre el trabajo desempeñado en la esfera doméstica” (Molyneux 1979, 13), así como a una desatención a los modos en que se realiza este aporte en los contextos rurales y agrícolas. Esta crítica se fundamenta en la idea de que el trabajo doméstico no remunerado implica connotaciones personales que exceden la conceptualización de este

como un “trabajo”. Así por ejemplo, Himmelweit pone en tela de juicio que el mejor modo de reconocer la actividad de la mujer en el hogar sea encajándola en el molde económico de la categoría trabajo, pues aunque se ha avanzado en el reconocimiento del trabajo no remunerado, también quedó oculta una parte importante de éste, a saber: “ la capacidad de dar valor a los aspectos personales y relacionales de buena parte de la actividad doméstica (...) excluyendo una gran parte de esa actividad de cuidado o autorrealización ignorada por la economía del trabajo” (Himmelweit 2011, 200). El aporte de esta autora consiste en llamar la atención sobre el hecho de que las tareas domésticas comportan una dimensión emocional y del cuidado de la vida que es inseparable de la persona que las realiza. Argumenta la autora: “Lamentablemente, al insistir en que las actividades domésticas obtengan reconocimiento mediante su adecuación a una categoría indiscutida de trabajo, se sigue sin reconocer la importancia de las actividades de cuidado y autocuidado” (Himmelweit 2011, 218). De esta manera, hay un cúmulo de actividades que no se abarcan mediante la categoría trabajo como por ejemplo la atención emocional. Este es el punto de partida que permite abrir la discusión al campo de interés principal de esta investigación: el *trabajo de cuidado*.

3.- Las discusiones sobre el trabajo de cuidado

A partir de las primeras discusiones sobre el trabajo doméstico y las posteriores sobre el trabajo productivo y reproductivo pudieron madurar otros aportes teóricos y empíricos como el del *trabajo de cuidado*, para reconocer el conglomerado de actividades realizadas en los hogares que contribuyen a mejorar las condiciones de vida de los miembros, y al mismo tiempo las de toda la población. Este debate cobró fuerza en las décadas de los ochenta y noventa de la mano de la sociología y la economía feminista. El primer hecho a destacar cuando se aborda el tema del *trabajo de cuidado* es la falta de acuerdo con respecto al concepto, pues existen distintas acepciones sobre el mismo, e inclusive se discute sobre su pertinencia teórica, ya que podría considerarse como “una categoría empírica que se debe analizar en función de otras categorías teóricas” (Thomas 2011,148). Thomas hace hincapié en la “falta de concreción de la palabra cuidados (*care*), que da lugar a una imagen parcial y fragmentada de los cuidados” (Thomas 2011, 145). En su lugar, la autora propone un concepto aproximativo a la categoría de cuidado y parte de distintas dimensiones, entre estas se encuentran: a) la identidad de la persona cuidadora, considerando su adscripción de raza, género y clase; b) la identidad de la persona receptora de cuidados, pueden ser personas adultas sanas

que requieren de atención o grupos “dependientes” como niños, ancianos o enfermos; c) las relaciones interpersonales entre la persona cuidadora y la receptora de cuidados que pueden ser vínculos de amistad, familiares, de vecindad, servicios profesionales u otros; d) la naturaleza de los cuidados que puede definirse en función de estados afectivos, pero que también hace referencia a una forma de trabajo; e) el ámbito de los cuidados, que puede ser privado y gestarse en el seno del hogar y también a través de los servicios públicos; y f) el trabajo de cuidados puede ser de carácter asalariado o no asalariado y tiene lugar en contextos institucionales diferenciados como el hogar o instituciones de servicios públicos como los hospitales. (Thomas 2011, 149).

Thomas recalca el carácter polifacético de la categoría de cuidado, que se acerca más a una unidad empírica y un concepto descriptivo más que a una definición teórica, pues se han generado múltiples significaciones sobre el cuidado, por ello es preciso desentrañar las formas que adopta el cuidado y comprenderlo en sus distintas manifestaciones.

Ahora bien, la construcción de este campo de estudio surgió como una preocupación de la sociología con el objetivo de poner de manifiesto el trabajo invisible de las mujeres y el tiempo y la gestión de las tareas de cuidado en la cotidianidad. Gran parte de esta problematización arranca del debate sobre el trabajo doméstico, pero lo trasciende en la medida en que pone su acento en la dimensión afectivo-emocional de los cuidados en relaciones asalariadas y no asalariadas, con lo que se resalta su carácter relacional. De igual forma, nuevos elementos aparecen problematizados, como la noción de “dependencia”, el rol del Estado, el mercado y la política social en la provisión de cuidados, la profesionalización del cuidado en ámbitos institucionales públicos y privados.

Pero el análisis se extendió, y en la década de los noventa la economía feminista realizó aportes en el tema. Se dio lugar a una crítica a las escuelas de la economía clásica por excluir de su análisis los procesos de reproducción social, negando el trabajo no remunerado realizado en los hogares. Según Carrasco, “la economía feminista planteó marcos interpretativos alternativos que integran la experiencia femenina en el cuidado de la vida y su repercusión en el bienestar de toda la población” (Carrasco 2009,176). De esta manera, se plantearon los aspectos subjetivos, emocionales y afectivos implícitos en toda actividad de cuidado, ya que “además de alimentarnos y vestirnos, protegernos del frío y de las enfermedades, estudiar y educarnos, también necesitamos

cariños y cuidados, aprender a establecer relaciones y vivir en comunidad, lo que requiere de tiempo y energía” (Carrasco 2009, 177). Estos aspectos tienen que ver con el bienestar y la calidad de vida de las personas, procesos que dan lugar a que la vida se sostenga. Autoras como Carrasco, Borderías y Torns han señalado que:

El núcleo de lo que hoy constituye el trabajo de cuidados integra el trabajo doméstico o la producción de bienes materiales para el mantenimiento físico de las personas (alimentación, higiene, salud) y también el cuidado directo de niños y personas adultas, así como la gestión de afectos y relaciones sociales (Carrasco, Borderías y Torns 2011, 31).

Pero este concepto necesitaba precisarse y se amplió la discusión teórica acerca de quienes debían recibir cuidados y quienes los propiciaban. Fue entonces cuando adquirió relevancia el concepto de *dependencia*, para hacer referencia al hecho de que todos los seres humanos necesitamos de cuidados y no únicamente los grupos “más vulnerables” como niños o ancianos; en realidad, todas las personas nos encontramos en estado de vulnerabilidad en distintas etapas de nuestras vidas y requerimos de atención emocional en mayor o menor grado (Carrasco 2009, 178).

Esta perspectiva permitió enfatizar en la idea sobre la responsabilidad social y colectiva sobre los cuidados, en contextos marcados por una creciente individualización de las relaciones sociales; dado que los cuidados han sido adjudicados a los hogares y las mujeres de manera aislada y no había surgido una problematización de carácter político sobre este hecho, pues éstos se asumían puertas adentro y con los recursos con los que cada familia contaba para hacerlo. Así se demostró la limitación de las políticas sociales para generar el bienestar de la población, y se consideró necesario avanzar hacia una comprensión del trabajo de cuidados como una responsabilidad colectiva. La forma como la sociedad organiza y provee cuidados a la población se ha denominado como la *organización social del cuidado*, este marco analítico contempla los campos desde los cuales se provee el cuidado, que pueden ser el Estado, el mercado y la familia, aunque “en ninguna sociedad se da un modelo puro sino una combinación de distintos espacios de provisión” (Carbonell 2014, 19). Así se consolidó la idea de que el cuidado constituye un problema político y no un asunto exclusivo de las mujeres a resolverse en el ámbito “privado”. Para autoras como Carbonell y Vega también existe un nivel de cuidados que se ancla en lo comunitario, este comprende “redes cooperativas más o

menos estables e instituidas que generan iniciativas de apoyo para atender a las personas en la vida cotidiana (...), se entretengan con otros ámbitos de la provisión” (Vega 2016, 1). De manera que pueden combinarse distintas formas de provisión de cuidado y bienestar desde varios frentes.

Por otra parte, y anclada a la realidad de países desarrollados se ha realizado la conceptualización sobre la “crisis de los cuidados” para hacer mención al proceso de transición demográfica que ha provocado el envejecimiento poblacional, especialmente en países europeos, donde es imprescindible la cobertura de trabajos relacionados con el cuidado; pero la fuerza de trabajo y los servicios sociales que pueden suplir estas necesidades son escasos. Este espacio del mercado laboral ha sido cubierto por mujeres migrantes del sur global que a su vez delegan el cuidado de sus hijos a otras mujeres, hecho que se denomina como “las cadenas mundiales de afectos y asistencia” (Hochschild en Carrasco, Borderías y Torns 2011, 31). De esta forma, las mujeres que se encuentran en una mejor posición económica y social pueden transferir las tareas asociadas a los cuidados a otras mujeres, y en consecuencia se generan desigualdad entre grupos de mujeres con mayor capacidad de mercantilizar estas tareas y aquellas que debido a su adscripción de clase, raza o género no pueden hacerlo.

En el caso de América Latina, estos aportes implican ciertos límites, dado que estos tienen asidero en la realidad de los países centrales y en sectores urbanos, que manifiestan una realidad diferente a la latinoamericana. Esta última se caracteriza por la presencia de inequidades, persistencia de la pobreza y gran heterogeneidad y contrastes al interior de la región, “contrastos entre hombres y mujeres y de las mujeres entre sí, feminización de la pobreza, formas de violencia contra las mujeres, diferencias en acceso a la educación y diversidad de categorías de mujeres cuyos intereses son disímiles” (Esquivel 2012, 30).

Estudiosas como Vásquez afirman que la economía feminista en América Latina debe tomar en cuenta que en la región se presentan límites en la constitución de Estados proveedores de bienestar en sentido estricto, y en el contexto neoliberal el Estado abandonó su papel de redistribuidor (Vásquez 2012, 105). En su lugar han desempeñado un papel importante otras economías que responden a formas cooperativas, solidarias, relaciones comunitarias, familiares, asociativas y domésticas

que han servido de sostén económico y que se basan en relaciones de confianza, reciprocidad, retribución y recirculación de recursos. La autora señala que en América Latina los comportamientos económicos son diversos y múltiples “se mueven en la economía paralela, las economías de subsistencia, el mercado, el ámbito doméstico, esto de forma simultánea y a veces a cargo de los mismos agentes” (Vásconez 2012, 113). Otras pensadoras como Anderson sugieren que en América Latina existen *géneros de cuidado*, que hacen referencia a diversos tipos de cuidado que se brindan en distintos contextos. Indica que el tiempo de cuidado puede ser difuso y que en la realidad no existen límites entre el trabajo doméstico y de cuidados, por ello propone “la descripción de secuencias” que permitan captar la dinámica del trabajo en los hogares (Anderson 2007, 77). La autora reconoce el peso de los cuidados y su relación con la pobreza, pues en hogares con situaciones adversas y que cuentan con limitados recursos económicos puede tener lugar un “shock de cuidado”, es decir una situación en la que la capacidad y condiciones de la familia para brindar cuidados estallan y recrea situaciones de violencia o mayor precariedad (Anderson 2007, 90). Todas estas son particularidades que se deben tener en cuenta para abordar el problema del trabajo de cuidado en Latinoamérica.

Aquí rescatamos planteamientos dados a conocer por la corriente de la economía feminista. Una de las autoras representativas es Amaia Pérez, quien afirma que el sistema económico capitalista se sostiene gracias al conjunto de trabajos invisibilizados que componen la “otra economía”. La autora ha dado a conocer una propuesta alternativa que tiene como punto de partida la *sostenibilidad de la vida*. Hablar de sostenibilidad de la vida no significa centrarse únicamente en quién prepara la comida, sino que este hecho se encuentra en conexión con el sistema macroeconómico, en los procesos de extracción, producción, y transformación de todo lo que consumimos, “mirar desde la sostenibilidad de la vida es mirar todo el engranaje” (Pérez 2014, 27). Pérez propone posicionarse desde la mirada feminista de la economía, donde se comprenden los cuidados “en su hacerse cuerpo diariamente” (Pérez 2014, 40). Esta concepción, al igual que sus antecesoras, valora y resignifica el ámbito de la reproducción en los hogares, el trabajo doméstico y los cuidados porque estos permiten el sostén de la vida, y no solamente se entienden como procesos en función de la valorización del capital. Este fenómeno se traduce en el conflicto capital-vida, por el cual la vida se pone al servicio del capital y este la amenaza de forma permanente.

De ahí se deriva la interrogante sobre “¿cómo nos organizamos en común para que la vida suceda?” (Pérez 2014, 81); dado que la vida es vulnerable y sólo tiene lugar bajo determinadas condiciones, entonces “los cuidados” adquieren un carácter imprescindible. En consecuencia, se recalca la importancia de “ahondar en la caja negra que son los hogares para entender los procesos socioeconómicos y el acceso al bienestar” (Pérez 2014, 84); así como para comprender la dinámica de cómo operan los cuidados, quienes los dan, quienes se benefician y sobre qué se sostienen estas relaciones.

La perspectiva de esta autora llama la atención sobre la tendencia de una parte de la economía feminista a hablar de los cuidados en sentido positivo, cuando esta puede ser una relación que adquiera múltiples formas, pues:

Si bien es cierto que los cuidados tienen un impacto directo en el bien-estar, no es menos cierto que las motivaciones y sentimientos tras ellos no son tan idílicos. A esto se refiere la ética reaccionaria del cuidado, que impone la responsabilidad de sacar adelante la vida en un sistema que la ataca como definitoria del ser mujer y como algo a resolver en los ámbitos invisibilizados de la economía (Pérez 2014, 89).

La autora indica que el cuidado se ha esencializado y se ha concebido como inherente a la identidad femenina asociada con la maternidad, el altruismo y el amor abnegado. En realidad, en este trabajo existe una carga moral e ideológica cuantiosa; Pilar Carrasquer lo entiende como una “actividad que se mueve entre el placer y la obligación, entre la necesidad social y la responsabilidad individual” (Carrasquer 2012, 96). En el trabajo de cuidados, como en cualquier otra relación, no existen solamente aspectos positivos; también se gestan sentimientos de culpa, obligatoriedad, coacción e inclusive su dinámica puede funcionar como un chantaje emocional entre los miembros de la familia. Se ponen de manifiesto estructuras patriarcales que asignan roles sociales sobre la base de una división sexual del trabajo.

En la misma línea argumentativa, Cristina Carrasco afirma que existe “una mano invisible de la vida cotidiana” (Carrasco en Pérez 2014, 115) cuyo funcionamiento tiene lugar bajo condiciones de opresión y subordinación. Esto quiere decir que las mujeres posibilitan con sus cuidados y con su trabajo la vida de otros, pero postergan siempre sus necesidades y supeditan su propia existencia a la de los demás, este fenómeno se

denomina *ética reaccionaria del cuidado*, “es una ética de inmólación y sacrificio que crea sujetos dañados que sirve para acallar el conflicto capital-vida y se preocupa por el bienestar en su ámbito restringido de la familia” (Pérez 2014, 171). Pérez propone que:

Los cuidados son aquellas actividades que regeneran el bienestar físico y emocional de las personas, comprenden prácticas orientadas a hacerse cargo de los cuerpos, reconociendo que estas prácticas están atravesadas por afectos y desafectos que constituyen a la relación. Estas actividades implican distintas tareas: las que ponen las pre condiciones materiales del cuidado reconocibles en el trabajo doméstico, luego los cuidados directos que involucran la interacción de las personas y la atención a los cuerpos y emociones y las tareas de gestión mental. Todas tienen una dimensión material corpórea y otra afectiva (Pérez 2014, 92).

También se asegura que los cuidados descansan en un sistema injusto porque no existen formas colectivas que asuman el sostenimiento de la vida; existe una feminización sobre la responsabilidad de los cuidados que se gestionan bajo la ética reaccionaria y la división sexual del trabajo en el hogar. En contrapartida se presenta el concepto de sostenibilidad de la vida, esta categoría hace mención a:

“Un proceso que no solo hace referencia a la posibilidad real de que la vida continúe – en términos humanos, sociales y ecológicos-, sino a que dicho proceso signifique desarrollar condiciones de vida aceptables para la población. Sostenibilidad que supone una relación armónica entre humanidad y naturaleza y entre humanas y humanos” (Bosch en Carrasco 2009, 183).

De toda la argumentación anterior se desprende que la categoría de cuidado y trabajo de cuidado asume distintas connotaciones, pero hace mención en todas ellas al trabajo realizado en los hogares y asumido generalmente por mujeres, este trabajo puede o no ser asalariado pero comprende una relación entre los agentes proveedores de cuidados y sus receptores, esta relación puede adoptar distintos matices, comúnmente se asocia esta labor con un sentido “intrínseco” de altruismo y entrega incondicional, no obstante también puede funcionar en términos de opresión y coerción, razón por la cual las mujeres se entregan a los otros y subsumen o niegan su propia existencia y necesidades, de ahí la importancia de indagar sobre las condiciones en las que se realiza esta labor.

La interrogante es cómo el colectivo-sociedad puede gestionar el cuidado sin que la responsabilidad recaiga de manera exclusiva sobre las mujeres, y dentro de este grupo también de manera desigual. Esto plantea el reto de la interacción entre el Estado, el mercado y la familia como instituciones proveedoras de cuidados. Finalmente, hoy por hoy esa tarea se gestiona en los hogares, que es el lugar donde se mantiene la vida, se crean relaciones, se educa a las generaciones futuras y se cubren las necesidades de bienestar que no se pueden suplir en otros espacios, he ahí la relevancia del trabajo de cuidado.

4.- Alimentación como trabajo de cuidado

Si partimos de que los cuidados comprenden todas aquellas actividades que regeneran el bienestar físico y emocional de las personas y que estos asumen primordialmente la labor de “hacerse cargo de los cuerpos”, entonces podemos afirmar que la alimentación constituye uno de los ejes centrales del trabajo de cuidados. Pues si bien la tarea de alimentar a la familia forma parte del trabajo doméstico, esta también comprende la interacción directa entre personas, por ende la alimentación descansa sobre una dimensión material: proveer, producir y transformar los alimentos en comida; pero también sobre una dimensión subjetiva: hacerlo en el marco de una relación de afecto, correspondencia, reconocimiento o en su defecto bajo una relación de dominación, coerción, desigualdad o como obligación inexorable. De ahí que para el presente trabajo de investigación es relevante comprender la naturaleza y la lógica del trabajo de cuidado con relación a la alimentación y conocer la forma que adopta en el núcleo familiar, es decir cómo se practica, quienes lo asumen y cómo se negocian las posibles tensiones existentes en la distribución de tareas que se encargan de suplir esta necesidad básica de los seres humanos.

Considerando estos elementos, en este acápite se propone: 1) argumentar las razones por las cuales la alimentación y el proceso que esta implica pueden ser considerados como trabajo de cuidado, para esto se toman algunas tesis de Sandra Franco, quien examina las desigualdades de género que se expresan en el proceso de alimentación familiar y realiza un estudio de caso en dos comunidades en Colombia, Franco analiza ambos fenómenos: el de la alimentación y el cuidado; 2) entender la alimentación como una necesidad básica resaltando su aspecto más cercano a la corporeidad, es una actividad que vela por el cuidado del cuerpo y por ello deviene en trabajo de cuidado; 3)

revisar la relación de las mujeres con la tierra, entendiendo que esta última es el sustrato material que permite la producción y que constituye la base para llevar alimentos a la mesa.

Estos elementos son los que, desde el punto de vista de quien escribe, pueden aportar a pensar en la alimentación como parte del trabajo de cuidado no remunerado realizado por mujeres, es una visión aproximativa dado que el vínculo entre la alimentación y el trabajo de cuidado no siempre resulta evidente y no se ha dado lugar a una reflexión sobre cómo, en qué condiciones y bajo qué negociaciones, conflictos o tensiones se resuelve el problema de la alimentación al interior de los hogares (Franco 2010, 31). La alimentación puede ser considerada como un trabajo de cuidado porque comprende un conjunto de tareas que van desde el aprovisionamiento en el mercado, la producción propia, la adecuación de los productos destinados al consumo, hasta la limpieza y disposición final de los residuos que se generan en cada comida (Gracia 1996, 31). Figura como una actividad que ha sido asumida por mujeres mediante la que se cubre una necesidad básica y un derecho fundamental de todos los seres humanos. Es un servicio que tiene lugar en las familias, aunque el mercado también ocupa este espacio mediante la producción de alimentos de distintas características.

Si se analiza la alimentación a la luz de la economía neoclásica esta no se considera una actividad “productiva” porque en tanto que no goza de una relación directa de generación de plusvalía ni comporta un valor de cambio, por tanto deviene en un servicio “brindado por amor”, un valor de uso generado en el hogar y para el hogar, no destinado al mercado. No obstante, desde la economía feminista se entiende que la estructura económica puede entenderse con la figura de un “iceberg”, dónde existen actividades visibles: productivas, que se engendran en relaciones monetarizadas; pero también existe una base que no aparece: el “trabajo de subsistencia” que permanece en la sombra y es la base sobre la que descansa la denominada “producción”, aunque estas no son facciones separadas sino que forman una unidad (Pérez 2006, 238). El trabajo de alimentar forma parte de esta base, dado que consiste en un conjunto de tareas que contribuyen al bienestar físico, la reposición material de los cuerpos y también suple una necesidad de atención afectiva de los miembros de la familia.

Sandra Franco propone “analizar los aspectos socioculturales de la alimentación en el ámbito doméstico familiar, utilizando como categoría de análisis el trabajo de cuidado”

(Franco 2010, 6). Recoge elementos ya utilizados para conceptualizar el trabajo de cuidado y entiende que a) el cuidado comprende actividades para el auto consumo y para preservar el bienestar de la familia; b) es un trabajo que implica la relación entre la persona que brinda cuidados y quien los recibe, interviene una dimensión afectiva y subjetiva en este proceso; c) es una actividad generadora de identidades y está mediada por el afecto y sentimientos (Franco 2010, 2). A partir de esto se puede desprender que las tareas concernientes a la alimentación familiar representan un *trabajo* porque se necesita tiempo y esfuerzo para transformar los alimentos en comida, es una actividad realizada por mujeres en el contexto de las relaciones familiares, se destina al autoconsumo y se encuentra atravesada por sentimientos de distinta índole, y, debido a la división sexual del trabajo se producen y recrean roles de género en torno a esta actividad.

El segundo eje que se expone supone la relación entre la alimentación y su cercanía a la dimensión del cuidado del cuerpo. Para Bosch el cuidado de la vida tiene lugar en los hogares donde el fin último consiste en suplir las necesidades físicas, como la alimentación. Se considera que la tierra y la materialidad de nuestro cuerpo son la base de la que dependemos para desarrollar la vida, por ende para continuar existiendo como humanidad “debemos estar arraigados y arraigadas en la tierra manifestándonos con un cuerpo” (Bosch 2010, 6), y son las mujeres las que “han atendido las necesidades puramente físicas de los cuerpos, y la subjetividad de esos cuerpos” (Bosch 2010, 6). Ya que si bien hay una condición material como punto de partida, también somos seres sensibles y nos encontramos en una situación de interdependencia.

Esta situación ha llevado a que las mujeres asuman una carga excesiva frente a la corporeidad humana, pues realizan todo el trabajo que atiende a las necesidades biológicas (sueño, comida, higiene) y también el cuidado de los ciclos de vida como la infancia, la vejez o la enfermedad (Bosch 2010, 8). Sacar adelante la vida es un proceso de alimentar, nutrir y socializar a las criaturas para que puedan desenvolverse. La propuesta de Bosch consiste en reconocer la corporeidad y no desvirtuarla, ya que hay necesidades humanas que deben atenderse cotidianamente como la alimentación y se reconoce que hay un trabajo de por medio cada vez que nos alimentamos.

Finalmente, se puede hacer mención al problema abordado por Dalla Costa, quien pone de relieve que la relación entre las mujeres y la alimentación se encuentra marcada por

la tenencia de la tierra. La expropiación de este recurso ha sido el fundamento de la acumulación capitalista y actualmente sirve a los procesos de expansión de las agroindustrias en el medio rural y a la introducción de especies genéticamente modificadas que ponen en riesgo el derecho a la alimentación. Ante esta situación se indica que se debe “proteger los sistemas de cultivo tradicionales que garantizan en mayor medida las posibilidades de vida y nutrición” (Dalla Costa 2009, 402). De ahí que la alimentación se ha convertido en un campo de lucha porque se busca salvaguardar la agricultura sostenible, conservar la naturaleza y evitar la sobreexplotación de los recursos naturales. De este modo, la alimentación en su conexión con la tierra es motivo de reapropiación para una producción sana de alimentos y culturalmente adecuados; así, “la cuestión de la tierra y de la posibilidad de acceder a ella y de poderla cultivar constituye una cuestión fundamental para la reproducción de la vida” (Dalla Costa 2006, 74). La autora destaca que alrededor del mundo el movimiento campesino exige las condiciones que permitan a pobladores rurales desarrollar una agricultura sostenible, la defensa de los saberes, la biodiversidad y los recursos como la tierra y el agua. Esta perspectiva aporta a nuestra reflexión debido a que la desposesión de los medios de producción repercute en la posibilidad de acceso al derecho de alimentación.

En conclusión, la alimentación es una forma de trabajo de cuidado no remunerado realizado por mujeres porque se requiere de tiempo y energía para suplir una de las necesidades físicas esenciales, alimentar a los otros permite el sostenimiento de los cuerpos y al mismo tiempo crea una relación que difícilmente se sustituye en el mercado porque implica elementos subjetivos y personales. El precepto “no hay nada como la comida de casa” funda sus raíces en el hecho de que los afectos y cuidados dependiendo de la significación subjetiva que se les otorgue pueden devenir en fenómenos de carácter insustituible. Aunque se debe guardar precaución porque a partir de esa relación “insustituible” se pueden naturalizar responsabilidades que pueden y deben ser redistribuidas. A continuación se trata de comprender la alimentación como un fenómeno de carácter social con múltiples órdenes y significaciones.

5.- Enfoques sociológicos y antropológicos sobre alimentación

La alimentación constituye un fenómeno complejo que involucra aspectos biológicos, económicos, culturales, ambientales, afectivos, de género y simbólicos, entre muchos

otros (Pappucio 2011). Se destaca la dimensión social de la alimentación porque configura un escenario de interacción entre los sujetos, se vincula con valores culturales y significaciones subjetivas; es decir, comprende relaciones sociales que se generan en las distintas etapas de proceso de producción alimentaria que comprende la producción, abastecimiento, adecuación, transformación y consumo de alimentos (Franco 2010). La alimentación no siempre ha constituido un objeto de reflexión de la sociología debido a que se la consideraba como un hecho cotidiano e irrelevante para el estudio en las ciencias sociales. En este apartado se pretende resaltar la dimensión social de la alimentación y se dan a conocer los enfoques sociológicos y antropológicos sobre este fenómeno.

5.1.- La dimensión social de la alimentación

Aunque la alimentación comprende una función biológica, y aunque –en efecto– no existe nada más vital que el acto de alimentarse, este constituye al mismo tiempo una función social elemental. Así lo entendió Simmel al afirmar que:

En la medida en que este primitivo rasgo fisiológico es un rasgo humano general absoluto, se convierte en contenido de acciones comunes, y surge la figura sociológica de la comida que anuda precisamente al exclusivo egoísmo del comer una frecuencia del estar juntos, una costumbre en el estar-unidos, como solo muy raramente es alcanzable por medio de ocasiones más elevadas y espirituales (Simmel 2001, 400).

El consumo de alimentos constituye un hecho generalizado de la humanidad, y es ahí donde afirma su carácter sociológico. Comer y beber suscitan una enorme fuerza socializadora. Simmel lo ejemplifica al afirmar que la cultura árabe considera que el compartir la mesa puede convertir al enemigo en amigo, o en el caso de la cultura cristiana el comer y beber el cuerpo de Cristo instaura vínculos simbólicos entre los participantes. De ahí que la comida adquiriera una *significación suprapersonal* al trascenderse como acontecimiento fisiológico y poner en juego interacciones personales entre quienes son partícipes de este suceso.

Además, en la medida en que la comida afirma su dimensión social, esta “se configura sometida a estilo y estética, reguladas supraindividualmente. Surgen, todas las prescripciones sobre el comer y el beber, y sobre la comida y su *forma* de su consumición” (Simmel 2001, 402). Simmel señala que el consumo alimentario se ve marcado por la *regularidad de las comidas*, pues no se consumen alimentos de manera

desordenada cada vez que se manifiesta la necesidad biológica, sino que existe una regularidad temporal en el consumo y el establecimiento horarios para su ingesta. También se manifiesta una *jerarquía* en el consumo debido a que existe un orden para servirse los alimentos y se prescriben normas, lo que vincula a la alimentación a la *regulación de los modales* que se encuentran sometidos a principios estéticos “pues el comer exige además del fin de saciar el apetito también una satisfacción estética” (Simmel 2001, 403). Tal como lo indica el autor solo la socialización guía a la comida hacia un orden estético, regularizado y jerárquico. Afirma:

Que tengamos que comer es un hecho situado tan primitivamente en el desarrollo de nuestros valores vitales que sin duda es común a todo individuo. Precisamente esto posibilita el reunirse para la comida común, y en la socialización mediada de este modo se supera el mero naturalismo de comer (Simmel 2001, 409).

Así se destacan las relaciones sociales que se generan en torno al acto alimentario y las interacciones que se suscitan a raíz de uno de los actos cotidianos que sostiene la existencia humana.

5.2. Una mirada desde la sociología y la antropología de la alimentación

El interés de las ciencias sociales sobre la alimentación surge en la década de los ochenta y se caracteriza por la interdisciplinariedad para comprender el problema, pues se combinan el análisis antropológico, sociológico e histórico. En el caso de la sociología existen al menos dos ramas en las que se ha reflexionado sobre este particular, siendo estas la sociología rural y la sociología de la alimentación, las interrogantes que interpelan a ambas subdisciplinas consisten en develar ¿Qué comemos?, ¿cómo lo comemos?, y ¿cuál es la organización social y las formas de explotación agraria que hacen posible la provisión de alimentos? Reconociendo que la alimentación es una construcción social y cultural cargada de significados y valores expresados en prácticas concretas que varían de un contexto a otro y que posibilita la producción de alimentos, su transformación en comida y su consumo. Tanto los análisis sociológicos y antropológicos coinciden en “la socialidad de la comensalidad” (Díaz y Gómez 2005).

La sociología se interesa por la significación social de la alimentación, el análisis de los patrones de consumo, las prácticas alimentarias en la sociedad moderna, así como “las desigualdades sociales expresadas en el acceso y consumo de alimentos, las relaciones

de género y la distribución del poder en el acceso a recursos alimentarios” (Franco 2010, 10). Por ende, la alimentación se puede concebir como una práctica cotidiana sostenida por relaciones sociales que se gestan en todo el proceso comprendido entre la producción y el consumo, lo que supone una propuesta analítica que pretende explicar aquello que sucede “de la tierra al plato” (Díaz 2008, 85).

Por su parte, la antropología también ha desarrollado un bagaje teórico sobre la alimentación y se vincula con el ámbito simbólico y cultural que condicionan el comportamiento alimentario. Uno de los primeros teóricos que abordó esta problemática fue Levi-Strauss, quien consideraba que en la cocina de una sociedad determinada se expresa su estructura social, ésta se hace evidente en las formas de cocinar los alimentos, en las reglas culinarias y en los modelos de cocina. Para este autor el paso de “lo crudo a lo cocido” representa el salto mismo dado por la humanidad de la naturaleza a la cultura (Díaz 2008, 82).

Los análisis antropológicos contemporáneos brindan atención a conceptos tales como la *modernidad alimentaria*, mediante la que se pretende identificar los cambios en el modelo alimentario “tradicional”, que se ha visto afectado por la simplificación de las comidas y su desritualización, la estandarización de la comida debido a la consolidación de cadenas transnacionales de alimentos, la diversificación de los lugares y horarios para la ingesta de alimentos, la medicalización de la alimentación a través de la proliferación de discursos sobre “lo saludable y perjudicial”, estos entre otros hechos han sido identificados como propios de la denominada *modernidad alimentaria* (Gracia 2005). Mabel Gracia resalta la importancia de los factores socioculturales que condicionan la adopción de prácticas alimentarias e indica: “si se quiere comprender cómo los saberes, las representaciones y los discursos alimentarios toman sentido para la acción, hay que relacionarlos, con los estreñimientos cotidianos de la vida de la gente y con las características de sus relaciones sociales” (Gracia 2005, 3).

Desde la antropología se han destacado estudios sobre los *regímenes alimentarios*, que es un concepto que permite analizar cómo los cambios históricos y geopolíticos repercuten y alteran la producción y consumo alimentarios y modifican el sistema mundial de alimentación (McMichael 2009, 140). Así por ejemplo, durante la colonización se dio paso a una división internacional del trabajo que consagró a las colonias como proveedoras de alimentos. Posteriormente tuvo lugar el modelo

industrial-exportador que permitió la emergencia de monocultivos y la producción mecanizada a gran escala en función de la exportación. Como consecuencia, las transformaciones en la geopolítica mundial han determinado la conformación de complejos agroalimentarios que marcan tendencias de consumo en detrimento de modelos agroalimentarios locales.

El hecho más evidente cuando analizamos el fenómeno alimentario es que existe diversidad de perspectivas teóricas en las que aún no parece haber acuerdo acerca de aquello que constituye “el objeto” propio de los estudios sobre la alimentación. En su lugar se ha dado paso a varias líneas temáticas y distintos ejes de reflexión, entre los que Díaz y Gómez resaltan: a) los efectos de los cambios macrosociales sobre la alimentación como por ejemplo la globalización de modelos alimentarios; b) el campo micro-sociológico de la alimentación para comprender su funcionamiento dentro de los hogares, comprende el espacio de la cocina, los gustos y preferencias alimentarias, las compras, las formas de abastecimiento y la selección de alimentos; c) el consumo alimentario diferenciado que es la expresión de una estratificación social asociada a las desigualdades en el acceso a la alimentación; y d) el ámbito de la producción alimentaria en relación con la sociología rural y del consumo (Díaz y Gómez 2005).

En este sentido, dado que nuestro interés principal se centra en la alimentación familiar, se toma una perspectiva de análisis micro-sociológica sobre la alimentación y se acude al concepto de Jean Pierre Poulain sobre el *espacio social alimentario* y la perspectiva de Lisa Schubert sobre *estrategia alimentaria*, esta última consiste en un concepto teórico y metodológico que tiene como unidad básica a la familia. En cuanto al concepto teórico comprende distintos factores:

Primero el conjunto de recursos que posee la familia en un momento determinado; en segundo lugar, el rango de múltiples prioridades en competencia; tercero el sistema alimentario relacionado con un marco social, político y cultural establecido. Esto nos informa sobre cómo se toman las decisiones de aprovisionamiento en el día a día en el interior de las familias (Schubert 2008, 257).

Aquí se denota la complejidad de los hogares en términos de sus recursos y condiciones materiales; las preferencias y perspectivas subjetivas que intervienen en el establecimiento de prioridades en el consumo alimentario, este último puede entrar en

conflicto con otras necesidades del hogar; además, la estrategia alimentaria se inserta en estructuras políticas, sociales y culturales.

Por su parte, Jean Pierre Poulain propone la comprensión de las prácticas alimentarias a través del análisis del *modelo alimentario*. Poulain afirma que los hombres se nutren de platos, es decir “alimentos combinados entre ellos en el seno de las preparaciones culinarias” (Poulain s.f., 1). Se indica que incluso el plato más simple supone preparaciones como pelar, lavar, rallar, u otros procedimientos más complejos, por ende la alimentación supone algún tipo de intervención humana que modifique el alimento antes de consumirlo y transformarlo en comida. Estas acciones se desarrollan de acuerdo a protocolos construidos en sociedad, normas y conocimientos que permiten escoger y diferenciar los alimentos buenos de los nocivos, el aprendizaje sobre las formas de preparación y combinación, maneras de consumir y de comportarse en la mesa, horarios aptos para el consumo, entre otros preceptos socialmente establecidos. En base a estos preceptos el autor afirma que el *modelo alimentario* consiste en un:

Conjunto de conocimientos tecnológicos, simbólicos, sociales y culturales acumulados de generación en generación, que permiten seleccionar recursos de un espacio natural, prepararlos para hacer alimentos y después platos y consumirlos. Pero son al mismo tiempo, sistemas de códigos simbólicos que ponen en marcha los valores de un grupo humano que participa de la construcción de identidades culturales (Poulain s.f., 3).

Por esta razón los modelos varían de un espacio cultural a otro y en el seno de una misma sociedad, además evolucionan en el tiempo. El autor propone el concepto de *espacio social alimentario* que se compone de: a) espacio del comensal en el que operan las elecciones alimentarias de los grupos humanos, es así que entre un conjunto de productos disponibles en el medio natural, no todos son aptos para el consumo. Así por ejemplo, el consumo de hierbas verdes no procede de todos los árboles disponibles, es un aprendizaje social que implica selección; b) el sistema alimentario, que corresponde “al conjunto de estructuras tecnológicas y sociales que, desde la recolección hasta la preparación culinaria, pasan por todas las etapas de la producción-transformación” (Poulain s.f., 4); c) el espacio culinario donde se ejercen acciones que hacen que los productos sean consumibles, es un espacio que incluye la división sexual de trabajo y genera jerarquías; d) el espacio de las hábitos o rituales en torno al acto

alimentario; e) la temporalidad alimentaria variable de acuerdo a ciclos estacionarios, trabajo, periodos de abundancia y escasez (Poulain s.f., 4).

Desde esta perspectiva la alimentación comprende representaciones y prácticas que se regulan por normas objetivadas, estas modelan las preferencias de los grupos sociales hacia cierto tipo de alimentos. El modelo alimentario abarca la totalidad del proceso por el cual la intervención humana hace posible que un producto natural sea apto para el consumo humano. Así, la alimentación comprende un conjunto de “prácticas alimentarias”, así como esquemas y percepciones sobre estas últimas. Ambas dimensiones se hacen visibles en lo que Poulain ha denominado el “espacio social alimentario”.

En síntesis, y para los fines de esta investigación se va a comprender a la alimentación como el proceso que abarca la producción, abastecimiento, adecuación y transformación de los alimentos, que se expresa en prácticas de los sujetos insertas en contextos sociales y culturales determinados, a partir de los cuales se crean representaciones, imaginarios y discursos sobre la alimentación. Se entiende además que el espacio social alimentario se encuentra atravesado por relaciones de género y formas de división del trabajo relacionadas con las tareas que implica alimentarse y alimentar a otros; de manera que se ponen en diálogo las prácticas alimentarias concretas, la vida doméstica en la que surge una distribución de tareas y responsabilidades en cuanto a la provisión, compra y preparación de alimentos, y las estrategias de aprovisionamiento que pueden generar tensiones en el núcleo familiar a raíz de la naturaleza del trabajo diferenciado derivado del proceso alimentario en el hogar.

6.- ¿Cómo juntar el engranaje para hacerlo funcionar?

El camino teórico recorrido hasta aquí es basto, y aunque los diferentes campos temáticos parecen no relacionarse, el desafío que tiene la presente investigación es tratar de relacionar estas perspectivas teóricas para comprender un fenómeno cuya problematización no se encuentra acabada: la forma que adopta el cuidado en relación con la alimentación, sus dinámicas y manifestaciones al interior de los hogares y las distintas estrategias que las mujeres desarrollan para asegurar el alimento de las familias campesinas.

Por un lado, entendemos la complejidad que se presenta en las economías familiares campesinas en el marco de los distintos fenómenos que la atraviesan: penetración del

capitalismo y proliferación de agroindustrias, formas de trabajo asalariadas fuera de la unidad agrícola, migración y estrategias de supervivencia que devienen en la pluriactividad. Pero reconocemos ante todo el carácter *familiar* de estas unidades. En el presente capítulo una de las interrogantes ha sido ¿Qué es lo familiar en la agricultura familiar campesina? Y, aunque la respuesta aún es incipiente hallamos que la agricultura supone cierto tipo de relaciones sociales y de producción que obligan a quienes participan en esta actividad a conservar un modo de vida anclado en lazos comunitarios, hay una forma de vida que se deriva de los ciclos agrícolas y que incita a permanecer juntos a los miembros de las familias. Además, nos distanciamos de la comprensión de la unidad doméstica campesina como una entidad homogénea, y la abordamos como una entidad de cooperación y conflicto donde existen relaciones de distinta índole, muchas son asimétricas y generan aquello que las teóricas marxistas feministas reclaman: la desigual repartición de las tareas domésticas y de cuidado en los hogares y la invisibilización de este trabajo. Los distintos aportes de los miembros del hogar no se pesan de igual manera y no se encuentran exentos de valoraciones arraigadas en la división sexual del trabajo y en roles asignados y socialmente contruidos. Estos son los elementos que tomamos de las contribuciones de los debates sobre el trabajo doméstico y también de los de la economía del cuidado. Algunas interrogantes se perfilan a este respecto para la investigación: ¿Quién y cómo asume estas labores en el contexto rural?, ¿Cómo comprender la extensión de las tareas domésticas hacia la parcela, y de vuelta a la cocina?

Estos cuestionamientos cobran importancia cuando pensamos en la dificultad de separar los ámbitos productivo y reproductivo, así como las tareas domésticas y de cuidado, que conviven de maneja compleja en un continuum que adopta múltiples formas. Es justamente a esta forma a la que intentamos aproximarnos al entender la alimentación como trabajo de cuidado. ¿Cuál es la “naturaleza” de las tareas relacionadas con la alimentación y cómo es su reparto? ¿Qué conflictos y relaciones se gestan para poder cuidar y alimentar?

Esto nos abre otro campo para explorar, ya que la alimentación constituye un fenómeno que requiere un análisis particular, nos acercamos a este desde la sociología y la antropología ya que estas perspectivas teóricas nos permiten comprender su dimensión social, cultural, sus rasgos, espacios y expresiones en los hogares campesinos.

Capítulo 2

La Ruralidad Costeña: entre la agricultura comercial, la soberanía alimentaria y el rol de las mujeres campesinas

La provisión de alimentos en las familias campesinas se encuentra condicionada por distintos factores estructurales tales como la distribución de recursos productivos (tierra, agua y crédito), las distintas formas de trabajo asalariado parcelario y extra parcelario, la posición que ocupa la agricultura de autosubsistencia dentro de la economía campesina, el vínculo establecido con el mercado para el aprovisionamiento y la compra de alimentos, entre otros. En este capítulo se propone establecer el escenario de nuestro problema. Con este objetivo se realiza una descripción de la estructura agraria y se profundiza sobre la agricultura comercial maicera presente en el territorio que es motivo de esta investigación. Además se introduce la problemática de la tenencia de la tierra frente a propuestas como la soberanía alimentaria. Finalmente se toma en cuenta el rol de las mujeres en este espacio.

1. Análisis de la estructura agraria: escala nacional y local

En el presente apartado se propone realizar un análisis de la estructura agraria, es decir todas aquellas características materiales que restringen la producción agrícola y las condiciones de vida de las unidades domésticas campesinas; para esto se toma en cuenta a escala nacional la naturaleza de un modelo de producción primario agro-exportador con cimientos importantes en las plantaciones de la Costa y posteriormente se analizan las características específicas de nuestro caso de estudio.

Tal como lo plantea Alberto Acosta, el modelo o patrón de acumulación en Ecuador ha estado históricamente marcado por la producción de materias primas para la exportación y una articulación en desventaja con el mercado mundial. (Acosta 2012, 16). Para Carrión y Herrera esta modalidad de acumulación ha girado en torno “al cacao entre 1850 y 1920, el banano entre 1948 y 1965, el petróleo de 1972 hacia adelante” (Carrión y Herrera 2012, 11). Aunque no es de nuestro interés profundizar sobre esta problemática, existen rasgos y tendencias que se establecen en el marco del modelo primario exportador y que ofrecen límites y oportunidades para la actividad agrícola en general y para las economías familiares campesinas en particular.

Así por ejemplo, la agricultura es una actividad económica fundamental en el Ecuador (en diciembre de 2015 el 24,97% de la población nacional se dedica a actividades relacionadas con agricultura, silvicultura y pesca) (INEC-ENEMDU 2015, 35). Y para el año 2015 la población económicamente activa rural asciende a 2.368.533 (INEC-ENEMDU 2015, 28), representando el 32% de la PEA nacional. Del mismo modo, la agricultura genera fuentes de trabajo, pues “emplea directamente a cerca del 70% de la población ocupada en el sector rural” (Carrión y Herrera 2012, 31).

No obstante su importancia, la actividad agropecuaria en los últimos años ha perdido peso en su contribución al PIB, mostrando una tendencia decreciente entre el 2000 y el 2010, periodo en el cual representó en promedio el 9% del Producto Interno Bruto total (Carrión y Herrera 2012, 29). Dado que el porcentaje de la población que se dedica a la agricultura es mayor que la contribución de este sector de la economía al PIB, esto puede significar que hay mano de obra sobrante en el sector agrícola y baja productividad.

Por otra parte, las políticas públicas destinadas al sector agrario y que dinamicen las economías campesinas han sido difusas y en su lugar se ha hecho una apuesta por la agricultura de exportación en el marco del modelo primario exportador. De ahí que el Estado promulgue una política de “fomento agropecuario” cuyos mayores beneficiarios son los empresarios, desplazando a los pequeños campesinos o forzándolos a la “reconversión productiva” hacia cultivos agroindustriales apetecidos en el mercado internacional (Diego, Carrión y Herrera 2012, 60). Según Carrión y Herrera las políticas de fomento agropecuario se diferencian de las políticas redistributivas, pues mientras éstas últimas implican reformas estructurales tales como redistribución de la tierra, titularización, crédito; las primeras comprenden medidas como riego, servicio técnico, investigación, entre otras medidas que benefician a medianos y grandes productores, en detrimento de la producción que garantiza la alimentación en el mercado interno. “A este tipo de políticas se ha destinado el 75,38% del presupuesto del sector agrícola en el 2007” (Carrión y Herrera 2012, 60), encaminando mayores recursos a la agricultura de gran escala, la cual tiene presencia preponderante en la región Costa. En el año 2009 “el 80% del presupuesto agropecuario se destinó a la Costa, región con el mayor peso agroindustrial y agroexportador” (Carrión y Herrera 2012, 62).

En el caso de la provincia de Manabí en el periodo comprendido entre el 2005 y 2009 tuvo lugar una concentración del presupuesto agropecuario en esta provincia (71%) (Carrión y Herrera 2012, 68). De la misma forma, según la Encuesta Continua de Producción Agropecuaria (ESPAC) Manabí lidera las provincias con mayor superficie de producción agropecuaria, destinando 1,2 millones de hectáreas para la agricultura en el año 2012 (INEC-ESPAC, 2012: 6). Este hecho pone de manifiesto que la herencia histórica en el agro costeño ha estado vinculada a los cultivos de exportación: café, cacao, banano y plátano. Ello ha generado mayor proximidad con la lógica capitalista del trabajo rural asalariado, razón por la cual se ha dado continuidad a lo largo del tiempo a la agricultura destinada a la exportación o al abastecimiento del mercado interno ligado a los agronegocios.

De este modo, en la práctica, desde el Estado se ha propiciado un contexto institucional que ha priorizado la producción de alimentos agroindustriales y en menor medida las políticas de fortalecimiento para la producción campesina. Uno de los lineamientos en el Plan del Buen Vivir para el sector agrícola señala: “crear y fortalecer mecanismos justos de encadenamiento productivo de la agricultura familiar campesina” (Plan Nacional del Buen Vivir en La Política Agropecuaria Ecuatoriana 2015, 76), y uno de los lineamientos de la Política Agropecuaria Ecuatoriana, documento elaborado por el MAGAP asevera: “incrementar la disponibilidad y el uso de productos e insumos agropecuarios de origen nacional que permita la sustitución selectiva de importaciones” (MAGAP 2015, 79), también se impulsa “los encadenamientos con valor agregado que viabilicen a la producción campesina” (MAGAP 2015, 80). Aquí se puede entrever que desde el ámbito institucional se promueve la formación de cadenas productivas, y se fomenta el uso de insumos nacionales, sin llegar a sustituirlos, esta es la forma como se incluye a los agricultores familiares en los encadenamientos productivos.

Adicionalmente, la inversión estatal no beneficia a todos los actores rurales por igual, pues aquellos que disponen de mayor cantidad de recursos como tierra, agua y capital están en capacidad de generar economías de escala y obtener mayores ventajas de la contribución estatal, que aquellos que no los tienen, como los campesinos minifundistas, o aquellos considerados como “aparceros” o arrendatarios de tierras.

Como consecuencia, esta dinámica refuerza la polarización en la estructura productiva, y esta se hace evidente en la distribución concentrada de los recursos. Según el último

Censo Agropecuario realizado en el Ecuador en el año 2000, el 2,3% de unidades productivas agrícolas concentran el 42,57% de las tierras y son unidades de más de 100 hectáreas, mientras que las unidades productivas agrícolas cuya extensión no es mayor de 10 hectáreas representan el 75,5% del total nacional y poseen apenas el 11,8% de la tierra (III Censo Nacional Agropecuario). La alta concentración de la tierra se expresa en el coeficiente de gini, que en el país es de 0,8. (SIISE, 2015). Una realidad similar se presenta en la distribución y acceso al agua, dado que el porcentaje de tierras que accede al riego en el 2012 era de 34,06% del total de la superficie sembrada y “los sistemas de riego privado acaparan el mayor caudal del riego: 64%” (Carrión y Herrera 2012, 93).

En virtud de lo expuesto anteriormente, se puede afirmar que las economías campesinas se encuentran en una posición de desventaja dentro de la estructura agraria y a menudo compiten por recursos con actores cuyo poder económico y político es mayor, como las empresas, agroindustrias, comerciantes, intermediarios, entre otros. Ante esta situación, las estrategias de supervivencia de las pequeñas unidades agrícolas oscilan entre la inserción en el mercado como mano de obra asalariada, la migración, la explotación de la mano de obra familiar y la pluriactividad campesina. Es así que aunque este fenómeno responde a un modelo de acumulación basado en la exportación de materias primas, es menester analizar las relaciones que se tejen entre estos distintos actores en las economías locales, y en este caso en la realidad de una comunidad campesina en la provincia de Manabí.

La provincia de Manabí se encuentra ubicada en la región litoral del Ecuador (fig. 2.1.), cuenta con una población de 1, 369,780 habitantes que se distribuyen en los 23 cantones existentes. (INEC 2010). Las actividades económico productivas principales tienen que ver con la agricultura, silvicultura y pesca; siendo así que el 27,63% de la población se desempeña en esta rama de actividades, y el 10,12% pertenece al grupo ocupacional de la agricultura (INEC 2010). Autores como Gilces y Montenegro afirman que en la provincia de Manabí también existe acaparamiento de recursos. Así confirman los datos presentados por estos autores: el 3,88% de las unidades productivas agrícolas de la provincia detentan el 43,8% de la tierra, y constituyen propiedades de más de 100 hectáreas, mientras que el 63,3% de las unidades productivas agrícolas poseen el 9,08% de la tierra, y son unidades cuya superficie es menor a 10 hectáreas. (Gilces y Montenegro 2008, 104). Este patrón se repite en el cantón Bolívar, escenario de nuestro estudio, donde el coeficiente de Gini de la tierra en el año 2000 fue de 0,66, lo que

indica un alto grado de desigualdad en la posesión (SIISE 2015), aunque menor al índice nacional.

Entre las actividades agrícolas relevantes en la provincia se destaca el cultivo de maíz duro, Manabí constituye la tercera provincia más importante en la producción de esta gramínea en el país, en el 2013 en la provincia se cosecharon 69.469 hectáreas, lo que representan el 17% de la producción nacional (SINAGAP 2013). La producción de maíz forma parte de la cadena de producción de balanceados, y ésta a su vez abastece a la industria avícola; aunque en realidad, como se analiza más adelante, son las empresas agroindustriales las que tienen el control de toda la cadena. Existen 14 grandes industrias ligadas con esta cadena productiva en todo el país y dos de ellas se encuentran ubicadas en la provincia: Afaba y Coprobalan, aunque existen centros de acopio e industrias menores presentes en el territorio (IICA 2014).

En lo que concierne al cantón Bolívar y a las características sociodemográficas de la cabecera cantonal Calceta (fig. 2.1.), se conoce que la población es de 33.415 habitantes que se encuentran repartidos entre el sector urbano y rural. El 31,62% de la población en Calceta se dedica a la agricultura, silvicultura o pesca, siendo el comercio la segunda actividad en importancia (INEC 2010). Este hecho permite comprender las articulaciones que se tejen entre el núcleo urbano y los caseríos rurales cuya producción agrícola se comercializa en el mercado de la ciudad.

En cuanto a los servicios básicos, aunque Calceta es un núcleo urbano, existe gran cantidad de asentamientos en la zona que constituye el perímetro rural, es en esta zona donde se presenta un déficit importante en la cobertura de servicios. El 55% de la población de Calceta se abastece de agua de pozos y el 26,6% de la red pública de agua potable; la eliminación de excretas se realiza a través de pozos sépticos (48,53%) y en las zonas rurales también es común el uso de letrinas 8,50%. La eliminación de basura en la zona urbana se realiza a través de carro recolector (56,1%), mientras que en las zonas rurales persiste la práctica de la quema de la basura (35,46%) (INEC 2010).

El estudio de caso de la presente investigación se desarrolla en la comunidad “Casas Viejas” (fig. 2.1.), que forma parte de la zona rural de Calceta. Los asentamientos humanos en la comunidad son dispersos y no se cuenta con datos exactos sobre el

número de habitantes residentes en la zona. Sin embargo, de acuerdo a entrevistas realizadas a informantes calificados se ha concluido que existen alrededor de 180 familias residentes, las cuales tienen en promedio 4 a 5 miembros. (Funcionaria del Seguro Social Campesino, entrevista por Almeida, enero 2016).

La comunidad se caracteriza por su vocación agrícola y ganadera, actividades que absorben la mano de obra del sector y que constituyen la principal actividad económica y una de las fuentes de ingreso familiar. Al igual que en toda la provincia, en la comunidad se destaca el cultivo de maíz. A partir de las observaciones en campo se puede afirmar el maíz no es únicamente un producto de cultivo, o una actividad económica de manera exclusiva, sino que existe una “cultura maicera”, pues los agricultores se reconocen como “maiceros” y de ahí se derivan saberes, conocimientos, formas de organización del trabajo, del tiempo, y de la vida. Este cultivo de ciclo corto¹, marca toda la dinámica económico-social de la zona, las actividades que se realizan a lo largo del año y la cotidianidad de las familias campesinas. Según nos cuentan los agricultores, hace treinta años se utilizan los paquetes tecnológicos, lo que coincide con el auge de la Revolución Verde, desde entonces se ha volcado la producción hacia el monocultivo de manera progresiva en esta y otras comunidades del Cantón.

Otro cultivo característico es el maní, que se destina a la comercialización y también al autoconsumo. En las parcelas familiares es común encontrar el cultivo de plátano verde, yuca, habichuelas, fréjoles y algunas verduras, que son elementos importantes de la dieta, también se encuentran frutales como papayas, “fruta china”, mangos, ovos, naranjas, guanábanas, tamarindo y maracuyá.

De acuerdo con el análisis precedente, si se pretende comprender la organización económico-social que tiene lugar en las comunidades rurales, es preciso conocer las características de la estructura agraria, como por ejemplo las condiciones existentes en cuanto a infraestructura básica como vialidad, saneamiento, vivienda y servicios sociales de salud y educación que representan límites o posibilidades a las condiciones de vida de la población rural.

¹ Cultivos que cumplen su ciclo de maduración entre los dos y cinco meses como el maíz, maní, hortalizas.

La comunidad Casas Viejas presenta limitaciones con respecto a infraestructura vial, existen dos vías de acceso de tercer orden, las mismas que en el invierno son de difícil acceso debido a que el agua se acumula y dificulta el tránsito de autos y motos, que son los vehículos que ingresan a este lugar. Esto repercute en las posibilidades de los agricultores para comercializar productos como el maní o incluso el maíz (Diario de campo, enero 2016).

Actualmente no existe un sistema de eliminación de aguas servidas, las familias diseñan sus propios sistemas de eliminación de excretas mediante letrinas y eliminación bajo tierra. Tampoco existe un sistema de recolección de basura, a pesar de que en esta comunidad se encuentra localizado el basurero del cantón Tosagua, Calceta (urbano) y del cantón Junín. Por esta razón, la basura inorgánica se quema, mientras los desechos orgánicos son utilizados para la alimentación de los animales. Según un estudio de Línea Base desarrollado por el IICA en la provincia de Manabí, que incluye a la comunidad Casas Viejas como parte de su análisis, se afirma que el 66,8% de las comunidades en la provincia eliminan la basura a través de la quema (IICA 2012, 10).

El agua para el consumo humano es entubada y no es un servicio permanente, debido a que hay días en los que no se cuenta con este recurso y es preciso almacenarlo. El almacenamiento se realiza fuera de los hogares y no siempre en óptimas condiciones, lo que puede repercutir en la salud de la familia. También existe la tendencia a comprar bidones de agua que se destinan al consumo humano, mientras que el agua almacenada se utiliza para limpiar, asearse, para los animales, entre otros usos. Según la encuesta realizada por el IICA el 31,2% de las comunidades estudiadas se abastece a través de agua entubada (IICA 2012,16). Y, de acuerdo a las observaciones, la población no tiene la práctica de hervir el agua, por lo que el líquido para el consumo humano es de una calidad deficiente.

La comunidad cuenta con un Centro de Salud del Seguro Social Campesino, dónde la población recibe atención primaria. Si se trata de casos de mayor complejidad recurren a Calceta o Portoviejo. La comunidad cuenta con una escuela y el colegio se encuentra en Calceta, por lo que es preciso que los jóvenes se movilicen diariamente, el tiempo que requiere el desplazamiento de la Comunidad Casas Viejas al centro urbano en Calceta es de quince a veinte minutos en auto y treinta minutos en moto, medio de transporte

muy utilizado en las poblaciones rurales, esto representa una distancia de 8 km entre la comunidad y la urbe (Dra. Lili Mora, entrevista por Almeida, abril 2016).

Se pueden considerar otros factores en la estructura agraria como el acceso a asistencia técnica, sistemas de comercialización o infraestructura para el almacenamiento de productos; aunque se conoce que la única forma de asistencia a la producción por parte del gobierno en la zona es la dotación de paquetes tecnológicos para el cultivo de maíz. Existen otros proyectos de menor envergadura como la compra de semillas de piñón (semilla utilizada para la producción de biocombustibles), y constituye una actividad secundaria. Así se establecen condiciones en las que se desenvuelven las familias campesinas cuyas actividades económicas, formas de trabajo y organización social se desarrolla en el contexto anteriormente descrito.

Figura 2.1. Ubicación del territorio de estudio



Provincia de Manabí Cantón Bolívar



Comunidad “Casas Viejas”

Fuente: Gobierno Autónomo Descentralizado del Cantón Bolívar

2. Agricultura comercial: los vínculos de las economías familiares campesinas con el mercado

En este apartado tomamos en cuenta la cadena de producción de maíz, considerando que una parte considerable de las actividades económicas desarrolladas en la comunidad

Casas Viejas se fundamenta en este cultivo, también se analizan las formas específicas en las que los productores de esta zona se encuentran articulados con el mercado y cómo son funcionales a éste y al modelo de la agroindustria a partir de las relaciones sociales de producción que se generan entre los distintos actores de la cadena.

Dada la forma de inserción del país en la economía mundial como un país primario exportador, ha tenido lugar la emergencia de una agenda de desarrollo rural en estrecha relación con los cultivos de exportación y los agronegocios. De la mano de este modelo se incentiva el uso de paquetes tecnológicos asociados con aquello que en los años sesenta y setenta emergió como el paradigma de la modernización agraria y la Revolución Verde. De esta manera, en los últimos años se ha expandido el monocultivo de maíz y se ha fomentado el uso de variedades de alto rendimiento con uso de insumos industriales, todos ellos importados y provenientes de empresas transnacionales.

Autoras como Yumbla afirman que en el Ecuador “a partir de los años 90, siguiendo patrones que responden al régimen alimentario corporativo mundial, se impulsó la formación de cadenas agroalimentarias, entre estas, la cadena de maíz-balanceado-aves” (Yumbla 2011,115). Según esta autora “las cadenas productivas permiten a los compradores y vendedores [intermediarios de la cadena de maíz] que están separados por tiempo y espacio, agregar y aumentar progresivamente el valor de los productos agrícolas [a medida que se acercan al consumidor final]” (Yumbla 2011, 116). Este hecho da lugar a que existan actores que controlan gran parte de la cadena, y se consolidan complejos empresariales que poseen poder de mercado y pueden incidir tanto en las formas de producción como en las tendencias de consumo.

En la cadena del maíz intervienen los productores campesinos que entregan el producto a las industrias procesadoras de balanceados o a comerciantes intermediarios. Las agroindustrias actúan como compradoras de materias primas y vendedoras de insumos, razón por la cual amplían sus ganancias en el negocio; finalmente se encuentran los supermercados y distribuidores de productos como carne de pollo, cerdo, huevos, etc. En el primer eslabón de la cadena se encuentran las empresas distribuidoras de insumos como Agripac, Ecuaquímica o Pronaca, las que se encargan de proveer los paquetes tecnológicos para el manejo del cultivo, el paquete incluye las semillas, herbicidas, fungicidas y fertilizantes. Pero a menudo, son estas mismas entidades las que compran

el maíz y lo procesan. Los datos presentados por Yumbla indican que “de las diez empresas transnacionales que controlan el 89% del mercado mundial de agroquímicos, seis son las mismas que controlan el mercado mundial de semillas patentadas” (Yumbla 2011, 119). De acuerdo con las observaciones de campo, Syngenta es una de las empresas cuyas semillas y agroquímicos son utilizadas en la comunidad Casas Viejas, ésta junto con otras empresas como Monsanto y Dupont “tienen el 47% del mercado mundial de semillas patentadas y el 65% de la propiedad del mercado mundial de semillas de maíz” (Yumbla 2011, 119).

En el ámbito de la producción, una de las modalidades que utilizan estas empresas es la de agricultura por contrato, a través de esta los agricultores comprometen la venta de su cosecha a las compañías o la ofertan como parte de pago por los paquetes tecnológicos recibidos. Mediante este tipo de agricultura los productores pasan a ser trabajadores indirectos de las empresas, aunque sin obtener los beneficios que corresponden al desempeño de un trabajo agrícola asalariado (Yumbla 2011, 122). Las agroindustrias por su parte externalizan los costos de la mano de obra, la renta de la tierra y el riesgo de pérdida de la cosecha.

En los últimos años la producción de maíz en el Ecuador ha incrementado significativamente, en el año 2008 se reportaron 771.878 toneladas, y para el 2013 casi se duplicó el volumen con 1.425.848 de toneladas (SINAGAP 2013). Más de la mitad de esta producción se destina a la fabricación de alimentos balanceados. Según los documentos de la Asociación Ecuatoriana de Fabricantes de Balanceados para Animales Afaba, en la provincia de Manabí existen 23 plantas de alimentos balanceados y en el país 324 (Afaba 2015, 39). Entre las principales empresas compradoras de maíz se encuentran la Procesadora Nacional de Alimentos Pronaca y Afaba, esta última absorbe el 42% de la cosecha nacional de maíz (Afaba 2015, 49), y entre las dos empresas el 80% de la producción nacional (Yumbla 2011, 120).

En el siguiente eslabón se encuentra la agroindustria avícola, porcícola y productora de carnes, leche y huevos, entre otras proteínas animales. De acuerdo con el III Censo Avícola del 2006, en el Ecuador existen 1567 granjas avícolas y de estas 207 se encuentran en la provincia de Manabí, esta cantidad solo es superada por la provincia de Pichincha y El Oro, estas tres provincias figuran también como las mayores productoras

de pollos y de gallinas (III Censo Avícola Ecuatoriano 2006). Finalmente, y en coherencia con la tendencia del sistema agroalimentario corporativo basado en el alto consumo de proteínas animales, los productos se comercializan en el mercado con amplios márgenes de ganancia para las empresas agroindustriales, los supermercados y los proveedores de insumos agropecuarios.

Además, algunas agroindustrias como Pronaca, también tienen planteles avícolas y porcícolas que requieren de ingentes cantidades de balanceado, y de esta manera se conforman encadenamientos productivos, estas empresas actúan como proveedores de insumos, en ocasiones otorgan crédito, servicio técnico, compra del maíz, elaboración del balanceado, producción animal en planteles y venta en supermercados de los cuales son socios.

En el caso del presente estudio en la Comunidad Casas Viejas, entre las actividades agrícolas se destaca la siembra de maíz duro. Debido a las condiciones geográficas y climatológicas la producción de la gramínea tiene lugar una sola vez en el año, pues al encontrarse en una zona seca y carente de sistemas de riego, la estación de invierno que comprende los meses de enero a marzo permite a los agricultores trabajar la tierra, aprovechando la humedad y el periodo de lluvias. Por este motivo, los pobladores de la comunidad han estructurado su dinámica social y la organización de la vida en torno a los ciclos productivos agrícolas invierno-verano. Durante los meses de invierno, los hombres y mujeres se emplean en el cultivo del cereal, la falta de tierras propias obliga a los agricultores a rentar los predios para la producción a propietarios residentes y no residentes con mayores extensiones de terreno; dependiendo del terreno el arriendo comporta entre \$60 y \$80. En respuesta a las constricciones materiales los agricultores se alían o rentan las tierras “a medias” o entre distintos grupos familiares. También se desarrollan estrategias como el “presta brazo”, que son formas de intercambio de trabajo mediante las cuales se evita incurrir en el pago de mano de obra asalariada. Así, si una familia renta tierra, entonces convoca a parientes cercanos y amigos a participar en la siembra, este trabajo se devuelve cuando se turnan las familias para sembrar en distintos terrenos. Uno de los agricultores nos comenta:

Como yo...aquí nosotros somos familia aquí con mi hermano, mi hermana, el vecino me dice vamos a sembrar yo te ayudo a sembrar y tú me ayudas, si tu estas dos días yo

te ayudo dos días, eso no lo tomamos en cuenta nosotros. [Quiere decir que no se paga] (Freddy Garzón, entrevista por Almeida, enero 2016).

El periodo de invierno es en el que mayor cantidad de mano de obra se requiere, y hay empleo como jornaleros en la siembra de maíz, por ende la principal fuente de ingresos procede de la agricultura. Se realizan tareas agrícolas como poner urea al maíz, fumigar y aplicar pesticidas (con bomba de fumigación), proteger el cultivo de plagas (colocar arena en el cogollo del maíz), y vigilar su adecuado crecimiento.

Una vez llegado el verano, entre los meses de junio y julio, tiene lugar la cosecha de la gramínea, en la que participan los hombres de forma preponderante, y las actividades económicas giran en torno a la comercialización del producto. El resto del año se intercala el empleo rural no agrícola con actividades agrícolas como preparar los terrenos para la siembra, deshierbar, entre otras. Es así que los agricultores y agricultoras se encuentran en permanente negociación frente a espacios como el mercado, dónde cobra especial importancia la agricultura comercial. De acuerdo con datos presentados por el Ministerio de Agricultura, el costo estimado de producción de maíz por hectárea es de \$ 1.614. El precio de comercialización oficial es de \$16 por quintal (MAGAP 2014, 5). A continuación se muestra una tabla con el costo de producción aproximado que implica la siembra de maíz duro en la zona de estudio y se estima que el rendimiento es de 100 qq por hectárea. Esta información se elaboró a partir de entrevistas con agricultores. No se incluyen los costos del trabajo reproductivo.

Tabla 2.1. Costos de producción de maíz duro por hectárea

Rubro	Costo unitario	N° Unidades	Costo total
Arriendo de terreno	70	1 hectáreas	70
kits de siembra	520	1 kit de siembra	520
Preparación de terreno	11 dólares	11 trabajadores	121
Jornales siembra	11 dólares	15 trabajadores	165
Jornales fertilizar	11 dólares	5 trabajadores	55
Aplicación de fungicidas y abono	11 dólares	8 trabajadores	88
Cosecha	11 dólares	15 trabajadores	165
Trasporte y desgranado	0,8/qq	100 qq	80
		Total Costos	1264
Rendimiento	15 dólares/qq	100 qq	1500
		Diferencia/ganancia	236

Fuente: Información elaborada a partir de entrevistas con agricultores Comunidad Casas Viejas

A diferencia de los estudios de Yumbra, el vínculo que los productores sostienen con las agroindustrias en esta comunidad se presenta de distintas formas, pero en todas ellas el

trabajo de los agricultores siempre beneficia a alguien más y se hace posible la extracción y apropiación de un excedente debido a que se transfieren valores del sector de la producción hacia otros eslabones de la cadena como la comercialización, procesamiento e incluso en la etapa de consumo.

Para la producción de maíz, los agricultores se proveen de insumos a través de distintos canales, el primero de ellos es a través de la compra directa en las casas comerciales como Agripac o Ecuaquímica. En algunos casos estas empresas sostienen programas de crédito directo para los productores, los kits de siembra cuentan con subsidios estatales, “para el periodo de siembra de enero 2016 Agripac otorgó crédito directo a 250 agricultores mediante la entrega de 700 kits de maíz en el cantón Junín” (Técnico encargado del “Plan semillas” del MAGAP 201, entrevista por Almeida, enero 2016). A través de esta dinámica los agricultores pagan el crédito a las empresas en especie, es decir que al final del ciclo productivo se paga a la empresa con el producto, aunque también está la modalidad del pago en efectivo. Si el agricultor no cumple con el pago, pasa a la central de riesgos y eso impide la obtención de créditos futuros. Esto se articula con la política de fomento de encadenamientos productivos ligados a cultivos comerciales con mayor rentabilidad.

El segundo mecanismo por medio del cual los productores se abastecen de insumos es a través de la “Línea de créditos CCMA”, que constituye “crédito destinado a la formación o renovación y rehabilitación de los cultivos de cacao y café, y, para la siembra de maíz y arroz” (Banco Nacional de Fomento, 2014). Para obtener este crédito los productores que se encuentran asociados se inscriben a través del MAGAP y solicitan el número de kits que van a sembrar, el BNF transfiere el valor directamente a la casa comercial y el productor recibe el paquete que deberá ser cancelado al banco al finalizar el ciclo productivo, el crédito asciende hasta los \$3000.

De acuerdo a los datos recabados en la entrevista al técnico del MAGAP se conoce que además de las líneas de crédito CCMA, el Estado otorga un subsidio a los productores para la adquisición de los paquetes tecnológicos, este aporte se realiza a través de convenios con las casas comerciales, estas últimas se encargan de armar los paquetes tecnológicos para ponerlos a la venta, y el gobierno aporta con \$130 por cada kit, la

diferencia de \$370 es el monto que debe cancelar el productor, cubriéndose el costo de \$500 por cada paquete.

Adicionalmente, cada kit incluye un seguro agrícola que indemniza al productor en caso de pérdida de la cosecha a causa de factores climáticos, plagas, o desastres naturales, el seguro cubre el 85% de los gastos en los que haya incurrido el agricultor en el momento de la pérdida. Estas constituyen las formas a través de las cuales los agricultores se ligan a las agroindustrias, formas que son promovidas por el Estado a través de una política de subsidios. Mediante las observaciones se ha podido constatar que en la comunidad se utilizan las semillas “somma”, las mismas que son importadas y proceden de la empresa Syngenta. Este tipo de semillas híbridas² no pueden ser reutilizadas y requieren que el agricultor incurra cada año en una nueva compra, lo que ata a los agricultores de por vida a la compra de insumos tecnológicos ya que las semillas se degeneran.

Del otro lado, la comercialización también permite la articulación y subordinación-subordinación de los agricultores a la agroindustria, se conoce que el maíz producido se comercializa en los cantones de Tosagua y Calceta, los intermediarios acopian el producto en grandes volúmenes y lo venden a bodegas, distribuidoras y agroindustrias. Es un hecho conocido que la intermediación encarece los precios para el productor, a pesar de que la cadena cuenta con precios oficiales establecidos para el pago, los comerciantes distorsionan los precios mediante la especulación, los precios de venta por quintal oscilan entre los \$8 y \$16. Este constituye un mecanismo de extracción del excedente desde la producción campesina a la cadena comercial. Un productor nos cuenta sobre la dinámica de la comercialización:

Usted va lleva el maíz... bueno aquí tengo el maíz, a cómo me lo va pagar, cuántos quintales son, *el man* le dice si es por saco le da por saco y hay alguien que tiene desgranadora, hay personas que no tienen desgranadora tenemos que pagar esa desgranadora y el transporte (Freddy Garzón, entrevista por Almeida, enero 2016).

Por otra parte, la entidad estatal encargada de la comercialización y almacenamiento es la Unidad Nacional de Almacenamiento (UNA), que recibe el producto que se

² Semillas genéticamente modificadas para procurar mayores rendimientos y resistir ciertas condiciones climáticas o del suelo.

comercializa asociativamente y paga el precio oficial establecido si este cumple con requisitos de calidad, posteriormente lo vende a las empresas procesadoras de balanceados. En el 2010 el monto destinado a la Unidad Nacional de Almacenamiento fue de \$96.755.080 (Carrión y Herrera 2012, 81), lo que da cuenta de la fuerte inversión en políticas para el fomento de los encadenamientos productivos. Sin embargo, se conoce que muy pocos agricultores utilizan este canal para la venta de maíz, las razones tienen que ver con la calidad que se exige (3% de humedad y 1% de impurezas) y la dificultad que representa comercializar asociativamente.

En conclusión, se puede decir que a partir del modelo de producción basado en la exportación de *commodities*³ y el impulso decidido del gobierno hacia el sector agroindustrial, se ha fomentado la “inclusión” de los pequeños productores a los negocios agrícolas, las economías familiares campesinas se insertan en las cadenas agroalimentarias como proveedores de materia prima barata, destinan tierras propias o rentadas al cultivo de productos comerciales, en este caso el maíz, utilizan la mano de obra familiar no asalariada para las labores de producción, contraen deudas para la adquisición de los paquetes tecnológicos y en muchos casos asumen los riesgos de pérdidas en la cosecha. Estos constituyen los mecanismos por los cuales la economía familiar campesina transfiere valor a otros eslabones de la cadena, además de rubros que no son contabilizados como costos de producción, tales como la mano de obra familiar, la reproducción de la fuerza de trabajo que incluye la alimentación y subsistencia de los trabajadores, la renta de la tierra o la “ganancia”. Esto se puede corroborar en el análisis realizado por Carrión y Herrera sobre la agricultura en la Costa, quienes señalan que:

El mercado como mecanismo de distribución de recursos e ingresos beneficia siempre a quien posee más capital, generando transferencia de valor de unos sectores a otros (...) Al final [en un extremo] de la cadena se encuentra la economía familiar campesina sujeta a una estructura de relaciones de intercambio asimétricas (Carrión y Herrera 2012, 112).

Relaciones de intercambio que dicho sea de paso se encuentran insertas en mercados fuertemente controlados por complejos agroalimentarios, donde pocas empresas están en capacidad de controlar la mano de obra precarizada, el uso de la tierra y los recursos

³ Productos de primera necesidad, materias primas y productos de consumo masivo como trigo, maíz, arroz, soya, entre otros.

naturales. En la medida en la que el Estado desempeña el rol de mediador entre los intereses de la agroindustria y las economías familiares campesinas, es preciso preguntarse ¿Quién o quienes se benefician más de los convenios y subsidios?, ¿Quiénes sostienen a la gran agroindustria? Y, ¿Qué sucede con el acaparamiento indirecto de tierras destinadas a los monocultivos?, ¿Cuáles son las posibilidades de las familias campesinas de alimentar y alimentarse? Estas interrogantes nos permiten abrir la discusión sobre la posibilidad de soberanía alimentaria, que es motivo de reflexión en el siguiente acápite.

3. Acceso a recursos productivos: un desafío en la soberanía alimentaria

Como se ha podido analizar, el actual modelo de acumulación primario-exportador permite que se desplacen recursos campesinos hacia la agricultura empresarial, que busca la rentabilidad en oposición a la soberanía alimentaria, y mientras más tierras se destinan al cultivo de productos exportables, menos áreas permanecen libres para el abastecimiento alimentario local. Por esta razón es relevante la discusión sobre la soberanía alimentaria y sobre la tenencia de la tierra. En la presente investigación se ha optado por otorgarle un espacio particular a la reflexión de este problema, ya que la tenencia de la tierra es un factor fundamental en nuestro caso de estudio; en las observaciones de campo se ha constatado que las familias en la comunidad no poseen tierras más que para construir su vivienda y en ocasiones pequeños huertos junto a la misma. En la mayoría de los casos rentan la tierra para trabajarla a propietarios residentes y no residentes con mayores extensiones de terreno, es decir constituyen familias de campesinos sin tierras vinculados con la actividad agrícola maicera.

El Ecuador se acogió al principio de garantizar la soberanía alimentaria en la Constitución del 2008, por el cual el Estado debe garantizar el acceso a los alimentos para toda la población, ya que esta constituye un derecho de los seres humanos. Así, se han previsto instrumentos legales como la Ley Orgánica de Soberanía Alimentaria vigente desde mayo del 2009. A pesar de estos instrumentos jurídicos, aún hace falta un trabajo que se empeñe en revertir ciertos problemas que determinan el acceso seguro y permanente a los alimentos como la disponibilidad de recursos productivos como el agua y la tierra.

La soberanía alimentaria constituye una propuesta introducida por la Vía Campesina en la Cumbre contra el hambre llevada a cabo por la FAO en el año 1996. Múltiples

discusiones se han realizado alrededor de este concepto. Aquí nos acogemos al significado dado a conocer en el Foro Mundial de Alimentación llevado a cabo en Cuba, dónde se entiende que la soberanía alimentaria es:

El derecho de los pueblos a definir sus propias políticas y estrategias sustentables de producción, distribución y consumo de alimentos que garanticen el derecho a la alimentación para toda la población, con base en la pequeña y mediana producción, respetando sus propias culturas y la diversidad de los modos campesinos, pesqueros e indígenas de producción agropecuaria, de comercialización y de gestión de los espacios rurales, en los cuales la mujer desempeña un papel fundamental” (Declaración, Foro Mundial sobre Soberanía Alimentaria. Cuba, 2001 en Kopp 2011,66).

Esta propuesta se diferencia de la seguridad alimentaria porque la segunda se enfoca en la suficiencia alimentaria, dejando de lado problemas como el qué se produce y cómo se produce, es decir la procedencia de los alimentos consumidos. La soberanía alimentaria es una alternativa política al modelo de desarrollo agroindustrial y representa una forma alternativa de entender la agricultura, la alimentación, la ruralidad y el medioambiente con el objetivo de eliminar el hambre y promover el desarrollo rural y la vida sostenible (Heinisch 2013, 14). Además, el cuidado de la vida se relaciona con la soberanía alimentaria ya que ambos tienden a cubrir necesidades vitales y son generadores de bienestar.

Entre los factores que condicionan la soberanía alimentaria están: a) el acceso a recursos productivos, b) disponibilidad de alimentos procurando el autoabastecimiento a través de la producción local, c) uso de alimentos en coherencia con las prácticas culturales de la población y d) estabilidad en la provisión de alimentos que implica la sustentabilidad en la producción para garantizar el acceso permanente a los alimentos (SIISE, 2015).

En este sentido, queremos rescatar al menos uno de los elementos de la discusión sobre soberanía alimentaria y que es relevante para nuestro caso de estudio: el acceso a los factores productivos. Este problema es relevante en la medida en que “quien tiene la tierra decide qué se produce, cómo se produce y cuando hacerlo” (Deere y León 2003), lo que repercute en la alimentación familiar, pues las tierras arrendadas se destinan a la producción de maíz duro para la venta y no se privilegian los cultivos de autoconsumo. Esto introduce a las familias en la lógica del aprovisionamiento a través del mercado, priorizando las actividades que generan ingresos monetarios para la compra de

alimentos, desplazando a la agricultura de autosubsistencia y generando una tensión permanente entre esta última y la agricultura comercial.

Estudios realizados por la CEPAL muestran que la posesión de la tierra modifica incluso la necesidad de insertarse en el mercado a través de empleos rurales no agrícolas, así “el hecho de ser propietario de activos fijos agrícolas aumenta la participación del ingreso agrícola en el ingreso total del hogar, y disminuye la necesidad de empleo asalariado, sea agrícola o no agrícola” (Dirven 2004, 57). También señalan que los ingresos no agrícolas disminuyen a medida que aumenta la cantidad de tierra que las familias poseen, pues a mayor cantidad de tierra, existen menos incentivos para depender de otras fuentes de ingreso. Esto a su vez puede repercutir en la alimentación y en la calidad de alimentos a los que las familias puedan acceder.

Además, si existen mecanismos de acaparamiento indirecto de las tierras de cultivo, como en el caso de las agroindustrias, o, si es el Estado el que fomenta cierto tipo de producción, entonces la desposesión se convierte en un factor que juega a favor de los grandes productores y se deja a la soberanía alimentaria en segundo plano. A continuación se presentan los datos cuantitativos sobre la propiedad de la tierra en la comunidad y su distribución entre hombres y mujeres.

En los datos del catastro de la Comunidad Casas Viejas se han registrado 235 predios, para el procesamiento de la información se ha decidido clasificar los predios según la siguiente tipología: 1) los predios que constituyen propiedad marital y se encuentran registrados a nombre la pareja, 2) los predios que figuran como copropiedad familiar y están a nombre de varios miembros de la familia, 3) los predios registrados de manera individual y 4) los predios de propiedad pública y aquellos adquiridos por grupos y asociaciones de la zona. (Tabla 2.2.).

Partiendo de esta tipología encontramos que el 91,91% de los predios figuran como propiedades individuales. De ahí se desprende que no es común registrar títulos en copropiedad familiar o marital, esto puede relacionarse con el hecho de que en esta zona la forma más común para adquirir tierra es a través de la herencia, y la herencia legalmente pertenece al heredero sin importar su estado civil.

Tabla 2.2. Predios registrados en el catastro y clasificación de acuerdo al tipo de predio

Tipo de Predio	Número de predios	Porcentaje
Copropiedad Familiar	3	1,28
Copropiedad Marital	9	3,83
Individual	216	91,91
Asociaciones	4	1,70
Público	3	1,28
Total general	235	100%

Fuente: Información elaborada a partir del Registro de Propiedad Comunidad Casas Viejas.

Se registran 216 predios individuales, de los cuales el 54,63% no poseen escritura, frente a un 45,37% que si tienen escrituras (fig. 2.2.). La escritura que es la expresión legal de la titularidad de la tierra comprende derechos de propiedad plenos como son “el usufructo, la posibilidad de vender, arrendar, legar e hipotecar tierra, estos derechos son reclamaciones legal y socialmente reconocidos” (Deere y León 2002, 3) y otorgan seguridad económica y jurídica a las familias. Además, la titularidad de la tierra es importante ya que permite o limita el acceso al crédito, ello da pie a que se recurra a fuentes informales para el financiamiento de la producción, situación que es frecuente en la comunidad de este caso de estudio.

Figura 2.2. Predios individuales con escritura y sin escritura Comunidad Casas Viejas



Fuente: Información elaborada a partir del Registro de Propiedad Comunidad Casas Viejas.

Ahora bien, se ha realizado un conteo de los hombres y mujeres que figuran como propietarios de tierra, aquí se incluye a todas las personas que aparecen registradas en copropiedad familiar, marital e individual (tabla 2.3. y 2.4). Es así que de los 228 predios registrados de estas categorías existen 242 propietarios; entre ellos 155 son varones y 87 son mujeres. Es decir que los hombres son el 64,05% de los propietarios y las mujeres representan el 35,95% (tabla 2.3). Entre los propietarios que tienen escrituras el 55,66% son hombres frente al 44,33% de mujeres, por lo tanto, las mujeres

están sobre-representadas entre los que tienen escrituras, indicando que tal vez para ellas es más importante tener escrituras para hacer valer sus derechos de propiedad.

Tabla. 2.3. Propietarios registrados por sexo

Sexo	Número de propietarios	Porcentaje
Hombre	155	64,05
Mujer	87	35,95
Total	242	100%

Fuente: Información elaborada a partir del Registro de Propiedad Comunidad Casas Viejas.

Tabla 2.4. Propietarios por sexo con escritura

	Número de Propietarios con escritura	%
Hombre	59	55,66
Mujer	47	44,34
Total	106	100

Fuente: Información elaborada a partir del Registro de Propiedad Comunidad Casas Viejas.

La existencia de mayor cantidad de hombres propietarios tiene implicaciones para las relaciones de género que se suscitan al interior de los hogares campesinos. Agarwal asegura que dentro de la familia, el poder de negociación de los miembros se encuentra relacionado con factores como la propiedad de bienes económicos como la tierra e ingresos, entre otros que determinan la posibilidad de hombres y mujeres para sobrevivir fuera de la unidad familiar, esto se denomina posición de repliegue (Agarwal 1997,4). En consecuencia, “la propiedad de la tierra y de bienes económicos por parte de la mujer puede incrementar su poder de negociación en el hogar” (Deere y León 2002,40), así como una garantía ante situaciones de pobreza.

Por otra parte, la extensión promedio de los predios (individuales, maritales y familiares) es de 3,03 hectáreas. Si se considera que el área de los predios no es suficiente para incursionar en la agricultura maicera, que es extensiva en el uso de la tierra, entonces este es un factor que explica porque las familias se ven obligadas a rentar tierras para este monocultivo. La extensión promedio en hectáreas entre mujeres y hombres presenta una leve diferencia a favor de las mujeres, para este grupo el promedio es de 3,41 hectáreas, mientras que para los hombres el promedio es de 2,82 hectáreas. El precio comercial promedio de los terrenos de los hombres a partir de los avalúos catastrales es de \$ 4828, 78 mientras que el precio comercial promedio de los

predios de las mujeres es de \$ 4295,61, estas diferencias pueden estar asociadas con la calidad de tierras heredadas, su ubicación, acceso a la vía principal, incluso la aptitud del terreno para la siembra. En síntesis, los hombres tienen más tierras y en números absolutos son el grupo que tiene mayor titularidad legal de las mismas, por su parte las mujeres poseen terrenos de mayor extensión pero de menor valor (tabla 2.5.). Esto dejaría a ambos grupos en condiciones materiales similares, aunque culturalmente se percibe que la decisión sobre el uso de la tierra recae sobre los hombres por su rol asociado como agricultores.

Tabla 2.5. Extensión y valor promedio de los predios por sexo

	Número	Héctareas	Tamaño promedio (has)	Valor promedio del predio
Hombre	155 (64)	437,02 (60)	2,82	4828,78
Mujer	87 (36)	296,48 (40)	3,41	4295,61
Total	242 (100)	733,5 (100)	3,03	4487,29

Fuente: Información elaborada a partir del Registro de Propiedad Comunidad Casas Viejas.

Según análisis realizados por autoras como Deere y León, la desigualdad de género en la propiedad de la tierra se explica por varios factores como “la preferencia masculina en la herencia, el privilegio de los hombres en el matrimonio, el sesgo masculino en los programas estatales de distribución de tierras y en el mercado de tierras” (Deere y León 2003,1). Este conjunto de circunstancias inciden en que las mujeres tengan menor control sobre los recursos productivos. Según los estudios realizados por estas autoras la principal vía de acceso a la tierra para las mujeres es mediante la herencia, aunque en el Ecuador ha cobrado mayor importancia el mercado.

Se indica que aunque la forma legal de heredar no tiene sesgos de género, en América Latina “hay un sesgo en la herencia a favor de los varones porque se considera que las actividades agrícolas no son propias de las mujeres, ellas son amas de casa, y su contribución a la agricultura familiar se invisibiliza” (Deere y León 2003, 8). Esta diferenciación con respecto a los roles de género sobre las actividades agrícolas constituye un mecanismo para excluir a la mujer de los derechos sobre la tierra, y es una representación que se encuentra arraigada en nuestro estudio de caso, pues según entrevistas realizadas, las mujeres se consideran a sí mismas como “amas de casa” y no como agricultoras, a pesar de que ejercen este trabajo de manera estacional y a pesar de que tienen a su cargo las parcelas familiares.

De igual forma se señala que las hijas heredan bienes tales como animales o bienes domésticos, mientras los hombres heredan tierra, este hecho se encuentra asociado a representaciones sobre roles de género, ya que se considera que el trabajo agrícola es realizado por los hombres y ellos tienen mayores derechos sobre la tierra. Además, las herencias se asignan de manera individual a cada hijo en las familias, por esta razón es preponderante el registro individual de los predios que incide en que se titularicen más tierras a nombre de varones, en lugar de titularizarlos a nombre de las mujeres, debido a que los hombres son “la cabeza de hogar” y por ende herederos de tierra.

Las autoras también señalan la “patrilocalidad” (Deere y León 2003, 8) como un determinante que permite excluir a la mujer en la posesión de la tierra. Cuando una mujer contrae matrimonio puede ir a vivir en el hogar del marido y no “se lleva” la parte de la tierra que le corresponde en su hogar de origen, pues se espera que la familia del esposo brinde las condiciones necesarias a la nueva pareja, esto suprime el derecho de las hijas a la tierra. Este tipo de práctica es frecuente en Casas Viejas, donde las mujeres que contraen compromisos se unen a la familia del marido, hasta contar con las condiciones para establecer su propia vivienda en el terreno que se les asigne, o pasan a formar parte de una familia ampliada. A su vez, las mujeres que abandonan su núcleo familiar originario no reclaman su herencia porque no existe legitimidad social para este reclamo y porque tampoco lo consideran necesario.

Deere indica que el régimen marital también determina los derechos que puedan tener las mujeres sobre los activos. En el Ecuador el régimen marital de la “sociedad conyugal” comprende que “los bienes adquiridos durante la soltería, así como las herencias individuales permanecen como propiedad individual, y los bienes que se adquieren en el matrimonio a través de la compra forman parte de la propiedad de la pareja” (Deere, Contreras y Twyman 2010, 3). Dado que en el caso de estudio no es común la compra de tierras, por lo tanto, hay pocas posibilidades de titulación conjunta de los predios.

Por otra parte, en la comunidad de este estudio las parejas se establecen mediante uniones de hecho. Legalmente se entiende que las uniones de hecho gozan de los mismos derechos que los regímenes maritales, siempre y cuando estas se registren ante un notario o un juez. En el contexto de esta comunidad rural no es común contraer matrimonio, así como tampoco hay la práctica de registrar las uniones consensuales,

esto influye en que los terrenos permanezcan bajo titulaciones individuales y que el marido en calidad de jefe de hogar disponga de la propiedad y se favorezca la acumulación de bienes a nombre de los hombres, lo que contribuye a reforzar la brecha de género. Estos factores explican el bajo porcentaje de predios registrados como copropiedad marital, los que representan apenas el 3,83%. En consecuencia, las diferencias en la propiedad de la tierra pueden incidir en la menor capacidad de las mujeres de tomar decisiones sobre los cultivos y el uso de este recurso. Se debe mencionar que en nuestro caso se restarían las posibilidades de la soberanía alimentaria, en tanto que los varones son quienes encabezan la actividad de la agricultura maicera y dan preferencia en el uso de la tierra para este cultivo comercial, también ellos son quienes deciden en la mayoría de los casos sobre el uso de los ingresos generados por la actividad agrícola.

Se pueden desprender algunas características sobre la tenencia de la tierra para el caso de Casas Viejas: a) existen limitaciones en el acceso a la tierra para el cultivo, el promedio de hectáreas de los predios es de 3,03 esto explica la dinámica en la que se encuentran inmersas las familias agricultoras que entonces necesitan rentar la tierra para la producción ligada a la comercialización; b) existe un problema en cuanto a la titularidad de las tierras pues más de la mitad de los predios no tienen escrituras (54,63%), mientras que el 45,37% si posee escrituras; este hecho es relevante debido a que los bancos otorgan créditos solamente con garantía, esto trae como consecuencia que los agricultores no puedan acceder a recursos monetarios para financiar la producción, por ende una de las prácticas frecuentes es el uso de fuentes informales de crédito. Según la información recabada en entrevistas es usual acudir “al chulco” para financiar la producción, y los intereses en este mercado financiero son superiores a los existentes en el mercado formal de capital. Algunos de los prestamistas son propietarios y alquilan tierra a los campesinos, así incurren en el negocio agrícola y piden el pago de la renta en producto, con lo que la totalidad de los beneficios no recae sobre los agricultores sino sobre los dueños de las tierras y del capital; c) existe desigualdad de género en la distribución de las tierras, los hombres son la mayoría de los propietarios y los dueños de los terrenos titulados; d) en la propiedad de la tierra influyen imaginarios con respecto a la división de roles por género, las formas de establecerse en pareja y las costumbres que guían la herencia de las tierras. De esta manera es preciso tener en cuenta la posición de las mujeres en el contexto de la agricultura comercial, su función,

trabajo y condiciones de vida en el medio rural, situación que se analiza en el siguiente apartado.

4. La situación de las mujeres rurales

En el contexto anteriormente descrito es necesario visibilizar el lugar que ocupan las mujeres a raíz de las transformaciones que se han gestado en el medio rural, como la migración, el trabajo fuera del hogar, así como el rol de las mujeres como proveedoras de alimentos.

En las familias campesinas existe un sinnúmero de estrategias de supervivencia y formas de trabajo, pero gran parte de éstas estrategias se encuentran relacionadas o se sostienen gracias al trabajo doméstico y de cuidados. Este fenómeno se hace evidente en las encuestas de uso del tiempo, según las cuales en el Ecuador, y especialmente en las zonas rurales, el tiempo total de trabajo de las mujeres, (que comprende el trabajo remunerado y no remunerado), es mayor que el de los hombres (INEC-EUT 2012).

A escala nacional las mujeres destinan 77:39 horas a la semana entre ambos trabajos, frente a sus pares masculinos que dedican 59:57 horas. En las zonas urbanas las mujeres trabajan 75:47 horas y los hombres 60:54. Esta tendencia se repite para las mujeres rurales, cuya carga global de trabajo alcanza las 81:36 horas y los hombres rurales destinan 58:22 horas al trabajo remunerado y no remunerado; lo que significa que el grupo de las mujeres rurales trabajan más que sus pares urbanas, y más que los hombres en el área urbana y rural (INEC-EUT 2012).

Este hecho se puede atribuir a causas diversas como por ejemplo que en el sector rural el trabajo doméstico se extiende hasta el cuidado de la parcela, y los animales de granja. Así, las mujeres rurales destinan más tiempo al trabajo no remunerado, 34:33 horas en promedio a la semana, por encima del tiempo que dedican los hombres rurales y urbanos y las mujeres urbanas a esta actividad (INEC-EUT 2012).

Otra de las causas es la presencia preponderante de niños menores de cinco años que requieren cuidados directos, según un estudio de Vásconez:

Las madres son las que atienden la mayor parte del tiempo a los/as niños/as menores de 5 años (70% de los casos); esta actividad es una responsabilidad poco compartida entre los miembros del hogar (..) En el área rural, la dedicación de las madres es aún mayor (85%) (Vásconez 2012,17).

A esto se deben sumar las labores comunitarias en las que se involucran las mujeres y la responsabilidad del mantenimiento del hogar. Esta responsabilidad, según la Encuesta de Uso de Tiempo también se modifica de acuerdo al estado civil y de acuerdo a los grupos de edad. Las mujeres casadas y en unión libre tienen un tiempo total de trabajo más alto, 84:58 y 80:36 horas semanales respectivamente; mientras las mujeres solteras tienen una menor carga de trabajo. Si se considera que en la zona de nuestro estudio la edad para establecerse en pareja bordea los 17 y 18 años, entonces se entiende que la carga de trabajo doméstico y de cuidados incrementa cuando las mujeres adquieren un compromiso y que este trabajo tenderá a aumentar si se mantiene esta característica.

Pero, de entre las actividades más demandantes para las mujeres en el trabajo no remunerado en el hogar se encuentran aquellas relacionadas con la preparación de alimentos y la cocina, actividad que ocupa 10:50 horas semanales a las mujeres de todo el país (INEC-EUT 2012). Según Vásquez:

La preparación de alimentos y su servicio tradicionalmente ha sido un elemento importante de la cohesión familiar, una demostración de afecto de las mujeres hacia su familia inmediata y mediata, una forma de socializar, festejar, de mostrar retribución y agradecimiento (Vásquez 2012,25).

Ahora bien, para comprender el rol de la mujer en la provisión de alimentos y de atención en la comunidad Casas Viejas es necesario reflexionar sobre la unidad familiar en la que se inscribe el trabajo de las mujeres. Partimos del hecho de que existe una estructura productiva que repercute en las formas de cuidado. En el invierno el cuidado de niños se delega a través de redes familiares, o a su vez se lleva a los niños al campo a trabajar junto con los adultos, aunque esta actividad se percibe como una colaboración de los hijos a sus padres y en algunos casos la mano de obra de los niños permite el cobro de un jornal adicional.

Se debe aseverar que durante este periodo, el tiempo destinado por las mujeres a la preparación de alimentos no se reduce, sino que las jornadas de trabajo se prolongan, existe una división del trabajo entre distintas mujeres de la familia ampliada. La jornada laboral empieza a las cinco de la mañana y mientras unas mujeres salen al campo, otras son responsables de preparar el desayuno y llevarlo hasta el lugar de trabajo. Se ha constatado que la labor de siembra toma seis horas diarias, después de las cuales las mujeres regresan para preparar el almuerzo y posteriormente la cena.

En la época de verano las mujeres permanecen en el hogar y son responsables de actividades tales como la crianza de animales menores como gallinas y cerdos, el riego de los cultivos de la parcela familiar, recoger los granos y verduras que siembran, las labores postcosecha, almacenamiento de productos como el maíz y en ocasiones moler la gramínea para alimentar a las aves. Además del mantenimiento del hogar, el cuidado a los niños y niñas y la cocina.

Luego, la forma en que se organiza el cuidado no es igual durante todo el año, ni todas las familias lo asumen de igual manera debido a sus condicionamientos socioeconómicos, este fenómeno se puede ilustrar con dos casos diferentes que pueden tener variables y gradientes entre uno y otro. En el primer caso se trata de una pareja joven con un hombre asalariado no agrícola, una hija en edad escolar, sin acceso a recursos productivos pero con actividades complementarias realizadas por la mujer como realizar recargas telefónicas para suplir las necesidades alimentarias de la familia, además de las actividades ligadas a la agricultura comercial. En este caso el cuidado directo de personas dependientes como los niños no ha sido delegado y es asumido directamente por la madre. Sin embargo, en un segundo caso se puede mencionar una madre soltera, única proveedora del sustento para sus hijos en edad escolar, donde la migración es una estrategia para suplir las necesidades económicas, esto implica la delegación del cuidado a las redes familiares: abuelas, hermanas, entre otras.

La división sexual del trabajo dentro de la unidad familiar se hace evidente en cuanto a las tareas derivadas del proceso de producción de alimentos. La preparación y el procesamiento de los alimentos es una tarea exclusiva de las mujeres y los hombres no se inmiscuyen en ninguna labor que se desarrolle en el espacio de la cocina. Después del trabajo los hombres se reúnen en la cancha para participar en deportes o juegos como el billar, juego de baraja, de forma que se puede encontrar una diferenciación de los espacios, los hombres “afuera” y las mujeres “adentro”, cuando las mujeres se encuentran “afuera” se organizan o se turnan para vender comida, de modo que la “cocina” es concebida como una actividad exclusivamente femenina.

En el espacio rural las tareas domésticas que se extienden hasta el cuidado de la parcela y las actividades de cuidado directo a las personas se combinan con otras, por ejemplo:

mientras se prepara la comida los niños estudian o son asesorados por sus madres para realizar las tareas, mientras se brinda atención a las demandas de los hijos o el esposo se limpia la casa; de manera que la simultaneidad en las labores domésticas y de cuidados constituye un desafío para el estudio de la distribución de las tareas en el hogar y el tiempo que se involucra en cada una de ellas.

De manera general se puede afirmar que las mujeres destinan más tiempo a cuidar de “otros” (personas, animales y naturaleza) que a cuidar de sí mismas; mientras que los hombres luego de sus actividades agrícolas o de trabajo asalariado fuera de la comunidad destinan todo su tiempo a actividades de ocio y divertimento, actividades que se encuentran mucho más restringidas para las mujeres. Hechos que coinciden con las evidencias recabadas en las encuestas de uso de tiempo a nivel nacional.

Por otra parte, con las transformaciones generadas en la estructura agraria y la penetración del capitalismo en el agro se han generado un conjunto de formas flexibles de explotación del trabajo masculino y femenino, muchos campesinos se han convertido en trabajadores y trabajadoras “indirectas” de la agroindustria. Para Deere se ha generado un incremento en la participación de las mujeres como trabajadoras agrícolas por cuenta propia. Así: “También existe evidencia, más fuerte en unos países que en otros, de una feminización de la producción campesina, en la medida en que un número creciente de mujeres rurales se convierten en trabajadoras por cuenta propia en la agricultura” (Deere 2006, 79). Aunque la participación de las mujeres como fuerza de trabajo agrícola no ha significado una reducción en sus labores domésticas, y por el contrario se aumenta su carga global de trabajo que ellas realizan, por lo que se asegura que la reestructuración económica ha tenido un impacto directo en la vida de las mujeres rurales (Deere 2006, 83).

También se debe agregar que cada vez se hace más patente la pluriactividad campesina, donde las mujeres desempeñan múltiples “oficios” para incrementar los ingresos de hogar, estos oficios se llevan a cabo en la comunidad y en ocasiones se combina con trabajo no agrícola en el centro urbano. En el caso de los hombres, estos tienden a emplearse en el sector no agrícola relacionado con manufacturas, comercio, servicios y es más común la migración temporal masculina. La migración femenina también es importante porque repercute directamente en las formas de cuidado en las familias rurales, si la mujer migra el cuidado de los hijos se delega a las redes familiares. Y si el

hombre migra las mujeres quedan a cargo de los hijos, los cultivos y los animales, incrementándose su carga de trabajo.

5. Concluyendo

De acuerdo al modelo de acumulación primario exportador se ha extendido la agricultura comercial y especialmente en la Costa se fomentan los cultivos ligados al comercio exterior o a cadenas agroindustriales. A pesar de la subordinación de las economías campesinas a los complejos agroalimentarios, y de que esta actividad no les deja ganancias significativas, se debe destacar que existe una voluntad por parte de los productores de continuar con la agricultura maicera; es decir, los agricultores siembran maíz porque esta es su forma de vida y constituye su trabajo, al interrogar a uno de los agricultores sobre el motivo por el cual persiste en la siembra de maíz a pesar de que esta actividad no deje grandes réditos, él interpelado responde: “Es una tradición, ese es el trabajo de nosotros, no tenemos otra fuente de trabajo y no tenemos más conocimientos de otros trabajos” (Freddy Garzón, entrevista por Almeida, enero 2016).

Es decir que la inserción de los agricultores en las cadenas agroindustriales tiene que ver con causas diversas, como por ejemplo la imposibilidad de emplearse en otra actividad, el conocimiento adquirido a través de los años sobre el cultivo y su manejo, cierta forma de organizar el trabajo según los ciclos productivos y un tipo de “saber hacer”, además del beneficio que representa para los agricultores contar con el apoyo del Estado. En síntesis, el maíz no es solo un producto que se liga a la agroindustria, es una forma de organización de la vida y del trabajo, se genera identidad, y representa la única oportunidad laboral en la comunidad.

La tierra también constituye un factor fundamental porque sobre las tierras rentadas por los campesinos desposeídos se ejerce un control indirecto de las agroindustrias y la decisión de qué sembrar se traslada a estos actores. Esto se relaciona con las tendencias de consumo y de un modelo alimentario basado en el consumo de proteína animal. Por este motivo es necesario entender cómo están distribuidos los recursos de quienes nos alimentan y cómo se alimentan ellos mismos en el marco de sus distintos condicionamientos materiales y económicos.

La mujer es la que se lleva consigo la responsabilidad de alimentar a los otros con los recursos con los que cuente: propios o externos, los que provienen de la agricultura de autoconsumo y los que provienen del mercado, y así se responsabiliza de sostener a la

familia, aunque esto signifique una inequitativa distribución del tiempo y del trabajo entre hombres y mujeres.

Capítulo 3

Configuraciones de Familias, Trabajos y Cuidados en la comunidad Casas Viejas

El presente capítulo consiste en una descripción etnográfica sobre el proceso investigativo realizado en el trabajo de campo y en un breve análisis sobre distintos “tipos” de familias que constituyen una muestra representativa de la realidad social de la comunidad “Casas Viejas”, cuya caracterización y contexto han sido ampliamente desarrollados en el capítulo precedente. Mostrar la diversidad de grupos familiares nos permite acercarnos hacia aquello que indagamos: el cuidado de la vida y sus formas con relación a las prácticas que las mujeres ponen en juego día a día para asegurar la alimentación de los suyos, develando que estas prácticas devienen en trabajos en los que mujeres y hombres se involucran.

Entre los objetivos de esta sección encontramos: realizar una justificación y aclaraciones metodológicas en cuanto al proceso de investigación en su totalidad y al trabajo de campo en particular; exponer los criterios de selección de las familias escogidas para el estudio; y, evidenciar a través de cada uno de los casos la heterogeneidad presente en el territorio, considerando que cada uno representa modalidades concretas de producción y reproducción, en las que se ha prestado especial atención a las características de la economía familiar campesina, el cuidado y la multiplicidad de formas que adopta en la ruralidad y la alimentación como una conjunción de ambas dimensiones.

De esta manera, en el primer apartado se ponen de manifiesto los paradigmas que se toman como punto de partida para la investigación y que se ven reflejados en la metodología, también se expone de manera sucinta la fase de recolección de información y las aristas más relevantes que permitieron organizar los datos. En los siguientes acápite se expone parte del trabajo etnográfico realizado con distintas familias de la comunidad, este apunta a la construcción de tipologías y de modalidades que muestren la diversidad de trabajos realizados por las unidades domésticas campesinas; estos trabajos se combinan, complementan y yuxtaponen a lo largo del año y son llevados a cabo por los miembros de las familias campesinas, dando como resultado la posibilidad de reproducción de las mismas. En este capítulo se devela la correlación existente entre la constitución del hogar, el modo en que cada uno de ellos gestiona el cuidado y los trabajos productivos que desempeñan los miembros de las

familias, generando distintos ingresos, modos de aprovisionamiento, formas de repartir las tareas, entre otras que dan cuenta de la manera de habitar en el campo y de organizar la provisión de bienestar en la cotidianidad, bienestar que se enfoca en la dotación de alimentos en las familias. Por esta razón, el capítulo tres se presenta como una “descripción densa” y como una antesala para el análisis desarrollado en el cuarto y quinto capítulo, dónde se examina con mayor detenimiento cada uno de los elementos y sus relaciones: la producción agrícola, la organización social del cuidado anclado en las familias y la expresión de estos últimos en la alimentación.

1. Sobre el problema y sus formas de abordarlo: aclaraciones metodológicas

Al empezar el proceso investigativo y remitirnos hasta la fase de la formulación del problema, este ejercicio comportaba una dificultad especial, ya que el problema no parecía encajar en un campo específico del saber, al contrario, parecía desengranarse en miles de componentes y partes que no encajaban juntas y que requirieron de un esfuerzo denodado de quien escribe para imaginar cómo hacerlas funcionar en “armonía”. Tras varios ensayos de cómo hacer la magia para dar lugar a un todo coherente o al menos pertinente para investigarse, la pregunta de investigación surgió después de varios meses; es así que la interrogante que ha guiado este estudio consistió en tratar de inquirir sobre ¿cuál es la forma que adopta el trabajo de cuidado con relación a las prácticas utilizadas por mujeres para garantizar la alimentación de las familias campesinas?

Dada la complejidad del problema y sus distintos componentes, se debió recurrir al menos a dos campos analíticos que implicaban posturas epistemológicas y por ende distintos presupuestos metodológicos. La primera arista tiene que ver con el modo de abordar lo que en el primer capítulo se describe como economía familiar campesina y agricultura familiar como realidades equivalentes. En este sentido, la perspectiva de los estudios campesinos basados en la comprensión de la *heterogeneidad* entiende que existen “diversidad de prácticas sociales y discursivas que son ejecutadas e interpretadas por los actores sociales en el forjamiento de sus vidas y las de los otros” (Long 2007, 107). Este postulado implica que la vida social hace parte de un entramado de realidades múltiples que deben ser aprehendidas a detalle en la vida cotidiana de los actores. Norman Long, estudioso que propone el entendimiento de la realidad rural como heterogénea señala que en los procesos sociales los sujetos son capaces de ejercer su agencia y dar lugar a prácticas y estrategias diferenciadas dentro de un mismo contexto.

Estas estrategias diferenciadas de los actores hacen posible la *heterogeneidad social*, que para el autor se entiende como “coexistencia de múltiples formas sociales dentro del mismo contexto o del escenario, en el cual se ofrecen soluciones alternativas a problemas similares, subrayando así que las culturas son por necesidad múltiples en la manera en que ellas se practican” (Long 2007, 111).

Desde esta perspectiva, la metodología requiere visibilizar cómo los dominios más amplios se constituyen como campos de recursos y relaciones y cómo se entrelazan con la acción social en contextos específicos, de manera que dan lugar a significaciones, interpretaciones, prácticas y estrategias que los individuos aplican de manera diferenciada. Esto significa que en la vida cotidiana los actores tienen distintos repertorios para hacer frente al mundo en el que viven, de tal manera que despliegan estrategias diferentes para solventar situaciones problemáticas que surgen en los procesos “constrictores y habilitadores” para la acción y que están presentes en las “estructuras” macro. Las “estructuras” no son determinantes porque se modifican y constituyen espacios de disputa y competencia entre los distintos proyectos de los actores. En síntesis “los factores de la estructura traen límites evidenciados, son marcadores limítrofes que llegan a ser los blancos para la negociación, reconsideración, sabotaje y cambio, o sea las barreras que serán quitadas o transformadas” (Bourdieu en Long 2007, 132). Valga decir que las estructuras son modificadas por la acción conjunta de los actores que dan lugar a nuevas realidades en la medida en que negocian, concilian o construyen nuevas propuestas y despliegan estrategias diversas.

Ahora bien, si nos situamos en una perspectiva “desde los actores”, entendemos que los residentes en la Comunidad Casas Viejas despliegan acciones de manera individual o colectiva para hacer posible su supervivencia; de esta manera, generan estrategias diversas frente a las limitaciones impuestas en la estructura agraria y en las condiciones de vida en el medio rural. Esto es lo que se ha pretendido evidenciar al considerar cuatro familias de la comunidad con condiciones diferentes, tratando de visibilizar sus estrategias de supervivencia, modos de aprovisionamiento y las formas de organizar y ordenar la vida en relación al modo de producción agrícola, los *estilos de agricultura* (Van der Ploeg 2010, 67), el trabajo doméstico y de cuidados y, por supuesto, la alimentación como un campo que se encuentra en el medio, entre el trabajo agrícola y el cuidado de los seres humanos. En este sentido, pensar en la *heterogeneidad* en el territorio fue la pauta metodológica que permitió entender las diferencias pero también

las características más estructurales presentes en el modo de vida de las familias que fueron parte de los estudios de caso y que se detallan en el presente capítulo.

El segundo paradigma que permitió afinar la mirada y el método de análisis de la realidad fue partir de los postulados de la economía feminista, muchos de cuyos conceptos se desarrollan en el marco teórico. La mirada feminista contribuye con algunos aportes, entre los cuales se destacan: a) entender el hogar como una unidad de cooperación y conflicto, b) la comprensión y reformulación de la categoría trabajo y el énfasis en la reflexión sobre el trabajo doméstico y de cuidados, c) el re descubrimiento de trabajos otrora invisibilizados y la reflexión sobre las esferas de producción-reproducción como un circuito integrado e indivisible.

Es así que la crítica feminista de la economía dio paso a la problematización del hogar como unidad homogénea, o como lo habían entendido las teorías económicas clásicas como “home sweet home” (Folbre 1986, 246), pues la evidencia demostraba la existencia de inequidades fundamentadas en el género y edad dentro de los hogares; del mismo modo, teóricas como Agarwal han insistido en que en el hogar convergen cooperación y conflicto y propone “indagar sobre la complejidad de las interacciones de género en las familias y la simultaneidad de varios procesos y formas de tomar decisiones, distribución del trabajo y control de los recursos”¹ (Agarwal 1997, 3). Es así que para la selección de familias en el estudio se pretende mostrar cómo se configuran las relaciones sociales en el seno del hogar y la constitución de ““múltiples formas de vida familiar” y de organización de los vínculos familiares” (Franco 2010,50).

El segundo aspecto en el que aportó la economía feminista para la recolección y el análisis de datos fue una mejor comprensión de trabajos diversos que rompen con la dicotomía productivo-reproductivo y que se desenvuelven como una continuidad, con la finalidad de sostener la vida humana. La economía feminista permite ensanchar el contenido de la categoría trabajo para dar cuenta de “las múltiples tareas y actividades que hombres y mujeres despliegan para la producción de bienes y servicios orientado al bienestar individual, familiar y social” (Franco 2010, 33). Dicha labor puede ser remunerada o no remunerada. Y, en el caso de trabajo de cuidado implica aspectos afectivos, materiales, inmateriales y subjetivos, lo que nos lleva al último de los aportes

¹Traducción de la autora.

que permite visibilizar el trabajo reproductivo y emocional que se encierra en las labores cotidianas (alimentación, vestido, asistencia emocional, entre otras) comúnmente sostenidas por mujeres en los hogares campesinos.

Por otra parte, la estrategia de investigación que se adoptó para esta tesis consistió en la utilización de una metodología cualitativa con un enfoque etnometodológico que nos permitió indagar sobre las rutinas de la vida cotidiana, su producción y las significaciones que a estas les atribuyen los sujetos que se encuentran en interacción en distintas situaciones (Flick 2004,32). Se seleccionó cuatro familias campesinas con las que se convivió durante siete días, se utilizó la observación participante como principal recurso de acceso a la realidad del mundo rural; el trabajo se complementó con entrevistas semi-estructuradas. Se debe tener en cuenta, tal como señala Guber, que el acceso a la información también tuvo lugar a través de encuentros informales, conversaciones casuales, así como en encuentros concertados (Guber 2004,143). Parte de la estrategia investigativa fue el ingreso a campo en distintas épocas del año, ya que se detectó que las actividades de hombres y mujeres guardan relación con los ciclos productivos de la agricultura, de esta manera, se seleccionaron distintos momentos de acuerdo a la temporalidad invierno/verano en los que se aplicó observación participante para la recolección de datos. Las distintas entradas a campo permitieron ampliar la comprensión de la vida rural, sus restricciones, sus oportunidades, sus dinámicas y pautas culturales, que a pesar del tiempo compartido aún siguen siendo un campo de análisis inacabado.

Ahora bien, la unidad de análisis fueron las prácticas de las mujeres y sus familias residentes en la comunidad “Casas Viejas” en la provincia de Manabí, Ecuador. Se enfatizó en la comprensión de los procesos y prácticas que conforman la unidad producción-reproducción. Así, los resultados atienden a la demostración de la diversidad de formas de trabajo que sostienen las relaciones productivas, económicas, sociales, reproductivas. Por esta razón, y a partir de lo expuesto sobre las perspectivas que nutrieron el diseño metodológico, para la selección de las familias, y de acuerdo a los objetivos de este estudio, se optó por considerar las siguientes variables: a) el trabajo asalariado agrícola y no agrícola desempeñado por uno o más miembros de la familia; b) las diferentes estrategias de generación de ingresos de los miembros de la familia, incluyendo las actividades productivas realizadas por mujeres; c) el acceso a recursos productivos, en especial el recurso tierra; d) la composición de los hogares y su

diversidad: monoparentales, nucleares, extensos, a cargo de abuelos, entre otros, así como las transacciones entre ellos; e) hogares en distintos ciclos de vida, es decir parejas jóvenes u hogares recién formados, hogares en ciclos de vida avanzados por ejemplo con nietos, u otros; f) hogares con miembros que requieran cuidados especiales. Estas variables nos permiten dar cuenta de la heterogeneidad social en la comunidad y también abrieron un terreno fértil para la observación al interior de las unidades familiares dada su composición diversa y sus estrategias diferenciadas de aprovisionamiento.

Luego, se realizó el análisis con una familia “nuclear” o familia “tipo”, es decir la que constituye el caso más recurrente dentro de la comunidad. El segundo caso constituye una familia monoparental y difiere del resto de casos analizados por la singular forma de organización del trabajo. El tercer caso constituye una familia extensa, cuya dinámica también resulta representativa de la realidad local. Finalmente, se tomó una familia “atípica” porque esta depende mayoritariamente de ingresos no agrícolas, aunque no se ha desligado de la agricultura; también porque el acceso a la educación y la profesionalización de sus miembros modifican la capacidad adquisitiva y representaciones sobre imaginarios de género. Sus estrategias de supervivencia guardan semejanza pero también diferencias con otras familias del lugar; se consideró que este caso aportaba posibilidad de contrastación frente a las familias “tipo” de la zona. En todos los casos, la descripción y el análisis gira en torno a los siguientes ejes de acuerdo a la información disponible en cada uno de ellos: a) estrategias de generación de ingresos y formas para proveerse de alimentos, b) división sexual del trabajo en el hogar, c) modalidades en el trabajo doméstico y de cuidados, d) uso del tiempo y e) tareas alimentarias o aquellas derivadas del procesamiento de alimentos.

Como se afirmó en el capítulo anterior, para el análisis de los datos partimos del hecho de que existe una estructura productiva que repercute en las formas de cuidado en las familias. Es así que entendemos a la producción como ámbito inscrito en la unidad familiar y en el que se desempeñan múltiples trabajos (agrícola, no agrícola, trabajo estacional, migración temporaria, comercio, oficios), todos ellos se encuentran condicionados por los factores descritos en el capítulo precedente tales como la tenencia de la tierra, la desposesión, infraestructura social limitada, inequidad en la distribución de recursos, entre otros. Como consecuencia, esta estructura productiva modifica y trastoca las formas de organización del cuidado en la familia, la división de trabajos y

responsabilidades de cuidado de la vida, dónde la alimentación y las tareas alimentarias son resultado directo de continuidades y rupturas entre ambas esferas. Además, las familias son unidades flexibles con capacidad de negociación frente a la estructura productiva, generan diferentes respuestas y estrategias de cuidado que se establecen de modo diferencial de acuerdo al género, la edad, entre otros. Todo ello repercute en la manera como se organiza y sostiene la vida.

Por otra parte, durante la etapa de investigación se consideró importante complementar los datos cualitativos mediante la aplicación de una encuesta de uso de tiempo a un grupo de mujeres de la comunidad. El grupo “San Antonio” que se encuentra constituido por veinte miembros y es una caja de ahorros comunitaria en la que participan exclusivamente mujeres. Los resultados arrojados por la encuesta permiten ilustrar de manera cuantitativa el uso del tiempo por parte de las mujeres campesinas y recoge, a nuestro juicio, datos que pueden extrapolarse a la comunidad y a la forma cómo las mujeres organizan el tiempo. El diseño del instrumento tomó como referencia, aunque modificándola, a la Encuesta Nacional de Uso de Tiempo utilizada para elaborar las Cuentas Satélite del trabajo no remunerado². Se incluyeron distintas actividades que se organizaron en bloques y se calcularon en horas diarias y semanales: 1) actividades culinarias que comprende: horas dedicadas a preparar alimentos (desayuno, almuerzo, cena, entre comidas), servir y calentar comida; limpiar y ordenar la cocina, lavar la vajilla, acomodar; realizar preparaciones previas para el consumo de un producto, como desgranar, secar, tostar, recoger huevos; 2) mantenimiento del hogar y la parcela familiar que implica: limpiar la casa, baño y exteriores; eliminación de basura; cuidado de animales que requieren alimento, adecuar su lugar de estancia y limpieza; cuidar los cultivos y plantas, regar agua, vigilar que no le caigan plagas, recoger frutos maduros y legumbres; 3) cuidado directo de personas que incluye: atención directa a niños, asearlos, vestirlos, prepararlos, escuchar, jugar, estar pendiente de las tareas escolares; cuidado de personas con enfermedades, limitaciones físicas u otras que requieran atención, traslado, vigilancia continua, terapias; 4) organización y gestión de tareas domésticas que comprende: lavar, planchar, guardar ropa, adquisición y compra de alimentos en el mercado, realización de pagos, gestiones y trámites y 5) tiempo de ocio

² “Una cuenta satélite es una extensión del marco central de la contabilidad nacional, su objetivo es medir la valoración del tiempo destinado a las actividades domésticas, de cuidado y de apoyo a la comunidad, no remuneradas y que se encuentran fuera de la frontera de la producción de las Cuentas Nacionales” (INEC 2016 <http://www.ecuadorencifras.gob.ec/cuenta-satelite-de-trabajo-no-remunerado/>).

y descanso. Los resultados nos permitieron recabar datos sobre la carga global de trabajo de las mujeres en esta comunidad, aunque el afán más que cuantificar consiste en visibilizar el trabajo doméstico y de cuidado y comprenderlo en su complejidad e interrelación con el sistema económico-productivo de la zona.

Advertimos que si bien el presente capítulo es descriptivo, en los siguientes capítulos se abordará un análisis de los rasgos estructurales presentes en las familias campesinas, datos que se lograron analizar a partir de los estudios de caso.

2. Trabajo etnográfico: descripción y análisis de casos

2.1. Familias nucleares

La primera familia constituye lo que hemos denominado el caso “tipo”, dado que el modelo de familia nuclear es uno de los más frecuentes en la comunidad, a pesar de que persisten formas de organización familiar ampliada e interacciones con la familia extensa (tíos, abuelos, hermanos, primos, entre otros). Esta familia se constituye por una pareja joven (31 años el padre y la madre) con dos hijas en edad escolar (12 y 7 años respectivamente). Esta pareja tiene un tiempo de convivencia conyugal de aproximadamente 13 años dado que las uniones afectivas se consolidan a temprana edad. Este hecho influye en el ciclo de vida familiar y posibilita la formación de redes familiares extensas aun cuando no se ha alcanzado la senectud.

La actividad económica que sostiene a la familia es la agricultura maicera. La producción de maíz duro para la venta se realiza en dos terrenos, ambos arrendados, el costo del arriendo por todo el ciclo de producción (6 meses) es de \$60 “por cuadra”.³ El primer terreno de 4 “cuadras” es cultivado “a medias” con un cuñado del señor Ignacio, este requiere \$3000 para adquirir los paquetes tecnológicos, y el segundo terreno de 3 cuadras requiere un total de \$2000, el costo varía de acuerdo a la variedad de maíz que se cultiva porque hay semillas que tienen más rendimiento que otras, en la comunidad se utilizan semillas Somma y la variedad Trueno. Así, una vez llegada la cosecha en el mes de junio se espera recolectar 180 qq por cuadra, cada quintal se puede vender desde los \$8 hasta los \$16.⁴ La agricultura comercial se complementa con el trabajo asalariado ocasional de Ignacio en el sector de la construcción. Ambas actividades se alternan y combinan a lo largo del año, porque en el caso del cultivo del maíz se trata de un trabajo

³Unidad de producción agrícola de aproximadamente 7053 m².

⁴Para un detalle pormenorizado de los costos de producción y ganancias de la agricultura maicera remitirse al capítulo 2.

agrícola estacional que ocupa a los agricultores durante los tres primeros meses del año. En este caso los análisis de Carrión y Herrera son pertinentes dado que se ha desarrollado un modelo de agricultura que depende de ingresos extra parcelarios para mantener a las familias campesinas (Carrión y Herrera 2012, 149). Muchos de los trabajos fuera de la comunidad no son estables y no hay certeza con respecto a la permanencia o continuidad en este tipo de labores como la de la albañilería, pero estos contribuyen para la obtención de recursos destinados a la agricultura comercial. De esta manera, se requiere complementar la economía del hogar con actividades productivas realizadas por la mujer, aunque muchas veces estas se consideren únicamente como una “ayuda o un complemento” para la casa. La mujer participa en la agricultura en diversas etapas: siembra, fertilización, aplicación de pesticidas y también desarrolla actividades como la crianza de pollos y cerdos que sirven para el autoconsumo y para la venta, costura, comercialización de productos cosméticos por catálogo y en ocasiones venta de ropa. Así: “la fuerza de trabajo de la unidad de explotación doméstica está determinada por la disponibilidad de miembros capacitados en la familia” (Chayanov 1974, 47), en este caso son ambos miembros los que aportan con su fuerza de trabajo en labores ocasionales agrícolas y no agrícolas para suplir las necesidades del hogar. Uno de los hechos a destacarse es la imposibilidad de establecer rupturas entre las esferas productivas y reproductivas, pues en el campo ambas conviven como un continuum de actividades que contribuyen al sostenimiento de la vida. Precisamente, a esto se debe la intencionalidad de mostrar cada caso en su complejidad y procurar no establecer líneas claramente demarcadas que no se corresponden con la realidad; a pesar de ello, es posible establecer ejes analíticos que nos muestren las formas de aprovisionamiento en esta familia.

En primera instancia, está el aprovisionamiento de alimentos a través del mercado, para lo cual el trabajo asalariado ocasional es determinante, así como las actividades realizadas por la mujer (fig. 3.1.), la compra de alimentos siempre está sujeta a los ingresos que se hayan conseguido en la semana; por ejemplo, el trabajo en construcción puede ser de cuatro o cinco días en la semana y según eso varía el monto de dinero con el que cuentan. En ocasiones también acuden como jornaleros a la siembra del maíz, luego de haber sembrado en el terreno “propio”. Otras formas de aprovisionamiento tienen que ver con la producción para el autoconsumo, entre las que se destaca la crianza de gallinas y cerdos, los que eventualmente también se venden para obtener

recursos. El precio de una gallina oscila entre los \$8 a \$20 dependiendo de la demanda, mientras un cerdo se puede vender en la comunidad por libras, llegando a importar hasta \$180 o \$200. También está la producción familiar parcelaria de verde, maní, maíz duro, frutales y verduras exclusivas para el autoconsumo. Y adicionalmente reciben recursos externos como el Bono de Desarrollo Humano de \$48 otorgado por el gobierno.

Las actividades de la mujer son variables, por ejemplo la costura no es una actividad permanente sino que se realiza bajo pedido. En época de verano, cuando se llevan a cabo las festividades en esta comunidad y otras cercanas se puede ganar hasta \$40 semanal; cuando hay un pedido muy demandante, el trabajo se reparte con las hermanas u otras mujeres, este tipo de arreglos surgen en el marco de lo que autoras como Pérez denominan “la economía del rebusque” (Pérez 2014,144). La venta de productos por catálogo tampoco genera grandes ganancias y como declara nuestra entrevistada:

Se gana \$25 en cada pedido y son dos pedidos en el mes, son \$50, pero ahí está el detalle (risas) que por decir ahorita casi a uno le dicen te voy a sacar este perfume pero no te lo pago hasta después cuando ya más o menos tenga, entonces así casi no se ve la ganancia (Isabel Ibarra, entrevista por Almeida, marzo 2016).

A pesar de que la actividad no sea rentable, Isabel, la mujer de este hogar, señala que ella continua en la venta porque de otro modo no podría salir y se sentiría mal “solo en la casa”, este es un trabajo que la dignifica, la reconforta anímicamente y constituye un esparcimiento a la vez que le sirve para “ayudarse en los gastos de la casa”, por cuanto lo que la motiva no es la ganancia económica, sino la significación que le otorga a esta actividad. Aunque es un hecho conocido que estos trabajos son invisibilizados, feminizados y mal retribuidos. Durante mi estancia se realizó la compra de paquetes de urea y se incurrió en el pago de jornales para la fertilización del maíz duro, las actividades productivas realizadas por la pareja y su importe económico se pueden resumir en la tabla 3.1.:

Tabla 3.1. Ingresos y gastos familiares semanales

Ingresos semanales	USD	Gastos semanales	USD
Trabajo en construcción (4 días)	120	Comida víveres y abastos	22,8
Venta de un cerdo por libras	180	Pago de jornales (2 días)	154
Costura	30	Deudas (comida)	40
Venta de catálogo	15	Deuda artículos del hogar	30,5
		17 sacos de urea	362,1
Total	345	Total	609,4

Fuente: Elaborado por Andrea Almeida, 2016.

Como se aprecia, existe una diferencia de dinero en los gastos semanales, que en este caso se cubrió con un préstamo de un hermano en la ciudad de Quito. De manera general, los déficits se cubren con venta de animales, préstamos, reduciendo los gastos en comida y utilizando el ahorro. Un aspecto a resaltar en el ámbito del trabajo “productivo” son las decisiones sobre el uso de los recursos, puesto que en este ámbito se evidencian tensiones. De acuerdo con las observaciones, a la mujer se le delega la tarea de administrar los recursos debido a su conocimiento sobre lo que se necesita y cómo invertir el dinero y, sobre todo, “como hacer que rinda más y que alcance para la comida” (Isabel Ibarra, entrevista por Almeida, marzo 2016). Los recursos procedentes de la costura o las ventas de catálogo los maneja ella de manera exclusiva. Sin embargo, hay puntos controvertidos, por ejemplo que los ingresos destinados para la comida compiten con otros rubros de gasto como los agroquímicos, esto puede repercutir en la “soberanía alimentaria” en el sentido de que se destina mayor dinero a los agroquímicos para la agricultura comercial que a la adquisición de alimentos para ingerir cotidianamente así lo evidencian estas declaraciones de Isabel:

Supongamos ahorita como hay que echar urea y él no tiene dinero [refiriéndose a la pareja] dice ya bueno esta semana no vamos a comprar tantas cosas [de comida] y vamos ahorrar para comprar la urea y cuando es tiempo de verano y como la casa no está bien construida ahí me dice esta semana vamos a comprar 5 sacos de cemento o si se debe algo se cancela (Isabel Ibarra, entrevista por Almeida, marzo 2016).

Esto evidencia que las decisiones más relevantes sobre el uso del dinero las toma el esposo, aunque ella “administre”, también permite ver cómo se establecen prioridades en los gastos, y como esto afecta a la provisión de alimentos. El manejo “propio” de recursos a la mujer le da mayor autonomía y solvencia y le otorga un margen de acción

para decidir sobre los gastos concernientes al hogar, este es un espacio que se torna conflictivo en la medida en que ella no está dispuesta a ceder, aunque muchas veces se ha visto obligada a destinar o “prestar” ese dinero para los insumos agrícolas. La tensión también se evidencia al existir asimetría en la distribución de recursos, en el caso de Isabel esto se manifiesta en la crianza de los puercos que ella tiene a su cargo: aunque se hayan comprado con el dinero del esposo, ella siente que tiene derecho sobre el dinero que se genere de su venta, pues su trabajo ha sido criarlos y alimentarlos, Isabel indica que le dice a su esposo, Ignacio, lo siguiente:

Esos chanchos que vas a criar yo te los doy de comer, pero eso sí, el dinero es para comprar los muebles. Y ya pues ya creció y entonces me dijo y esos chanchos... ¿Ese dinero? Y yo le digo esos chanchos tu dijiste que era para comprar los muebles. No dice él, préstamelo para comprar urea, que ahorita que cosechamos maíz ahí compramos los muebles, esperemos que así sea y sino ahí yo le hago relajo” (Isabel Ibarra, comunicación personal, Almeida, marzo 2016).

De esta forma, en otras ocasiones se han generado desacuerdos con respecto al uso del dinero. Como fruto de su trabajo, Isabel invirtió en una moto que le facilitara llevar a sus hijas a la escuela, esto generó malestar y desacuerdos con su pareja debido a que la moto es un bien “masculino” y su uso, hasta hace poco, estaba reservado de modo exclusivo para los hombres. No obstante, al aprender a conducir Isabel, se ha beneficiado toda la familia, porque ahora puede llevar el desayuno a los trabajadores al campo y realizar otras gestiones del hogar. Este tipo de tensiones surgen como parte del denominado “conflicto cooperativo” que tiene lugar en todas las familias.

Figura 3.1. Formas de aprovisionamiento de alimentos y actividades productivas



Fuente: Imágenes capturadas por Andrea Almeida, 2016.

Las labores domésticas se asumen de manera exclusiva por la mujer, aunque ocasionalmente y en el caso de ser indispensable el hombre puede incursionar en estas tareas. Dichas labores se comparten con la hija mayor, quien asume quehaceres como arreglar la ropa, barrer o ayudar a su madre. Cuando se tiene hijas mujeres lo normal es que se les enseñe los oficios de la casa, porque lo “natural” es que ellas los reproduzcan y los asuman en su vida adulta. Las labores domésticas y de cuidado se pueden tornar muy poco amables en el contexto rural, pues a estas se les debe sumar condiciones como la carencia de agua o la limitada infraestructura, así lo manifiesta Isabel:

Quando no hay agua es difícil porque hay que subirla y luego otra vez ya se termina, eso es lo más difícil porque imagínese que no hay agua y uno tiene que estar subiendo en baldes, o ir a traer a otro lado (Isabel Ibarra, entrevista por Almeida, marzo 2016).

No todos los hogares tienen la suficiente infraestructura que facilite las labores domésticas, por ejemplo no hay acabados para conexiones de agua en el segundo piso, y tampoco para el baño. Este tipo de labores como acarrear agua no se contabilizan, no se ven y no tienen valor, sin embargo sin su cumplimiento por parte de la mujer faltaría el líquido vital en el hogar. Igualmente, en el invierno son frecuentes las inundaciones y el trabajo femenino se incrementa si el agua ingresa a la vivienda (fig. 3.2.), los moscos salen en gran cantidad, así que deben cuidar que el agua no se estanque, mantener limpios los lugares de los animales y vigilar constantemente a los niños.

Figura 3.2. Trabajo doméstico y de cuidado

	
<p>Condiciones adversas de infraestructura dificultan el cuidado.</p>	<p>Simultaneidad en la realización de tareas domésticas y de cuidado.</p>

Fuente: Imágenes capturadas por Andrea Almeida, 2016.

El trabajo de la crianza de los hijos en el mundo rural puede aliviarse en cierto sentido, ya que es común compartir el cuidado de los niños con la familia extensa

(abuelos, tíos, primos), esto es factible debido a la cercanía. En el caso de estudio, la casa está construida en un terreno compartido con otras dos viviendas en las que residen un hermano de Ignacio, y en otra habita su madre, de manera que todos los niños se trasladan de un lugar a otro, facilitando el cuidado, la alimentación y su permanente socialización en varios hogares, este hecho permite compartir responsabilidades de cuidado, aunque socialmente se entiende que son la madre y el padre los directos responsables del cuidado de los hijos. Así, el padre es responsable de “traer dinero, o sea comprar la comida, que siempre estén estudiando las niñas y que las hijas se hagan responsables” (Isabel Ibarra, entrevista por Almeida, marzo 2016). Aquí vemos la figura clásica del hombre como “proveedor” y también como la persona encargada de velar por el orden moral en la familia, similar a las visiones que sostienen las teorías clásicas del hogar, donde se concibe que la familia debe ser comandada por una figura paterna que actúa como “dictador benevolente” (Agarwal 1997).

La responsabilidad de la mujer es velar por su hogar, pese a que en la práctica las mujeres realizan muchas actividades productivas y reproductivas de manera simultánea. Durante la semana, Isabel salió junto con una de sus hijas a cobrar el dinero procedente de la venta del puerco. Mientras ofrecía más carne (para matar otro cerdo de acuerdo a la demanda), cobraba el dinero de la venta por catálogo y ofrecía nuevos productos, también se encargó de vender boletos para una rifa solidaria en una comunidad cercana. Este hecho advierte la imposibilidad de separar el cuidado de los hijos del cuidado “comunitario” en el que participa la mujer al colaborar con una tarea solidaria, y del trabajo generador de ingresos como el cobro de dinero. Llama la atención que la mayoría de las mujeres no han culminado la educación primaria y que sin embargo saben aprovechar bien los recursos que tienen y se abren camino para gestionar los que no tienen.

A pesar de este fenómeno, el imaginario de que la mujer “se debe a su casa” se encuentra muy arraigado y esto repercute en la imposibilidad de las mujeres para salir a trabajar. La señora Isabel tuvo oportunidad de tener un puesto de ropa en Calceta, lo que habría significado una fuente de ingresos importante, pero su esposo no le permitió debido a que entre los hombres es mal visto tener a la mujer trabajando fuera porque constituye un motivo para especular sobre su conducta. Isabel manifiesta: “parece que los hombres son machistas y no les gusta que la mujer se trabaje, dicen en el grupo de amigos “tu mujer sale, qué estará haciendo afuera”” (Diario de campo, Marzo 2016).

Esto demuestra que en los hogares surge una lucha de poder, subordinación entre géneros y generaciones y una clara división sexual del trabajo, tal como lo conciben las teóricas del marxismo feminista.

Mediante la observación se determinó que en este hogar, al igual que en los otros, la mujer destina diariamente a la cocina y preparación de alimentos alrededor de 3 horas, lo que en la semana se traduce a 21 horas que se destinan exclusivamente a las tareas alimentarias. Adicionalmente, las tareas de gestión y administración del hogar como pagar cuentas, comprar insumos agrícolas, entre otros, llevan 4 horas y media en la semana. Las labores domésticas como lavar ropa, barrer, limpiar la casa, requieren de 6 horas y 45 minutos diarios, ya que se incluye la atención a los animales y el mantenimiento del hogar en su totalidad. Se debe insistir sobre la simultaneidad y secuencialidad en el uso del tiempo pues tareas como el cuidado de los hijos es permanente ya que estos intervienen incluso en el trabajo agrícola. En el caso de los hombres esta observación es válida para todos los hogares, la generalidad es que después de sus faenas agrícolas destinen todo su tiempo al ocio y actividades lúdicas como jugar pelota, reunirse en la cancha. Un análisis pormenorizado sobre el uso del tiempo se encuentra en el capítulo 4, dónde se muestran los resultados de la encuesta realizada a un grupo de mujeres de la comunidad.

Con respecto a la alimentación y los productos que se compran en el mercado los que se adquirieron durante mi estancia fueron artículos de primera necesidad como fideos, harina, sal, granos secos, aceite, canguil, almidón, salprieda, entre otros como mantequilla, galletas, pan, caramelos y especias. Muchos de ellos, como el almidón o la salprieda son productos de la dieta tradicional manabita que pueden ser elaborados por las mismas mujeres, pero que su preparación requiere de horas de trabajo y por eso prefieren adquirirlos en el mercado. También es común que se intercambien alimentos o recibir alimentos de otras familias a modo de obsequio, esta también constituye una forma de aprovisionamiento, sobre todo porque en algunas ocasiones hay recursos abundantes como la leche u otros que se desperdician si no se comparten. Es así que la comida se regala, se presta, se comparte y se pasa. Esta es una de las razones por las cuales cuando se visita las casas nunca puede faltar un entremés para dar la bienvenida o como muestra de la generosidad y “abundancia” en el hogar. Ocasionalmente se compran verduras y frutas a una camioneta que pasa los días jueves trayendo “cosas de la sierra” y otras verduras de consumo frecuente.

Los productos de consumo principal en todos los hogares son el maíz, el maní, el verde y la yuca. Una de las razones por las cuales existen múltiples preparaciones en base a estos productos tiene que ver con los limitados recursos económicos con los que se cuenta en la familia: si no se puede acceder a la compra de productos en el mercado, se debe procurar variedad con lo que hay a la mano o con lo que se tiene disponible en la parcela; esta variedad de platillos y preparaciones (tortillas, envueltos, empanadas, bolones, panes, entre otros) ha surgido gracias a la creatividad de mujeres que en sus cocinas deben “gestionar la escasez” y darse modos para que el plato de hoy sea diferente al de ayer y así garantizar la satisfacción de su familia; esta “variedad” es posible por un trabajo que convierte los productos en platos elaborados, aunque sea un trabajo feminizado y en el que también se inmiscuyen de manera inevitable afectos y contradicciones. Según Isabel, la cocina no es una tarea fácil pero “¿Qué podemos hacer?, tenemos que hacerlo nos guste o no nos guste, para cocinar son tres veces al día, sin embargo uno lo hace” (Isabel Ibarra, entrevista por Almeida, marzo 2016). Así, para que el platillo llegue a la mesa ha tenido lugar un conglomerado de actividades, fruto del esfuerzo de hombres y mujeres, y en el caso de la preparación de alimentos se requiere de tareas domésticas y de cuidado sobrecargadas en la figura de la madre o, en el mejor de los casos, en las mujeres de la casa.

2.2. Familias monoparentales

Para el segundo caso de estudio se seleccionó a una familia monoparental comandada por una mujer de 35 años y sus dos hijos varones de 14 y 10 años. Este caso difiere del resto, ya que únicamente la mujer se encarga del cuidado, las tareas domésticas y el trabajo productivo, aunque comparte todas estas actividades con sus hijos. De esta manera, las significaciones que se otorgan a estas tareas difieren de aquellas que existen en otros hogares, a la vez que las condiciones materiales de existencia se vuelven más precarias. Debido a que no todos los casos arrojan información similar, se ha decidido dar énfasis a: a) la complejidad del trabajo femenino asalariado ocasional y los mecanismos como este hogar ha sorteado dificultades económicas a lo largo del ciclo de vida, las estrategias y formas de organizar el trabajo productivo; b) el giro que toman las actividades de cuidado y labores domésticas frente a las dificultades que impone ser una “madre soltera”, así como las interpretaciones que esta mujer le otorga a este hecho; y, c) los vínculos que mantienen con la familia extensa y otras redes que permiten su sostenimiento.

Como es un hecho conocido, en la comunidad la actividad económica principal es la agricultura maicera, no obstante, el arriendo de terrenos, la compra de paquetes tecnológicos y el endeudamiento son actividades reservadas para los varones, estas actividades requieren de inversiones cuantiosas de dinero, con las que la mujer de esta familia no cuenta. En el caso de Graciela, su estrategia de generación de ingresos se ha alternado entre el trabajo agrícola asalariado como jornalera en el maíz y el maní, el trabajo asalariado ocasional desempeñándose como trabajadora del hogar y en labores de cuidado a niños en Calceta y la migración temporaria que le han permitido suplir las necesidades de sus hijos.

El trabajo agrícola se ha desarrollado únicamente “por jornal”, es decir la participación de Graciela y también de sus hijos en labores que se pagan por día como la siembra de maíz, la fertilización y fumigación (fig. 3.3.). Su hijo mayor interviene en tareas como la fumigación “con bomba” que son realizadas únicamente por los hombres. También participan en la cosecha de maní, actividad por la cual se les pagan \$1,00 por cada balde de maní que cosechen, sin importar el tiempo de trabajo durante el día. Aunque de manera general es frecuente el trabajo de niños y adolescentes en las faenas agrícolas, y aunque esta práctica se cataloga como una forma de “enseñar a trabajar a los hijos”, no para todos los niños o adolescentes que participan tiene el mismo alcance, pues para algunos dependiendo de las condiciones económicas de su hogar ésta puede ser una labor opcional y de “colaboración en la casa”, mientras que para otros se convierte en una obligación. En este caso, el trabajo de los hijos de Graciela implica el cobro de un jornal adicional, entonces su trabajo se remunera igual que el de un adulto, y eso significa que deben trabajar como tal. Es necesario el trabajo de los tres miembros de la familia para ahorrar dinero y sobrevivir cuando la época de trabajo cesa a causa de la llegada del verano.

Además, la madre se emplea ocasionalmente como trabajadora en labores domésticas y de trabajo de cuidado de una niña en Calceta, este empleo no es permanente y depende de “cuando le llaman”, es un trabajo muy “flexible”, en vista de que a veces debe permanecer en ese lugar por un par de días y regresar, o en ocasiones va y regresa el mismo día; este se constituye como un trabajo de cuidado remunerado que algunas mujeres de la comunidad asumen, aunque socialmente no se acepte la idea de que ellas trabajen fuera de casa. Esta situación permite visibilizar “la doble jornada” que

incrementa la carga de responsabilidades de las mujeres, obligándolas a asumir trabajo asalariado fuera del hogar sin quedar exentas del cumplimiento de las tareas reproductivas dentro del suyo, a la vez que confirma postulados de las autoras que afirman que ciertas mujeres que se encuentran en capacidad de externalizar el trabajo doméstico y de cuidados lo hacen, mientras que otras suplen esta labor para otros y para sí mismas en sus hogares.

La imposibilidad de emplearse en otra actividad debido a la falta de estudios ha obligado a Graciela a desempeñar trabajos como niñera, trabajadora doméstica y cocinera. De todos ellos, este último es con el que más se identifica; elabora dulces tradicionales manabitas bajo pedido, lo hace con la ayuda de sus dos hijos, y a esto se reducen las actividades económicas a través de las que puede obtener recursos. Durante mi estancia únicamente obtuvo recursos provenientes de esta actividad, puesto que no solicitaron sus servicios como trabajadora doméstica. Dado que en esta semana se obtuvieron únicamente \$20 por la preparación de dulces y se destinó todo el dinero al gasto en comida (fig. 3.3.), no amerita exponer sus ingresos a detalle; así, al interrogar a Graciela sobre los ingresos que percibe en la semana, esta declara:

A veces \$30, a veces \$20, a veces no hago compras, arreglo la comida ahí como pueda. Así como me ve, a una le pido plátanos, a otra le pido legumbres, por lo general \$20 yo no paso de ahí. Y si ya ahorita no hay ahí tendré que remendar, si me toca comer todos los días el mismo caldo de verde todos los días lo hacemos, así sea tortilla así sea un majado, sea una menestra de verde pero tengo que hacer solo con el verde, porque si no hay más, tenemos que comer” (Graciela Garzón, entrevista por Almeida, febrero 2016).

Figura 3.3. Trabajo agrícola y aprovisionamiento en el mercado

	
<p>Trabajo agrícola de jóvenes, “echando urea”.</p>	<p>Adquisición de víveres en tiendas, Calceta.</p>

Fuente: Imágenes capturadas por Andrea Almeida, 2016.

La falta de recursos económicos le impide a Graciela asegurar la alimentación a través de la provisión mediante la compra de productos en el mercado. Esto la ha obligado a recurrir a otras formas de aprovisionamiento, como la ayuda de amistades o vecinas para “prestar” algo para comer; evidentemente, eso repercute en la calidad de la dieta que se puede propiciar.

Se debe resaltar que los ingresos con los que cuenta son variables, pues existe épocas como las de siembra dónde labora junto con sus hijos y declara que puede ganar hasta \$180 por semana, lo que le permitió adquirir una moto con varios ahorros disponibles y varias fuentes de financiamiento. Adquirir un medio de transporte como las motos es importante para las mujeres, pues les permite desplazarse a Calceta y resolver las necesidades de sus hijos en el colegio, u otras emergencias, además de ser un símbolo de estatus, así: “A tía Rosa le debo \$200, pero porque sembramos los tres y en una semana nos metíamos, cobrábamos \$160, \$180, \$140 y como tres semanas nos tiramos de \$180, de ahí recogimos para la moto” (Graciela Garzón, entrevista por Almeida, febrero 2016). También durante el “despique” (cosecha) de maní trabaja con sus hijos e indica:

Mire si yo tuviera un trabajo de cocinera, de lavandera yo lo hago porque es más fácil que andar en el sol, andar en la tierra, peor despigar maní si nos viera, una sola foto tomara y nos viera como pasamos y por un tarrito que vale un dolarito. Tenemos que hacer 20 tarros para sacar \$20 en el día, son 12 horas de seis a seis (Graciela Garzón, entrevista por Almeida, febrero 2016).

Este tipo de trabajo agrícola explotado le permite ganar en la semana individualmente \$44 a \$50 (Diario de campo; Abril 2016), y si trabajan sus hijos la ganancia está sujeta a la cantidad que logren cosechar todos los miembros de la familia durante el día. No existe un huerto familiar que le permita proveerse de alimentos porque solo cuenta con el solar en el que está construida su casa y no posee escrituras del terreno. Vive al lado de la casa de su madre, con quien se ayudan mutuamente. En ocasiones Graciela cocina y envía la comida a sus padres, alrededor de la casa hay varias plantas de verde, medicinales y frutales.

Los únicos recursos externos que recibe “de vez en cuando” proceden de las pensiones alimenticias que depositan los padres de los niños, sin embargo lo hacen solamente “cuando se acuerdan”, de modo que no es una fuente de ingresos garantizada.

Debido a la imposibilidad para emplearse localmente, Graciela ha tenido que migrar a Quito en busca de trabajo, esta fue una estrategia que le permitió ahorrar y “capitalizarse”, con ese dinero pudo construir su casa y también emprendió un negocio de comida en Calceta, el mismo que abandonó debido a que le solicitaron la entrega del local porque era rentado. Durante su estancia en la capital Graciela incursionó en trabajos relacionados con el cuidado y muchos de ellos feminizados como el empleo doméstico, cocina, camarera en un hotel, limpieza de casas, limpieza de restaurantes, lavandería, entre otras. De esta manera vemos como los cuidados se propician tanto en relaciones asalariadas y no asalariadas y se desempeñan generalmente por mujeres. Además intervienen construcciones de género que catalogan a ciertos trabajos como “femeninos”, incluso propios de mujeres migrantes y con cierta adscripción de clase o etnia, en este caso lo que representa ser una mujer campesina de la costa.

En este como en otros hogares el cuidado de los hijos se presenta como una responsabilidad colectiva y comunitaria, donde las familias extensas juegan un rol importante. El cuidado fluye más entre familias y comunidad y no recae exclusivamente como responsabilidad de la madre, aunque de ésta siempre se espera mucho. Graciela recurre siempre a estas redes porque tiene que salir a trabajar y sus hijos quedan a cargo de su abuela, primas y vecinas, esto funciona tal como lo que autoras han entendido como “la cadena global de cuidados” (Hochschild en Carrasco, Borderias y Torns 2011) por medio de la cual mujeres de una región se trasladan a otra para asumir el cuidado de otros y delegan a su vez el cuidado de sus hijos a alguien más. Graciela se vio obligada a salir para trabajar por diez años en Quito, lapso de tiempo en el cual dejó a su hijo mayor a cargo de su madre, ella explica su paradoja dando a entender que era algo necesario y que de lo contrario no habría podido construir su casa y darles un techo a sus hijos. Cuando tiene trabajos esporádicos se lleva a su hijo menor con ella y el otro se queda con una tía o con su abuela, la madre de Graciela.

La particularidad de este caso radica en la forma de organización del trabajo doméstico debido a que ser madre soltera ha generado en Graciela una postura muy crítica frente a la división del trabajo dentro de la familia, ella inculca, enseña y propicia la

participación de sus hijos varones en estas tareas, suceso no muy común dentro de la localidad debido a la existencia de estereotipos sobre la masculinidad y feminidad. Al ser una mujer sola, ella se ha percatado de que en las familias nucleares existe una distribución dispar del tiempo de ocio y una recarga de trabajo para las mujeres y señala:

Aquí en Manabí los hombres son machistas, ellos mandan y la palabra de la mujer no sirve para nada. Yo he visto cuando he andado en Quito trabajando y los hombres también tienen derecho de ayudarnos, de compartir los quehaceres, pero aquí no, aquí a usted le toca todo y aquí un hombre no lava platos, no alza un plato de la mesa. Aquí come el hombre y ahí deja el plato botado, ellos no cogen una escoba, nada no ayudan, todo es de la mujer... que digo de la empleada (Graciela Garzón, entrevista por Almeida, febrero 2016).

Esto refleja un sentimiento de frustración y de insatisfacción con respecto a la forma como se reparten las tareas en los hogares en la localidad, además se asocia el trabajo de la mujer en el hogar con el de una “empleada”, es decir el reconocimiento tácito de un trabajo que hace posible el sostenimiento de la casa. Es por esta razón que Graciela ha procurado responsabilizar a sus dos hijos varones en las labores del hogar, y durante mi estadía pude observar que ellos se encargan de lavar la ropa, barrer, trapear y ordenar la casa, mientras que su madre se ocupa de la cocina y la alimentación, siendo así que el trabajo puede estar mejor distribuido a diferencia de lo que sucede en las familias nucleares.

Sin embargo, la condición de “madre soltera” es algo que Graciela lamenta y “no le desea a nadie” (Diario de campo; Marzo 2016) porque indica que ha tenido que sufrir mucho a causa de los prejuicios sociales que existen frente a este hecho. Señala que muchos de los hombres se quieren aprovechar y ella tiene que responder sola por sus hijos y muchas veces no tiene los recursos necesarios para cubrir todas sus necesidades. Así, indica que: “ser madre soltera es muy duro porque hay que enfrentar todo sola y no hay a quien pedir, no hay nadie con quien compartir nada, ni las alegrías, ni las preocupaciones, nada al llegar la noche” (Diario de campo; Marzo 2016). Por un lado, ella se refiere a la necesidad material que atraviesa al ser la única proveedora, y, también denota que el contexto no es el más favorable para ser una madre soltera, ya

que cuando vivía en la ciudad no tenía que lidiar con rumores y prejuicios; y, actualmente muchas mujeres en la comunidad tienen una actitud esquivada hacia ella debido a su condición, esto a causa de que en este lugar aún se abrazan con fervor valores conservadores sobre la constitución de las familias o los roles masculinos y femeninos. A pesar de ello, Graciela resalta que ha sabido sacar a sus hijos adelante y que no ha necesitado de ningún hombre para enfrentar sus problemas, y que por esa razón nadie puede reprocharle o tildarle de “mala madre”.

Ahora bien, frente a la escasez de recursos económicos, la alimentación es algo que tiene un gran componente de “improvisación”, y durante mi estadía parte de los productos que consumimos fueron “regalados” por una comadre, otros se pidieron a familiares y otra parte fueron comprados en Calceta. A pesar de la carencia, la alimentación tiene un gran poder socializador, es así que debido a mi presencia Graciela invitó a comer un almuerzo a toda su familia: padres, hermanos, sobrinos. Pues en el mundo rural la comida siempre se comparte y es un vehículo que permite estrechar lazos de amistad, en este caso con “la invitada”. También si se prepara algo especial no se puede consumir “puertas adentro”, es decir exclusivamente en el hogar, ese sería un gesto egoísta, siempre se prepara para la familia ampliada y se envía las preparaciones como obsequio. En este caso, gran parte de la comida procede del lugar ya que no se cuenta con el dinero para comprar alimentos, así por ejemplo, la leche, el suero, la mantequilla, el queso, el plátano verde, el banano, el choclo, el maní, el maíz, la carne de cerdo y de pollo proceden del autoabastecimiento, y a través de redes familiares. Este tipo de intercambios posibilitan la supervivencia, Janeth, la madre de Graciela indica:

No me gusta el pueblo porque allá todo hay que comprar, y si no tengo trabajo qué hago, mis vecinas por buenas que sean no me dan, no me regalan, en cambio acá pido una yuca, un verde y ya tenemos, y me regalan si yo pido, allá no, por eso en el pueblo no me acostumbro” (Diario de campo; Marzo 2016).⁵

Esto demuestra que al menos una parte del aprovisionamiento es posible gracias a que se sostiene por relaciones no mercantiles sino de ayuda mutua que no están atravesadas por el dinero, aunque suponen obligaciones morales como la retribución de favores, reciprocidad y otras formas de colaboración que pueden ser de distinta índole e incluyen

⁵El tiempo que toma llegar de la comunidad Casas Viejas a Calceta es de 15 a 20 minutos en auto y 30 minutos en moto. La distancia con “el pueblo” es una representación simbólica de diferentes modos de vida que caracterizan al campo y a la ciudad.

los regalos alimenticios. Sin embargo, esto no garantiza que la calidad de la dieta sea adecuada, incluso puede llegar a ser deficiente, pues uno de los hijos de Graciela presentó anteriormente un problema de anemia, relacionado con el tipo de consumo alimentario.

Este caso arrojó luces sobre una de las tendencias en la alimentación en la comunidad. Así, la alimentación se modifica a medida que las familias pueden obtener dinero para comprar productos en el mercado. Si las familias no tienen dinero o sus recursos son limitados, entonces preservarán sus costumbres y tradiciones culinarias y conservarán algunas preparaciones típicas de su dieta como la salprieda⁶, tortillas, panes, “queso manaba⁷”, elaborados de maíz, verde, maní y yuca pues estos son productos a los que se accede a través del auto-aprovisionamiento y que hacen parte de su cocina tradicional. Pero en la medida en que las personas se insertan en el trabajo asalariado hacen una apuesta por otra forma de proveerse y por otra estrategia de reproducción vinculada al mercado, lo que les permite tener dinero y comprar los bienes y productos alimenticios que les hacen falta.

Las familias que cuentan con más recursos dinerarios como la familia nuclear, conservan en menor medida los productos y las preparaciones más tradicionales de la dieta, pues las han reemplazado con productos elaborados; mientras que la conservación de cocina tradicional puede estar ligada a las restricciones económicas para comprar en el mercado. Los vínculos de reciprocidad con familiares amigos, comadres, vecinos son relaciones que permiten cubrir algunas necesidades como las alimentarias en el contexto de la precariedad y la carencia, pues así todas las familias se aseguran de que sus favores serán retribuidos en momentos de dificultades económicas.

Con respecto al uso del tiempo se puede afirmar que Graciela dispone de más tiempo para sí misma que otras mujeres, esto debido a que ha logrado responsabilizar a sus hijos de varias tareas del hogar como el lavado de ropa, la limpieza de la casa, el arreglo de ropa, entre otras. Sin embargo, su tiempo de descanso se ve afectado cuando labora fuera de casa, ya que a veces se queda a pernoctar en la ciudad y eso afecta el tiempo

⁶Preparación a base de maíz molido, maní molido, ají y especias utilizado para acompañar varios alimentos como el plátano verde.

⁷ Queso elaborado de forma artesanal en las zonas rurales de la provincia de Manabí, se utilizan las entrañas de cerdos y de las vacas para lograr que la leche cuaje, es un procedimiento realizado por mujeres y constituye un producto muy cotizado dentro de la provincia e incluso a nivel nacional.

que destina a sus hijos. Parte de su tiempo libre lo utiliza para visitar a sus familiares y amigos, algo que es más restringido para mujeres casadas, pues a los hombres les molesta “que las mujeres anden vagando y no planten en la casa”⁸ (Diario de campo; Marzo 2016).

2.3. Familias extensas: algunas representaciones sobre el cuidado

Con el objetivo de mostrar la heterogeneidad en la configuración de las familias se tomó una familia extensa, conformada por una pareja de la tercera edad (65 años) cuyo ciclo de vida está “concluido” en el sentido de que sus ocho hijos abandonaron el hogar, aunque tres de sus hijos padecen discapacidad y aún permanecen a su cargo, lo que complejiza el cuidado y la atención para ellos. Sin embargo, una vez concluidas las responsabilidades de cuidado y crianza de los hijos, es muy probable que se asuma la crianza de nietos, e incluso bisnietos, considerando que la edad para conformar pareja así lo permite. En este caso, la pareja asumió la crianza de dos nietos, uno de los cuales formó su hogar y habita en la misma casa con su esposa y su hija. En este estudio de caso se pretende mostrar: los distintos trabajos que convergen en la unidad familiar y que son un vehículo para el aprovisionamiento alimentario, mostrando el complejo universo producción-reproducción; las diversas formas de cuidado que pueden converger en una misma familia, como el cuidado de padres a hijos, de nietos a los abuelos, etc y finalmente las representaciones que surgen sobre el cuidado y la enfermedad, o el cuidado asociado a esta última.

En esta familia la actividad principal es la ganadería, a partir de la cual se elabora “el queso manaba” y también se vende leche (fig. 3.4.). La actividad ganadera es posible únicamente bajo la posesión de amplios terrenos para pastar las vacas. Las tierras fueron adquiridas progresivamente y a través de préstamos, la pareja declara que desde el inicio de su ciclo de vida tuvieron vacas, lo que les permitió establecerse en esa actividad económica. De las 40 “cuadras” que tiene esta familia, la mitad tienen escrituras y se utilizan para el ganado y la otra mitad se arrienda a hijos y familiares. La ganadería requiere de mucho trabajo y esfuerzo conjunto del círculo familiar. Durante las primeras horas de la mañana, entre las cinco y seis es preciso ordeñar a las vacas, posteriormente salir a pastarlas y en la tarde se debe repetir esta tarea. Quien se hace cargo del ordeño es el señor Miguel junto a uno de sus hijos que tiene discapacidad física, pero a pesar de

⁸ Dicho popular del habla manabita

ello colabora en este tipo de actividades. Diariamente se obtienen aproximadamente 20 litros de leche, de los cuales una parte se vende a 0,60 centavos el litro, otra parte se destina al autoconsumo y con lo restante la madre de la familia elabora quesos para comercializar. La libra de queso cuesta \$1,50 o \$2,00, por lo tanto en la semana se generan alrededor de \$40 producto de su venta, de los cuales se verificó que se gasta la mitad en comida.

A pesar de que muchos alimentos comprados podrían ser cultivados por la familia al disponer de grandes extensiones de tierra, la señora Rita señala “no sembramos, somos flojos” (Diario de campo; Abril 2016); incide la edad de los jefes de hogar Rita y su esposo Miguel, pues al encontrarse en un ciclo familiar avanzado ya no tienen la misma fuerza para cultivar la tierra, razón por la cual prefieren rentarla a los hijos o nietos para que ellos la trabajen. Alrededor de la casa se mantienen cultivos de plátano verde, yuca, guanábana, mango, coco, achiote y otras plantas que no requieren dedicación permanente y que permiten el autoabastecimiento, también se crían cerdos, gallinas y patos que tienen la doble finalidad de auto consumo y venta.

La propiedad de tierra y el ganado hace la diferencia en algunos aspectos, actualmente la familia sostiene una deuda con el Banco Nacional de Fomento, institución que les prestó dinero para adquirir diez cuadras, el monto asciende a \$8000. Este préstamo fue posible porque la familia ya tenía tierras en propiedad para la garantía. Un préstamo de esta magnitud sería muy difícil de adquirir para otros agricultores de la zona, como aquellos que trabajan por jornal. Tener tierras, y más aún si se trata de grandes extensiones, es determinante ya que genera más posibilidades materiales y otorga seguridad económica; la tierra es un bien que puede fácilmente convertirse en dinero, en sentido bourdiano equivale a la posibilidad de “traducir” unos capitales en otros (Bourdieu; 2002). Así, el capital tierra puede devenir en capital dinero rápidamente y de esta forma se puede cubrir cualquier eventualidad de la vida. Detentar tierra puede ser la clave para que las economías familiares campesinas emprendan un proceso de capitalización (Van de Ploeg 2010). En el caso de esta familia podríamos hablar de un proceso de capitalización tardío, pues actualmente en la etapa del ciclo familiar que atraviesan no incursionarán en otros negocios como el incremento de ganado o la producción lechera en mayor escala. El ganado también representa un bien importante ya que cada vaca puede llegar a costar \$400, lo que les puede ayudar en cualquier emergencia. En otras familias o “modelos” de agricultura como la existente en familias

nucleares no se cuenta con bienes que puedan suplir necesidades más allá de las inmediatas porque carecen de tierra y de dinero. Por ende, poseer tierra se convierte en una garantía en el medio rural, además posibilita el acceso al crédito. En este caso se evidencia que en la práctica no se ve alterado el modo de vida cotidiano y se mantiene “la forma de vida campesina” si pudiésemos denominarla de esa manera. La actividad ganadera goza de mayor estatus en la localidad.

Figura 3.4. Actividad ganadera y elaboración de quesos artesanales

	
<p>Ordeño de leche en las primeras horas de la mañana.</p>	<p>Elaboración de quesos artesanales, “queso manaba”.</p>

Fuente: Imágenes capturadas por Andrea Almeida, 2016.

Otro de los trabajos que convergen en este grupo familiar es el trabajo agrícola asalariado y temporal de uno de sus miembros, el nieto mayor Emilio, quien habita en esta vivienda con su esposa e hija y renta tres cuerdas a su abuelo para trabajar en la agricultura maicera. Cuando llega el mes de marzo las fuentes de empleo se han agotado en la comunidad y migra a la provincia de Los Ríos donde existen grandes extensiones de tierra destinadas al cultivo de sandías para exportación. La dinámica del trabajo es por periodos de 30 o 45 días en los que hombres jóvenes entre los 18 y 25 años se internan en selvas vírgenes o terrenos baldíos y permanecen ahí durante toda la temporada a la intemperie, o en refugios improvisados o “ramadas”, laboran en jornadas de 12 horas diarias o más y cobran \$15 diarios. Este es un trabajo riesgoso ya que los hombres deben permanecer en medio del monte y se exponen a peligros como picaduras de serpiente, animales salvajes merodean, entre otros. De esta manera, Emilio consigue el dinero para solventar los gastos de su núcleo familiar (esposa-hija), aunque vive bajo el mismo techo con sus abuelos, eventualmente estos también contribuyen con el cuidado de su bisnieta y asumen parte de los gastos. De modo que hay flujos constantes entre trabajos productivos y reproductivos entre el núcleo familiar de Emilio y sus

abuelos, estos últimos cuidan a su bisnieta, y Emilio vela por ellos en su vejez y colabora con trabajo agrícola y las labores que se derivan de esta actividad, como apoyo para comercializar, preparar terrenos, cosechar, entre otras.

La segunda nieta, Karol, migró a la ciudad de Manta para emplearse como niñera, y lo que empezó como el cuidado a un infante, pronto se extendió hacia el trabajo doméstico, así: “Pasaron los meses, y ahí comenzaron a decirme que haga el almuerzo, yo tenía que cocinar, barrer, limpiar, eso me llevaba mucho tiempo por el niño, estaba pequeñito y yo tenía que dejarlo en el piso para hacer las cosas” (Karol Pinargote, entrevista por Almeida, abril 2016). Además de esto señala que “no tenía horario ni de entrada ni de salida, ni hora para acostarse” (Karol Pinargote, entrevista por Almeida, abril 2016). Es decir que las condiciones laborales se tornaron complejas, pues al residir permanentemente en el hogar en el que se empleaba, sus servicios eran requeridos 24 horas y siete días a la semana sin diferencia entre tiempos libres o de trabajo, así el cuidado se convirtió en una labor permanente. Esta situación llegó a incomodar a Karol quien manifiesta que:

Lo que no me gustaba es que me ponían a hacer muchos oficios, me mandaban a hacer esto y lo otro, me daba coraje, yo tenía que hacer comida para uno, comida para el otro porque no comían lo mismo, tenía que hacer tres clases de comida, la señora no es la que hace nada, o sea yo tengo que estar cocinando, tengo que estar manteniendo la casa, barriendo y todo, eso era lo que a mí me molestaba porque todo era yo (Karol Pinargote, entrevista por Almeida, abril 2016).

Durante mi estadía en esta casa, Karol renunció a su trabajo por las razones anteriormente expuestas, este hecho permitió indagar sobre cómo esta joven interpretó su trabajo de cuidado y su motivación para retornar a la comunidad. Ella expresó que su deseo de salir a trabajar era ayudar a sus abuelos, pero que regresaba porque “para ganar \$300 haciendo todo en otra casa, mejor lo hago en la mía, sin dolor de cabeza y cuido a mis abuelitos” (Diario de campo; Abril 2016). El fenómeno de mujeres que migran de una regiones a otras para asumir el cuidado de niños se puede analizar bajo la óptica de autoras como Vásconez, quien señala que se crean flujos de personas y recursos portadores de valor que se trasladan de unas regiones a otras (por ejemplo del campo a la ciudad), dando lugar a un “intercambio desigual de cuidados” (Vásconez 2012,109). Con respecto a la experiencia de cuidar un niño, Karol deja en evidencia el componente afectivo inevitable que surge entre quien cuida y quien recibe los cuidados, ella señala:

Toda la paciencia la tuve yo, el niño está que llora y llora y conmigo se calmaba, la mamá a la edad que tuvo el niño a los 40 años ya no sabe mucho de niños (...) pero yo siempre un cuidado para ese niño, y lo peor es que uno se gana el cariño y el amor de ese bebé (Karol Pinargote, entrevista por Almeida, abril 2016).

Karol asegura que regresa a la comunidad porque tiene que cuidar a sus abuelos que están mayores y que requieren de su ayuda permanente, además de que ella siempre colaboró con la atención a sus tíos que sufren de discapacidad. Este caso es una muestra de la complejidad del cuidado y hace referencia tanto a un trabajo como a un vínculo afectivo y se brinda en diferentes espacios. Las opiniones que esta joven sostiene sobre el cuidado se sintetizan de este modo:

Cuidar para mí es como algo que no quieres que se te vaya, es como una flor que esta repolladita y no quieres que se marchite, en esa parte era cuidar al niño y ya acabe de cuidar al niño y ahora me toca cuidar a mis abuelitos y eso es lo que me dolería en alma, perderlos” (Karol Pinargote, entrevista por Almeida 2016).

En este caso es pertinente mostrar las diferentes formas de cuidado que convergen en el mismo círculo familiar. Otra de las particularidades es que tres de los hijos de la señora Rita presentan discapacidad y durante toda la vida requirieron atención permanente y cuidados especiales, más aún cuando eran pequeños debido a que sufrían de ataques epilépticos y era necesario trasladarlos constantemente de un lugar a otro para procurarles atención médica. Aquí se entrecruzan representaciones sobre el cuidado y la enfermedad, en algún sentido Rita se lamenta y se siente responsable de la enfermedad de sus hijos y de que sufran discapacidad. Lo explica aduciendo que ella y su esposo son primos y “por eso son así mis hijos” (Rita Rendón, entrevista por Almeida, abril 2016, entrevista), por ende su obligación es atenderlos. A pesar de lo difícil de su tarea señala que cuidar de sus hijos enfermos nunca lo ha asumido como una carga y lo ha hecho durante toda su vida y de manera permanente, no ha delegado el cuidado a otras personas; con el paso de los años los hijos aprendieron atenderse solos en algunas tareas e incluso ayudan con ciertas actividades como pastar el ganado, en el caso de los hombres. Esta mujer manifiesta:

Dios me los dejó para tenerlos, por eso a veces tengo paciencia, a veces me canso, pero nunca me hostigo así con ellos, todo el tiempo ellos me llaman, mami tal cosa, brinco donde están ellos, si oigo golpes que se han caído, brinco a levantarlos” (Rita Rendón, entrevista por Almeida, abril 2016).

Además, Rita indica que si no fuera por sus hijos estaría sola, agradece lo que le tocó en suerte porque de otra manera sus hijos ya se habrían ido y no estaría acompañada, este es un imaginario presente en varios hogares pues se concibe que tener hijos es tener una compañía y asegura no quedarse solo en la vejez. Rita ha permitido que dos de sus hijos se establezcan en el terreno dónde ella vive, pues como se ha visto estas son las formas de organizarse en pareja y conformar familias ampliadas. Se puede relacionar este caso con lo que advierte Narotsky sobre la “renta del afecto” mediante la cual los sistemas de herencia garantizan que los herederos de tierras cuiden a los predecesores como forma de agradecimiento, a su vez, los progenitores se aseguran de contar con compañía en la vejez (Narotsky 1987, 329). También se puede entender como el poder de negociación que tienen los padres propietarios de tierra para garantizar su cuidado en la tercera edad.

En síntesis, lo relevante de este caso es la combinación de formas de cuidado: cuidado de atención especial a personas enfermas, cuidado a nietos y bisnietos, cuidado de nietos a abuelos y cuidado “externo” para financiar el cuidado interno. En todos estos casos vemos que son las mujeres quienes asumen este trabajo de manera preponderante. También el sistema productivo basado en la ganadería articula a distintos miembros de la familia en su quehacer, la tierra genera varios vínculos afectivos que implican trabajo y cuidados de distinta naturaleza en la familia extensa.

2.4. Familias en transición: el caso “no tipo”

En el último caso se ha decidido mostrar una realidad diferente, la de un hogar en un ciclo de vida familiar avanzado dónde la pareja bordea los 50 años y el hogar está compuesto por cinco hijas, cuatro de ellas sobrepasan los 20 años y la menor tiene 12; además han “adoptado” un sobrino al que también están educando. La estrategia alimentaria de esta familia, entendiendo ésta última como las distintas formas de proveerse de alimentos y que incluye el trabajo “productivo” y “reproductivo” difiere significativamente del resto de hogares, pues de algún modo es transgresora tanto de las pautas culturales, como del contexto de una comunidad rural y predominantemente agrícola. Por esta razón, en este caso se ha decidido mostrar: cómo el trabajo asalariado permanente puede modificar las formas de proveerse; las distintas formas de cuidado que se intercalan y suscitan a lo largo de un ciclo familiar avanzado y que dejan entrever cómo varía o se mantiene la carga global de trabajo realizado por la mujer de este hogar; finalmente se muestran los distintos imaginarios relacionados con los roles masculino y femenino que han permitido quebrantar el orden establecido en la comunidad.

En este hogar la actividad agrícola se ha mantenido, pero como una forma complementaria del acceso a recursos, la principal estrategia generadora de ingresos ha sido el negocio familiar que consiste en la venta de “puro” o “churrincho”.⁹ Este hogar representa el clásico lugar de encuentro y reunión de los hombres en las comunidades rurales: el “billar”, que es un espacio masculinizado ya que el consumo de alcohol es una práctica arraigada en las zonas rurales de la provincia y es una actividad reservada de forma casi exclusiva para los hombres. Este hecho se matiza por la presencia de las mujeres de la casa, que son quienes atienden el negocio, es decir la madre y sus cuatro hijas mayores.

A través de las indagaciones, Carmen, la madre de este hogar señala que anteriormente arrendaban tierras para la siembra del maíz, pero que dejaron de hacerlo a raíz de la enfermedad de su esposo, Amador, quien hace algunos años presentó una enfermedad que le imposibilitó caminar y cuya resolución requirió la implantación de una prótesis de rodilla. Actualmente solo siembran en sus terrenos propios, que son “tres cuadras” procedentes de una herencia de los padres de Carmen; es decir que a diferencia de los dos primeros hogares, y al igual que el tercero, este cuenta con tierra, al menos la extensión necesaria para que la agricultura maicera resulte medianamente rentable. La posesión de tierras permite al menos dos cosas, en primer lugar en uno de los terrenos que está a nombre de Carmen, ella ha cultivado distintos productos para el autoconsumo como frijoles, habichuelas, habas, camote, maíz, maní, mango, hierbas medicinales, entre otras. Es decir, cuando las mujeres pueden sembrar en un terreno propio existen más posibilidades para ellas de decidir qué cultivar, y hay mayores condiciones para generar “soberanía”; frente a las decisiones de los hombres, que se inclinan por un cultivo comercial, como lo es el maíz. Pero esto no siempre sucede, por ejemplo en el caso de la familia extensa no se cultiva para el autoconsumo pues no existe el interés o las condiciones dentro de la familia para implementar un huerto familiar a pesar de tener gran cantidad de tierra, también se relaciona con el momento del ciclo de vida en el que se encuentra la familia.

En segundo lugar, si el terreno es propio y no se debe pagar arriendo, entonces no se busca optimizar el recurso tierra para generar más dinero, por ende se abre la posibilidad de sembrar en más variedad y reservar parte del terreno para cultivos de

⁹ Licor de caña de azúcar elaborado de manera artesanal en los trapiches, especialmente en el sitio “Aguas Frías” en el cantón Junín, Provincia de Manabí.

autoconsumo, lo que no es posible si la tierra es arrendada ya que se pretenderá utilizar al máximo el espacio para la siembra del maíz. Es distinto cuando la tierra es propia porque hay mayores posibilidades de garantizar la alimentación de la familia vis a vis la inserción en la agricultura comercial, aunque en la práctica sabemos que ambas conviven y parece ser que de modo no tan problemático para los directos implicados.

La propiedad de tierra le ha permitido a esta familia acceder a créditos bancarios, de los que hacen uso para cubrir los costos de la educación de sus hijas que son cuantiosos. Precisamente, el acceso a la educación superior de las hijas de Carmen y Amador es lo que hace la diferencia en este caso, pues lo más común en la comunidad es que una vez cumplida la mayoría de edad o incluso antes, los hombres y mujeres se establecen en vida conyugal, siendo la pauta cultural más frecuente que las mujeres abandonen su núcleo familiar original para ir a establecerse en la casa de los suegros, los padres del novio.

No obstante, estudiar fue un deseo de una de las hijas de Carmen, esta era una opción con la que inicialmente ninguno de los padres estuvo de acuerdo, sobre todo porque para estudiar se necesitan recursos cuantiosos. Sin embargo, el interés de la hija mayor, Maribel, y su insistencia impulsó a sus padres a endeudarse para procurarles los recursos necesarios para desplazarse a Portoviejo a la universidad (a una hora y media de la comunidad), desde entonces este hecho motivó a las otras tres hermanas a continuar con los estudios superiores, aunque al conversar con ellas confiesan que no ha sido fácil hacerlo en medio de carencias económicas, distancias para desplazarse, dificultades culturales debido a que ninguna de ellas había salido de la casa y debido a que aprender a “manejar” ciudades como Manta o Portoviejo requirió de un gran esfuerzo. Además, la actividad agrícola nunca fue abandonada por estas jóvenes, que compatibilizaron sus tiempos y sus esfuerzos para permitir que conviva la bomba de fumigar con los libros, así lo demuestran los siguientes relatos de Celia, una de las hijas:

Yo estudiaba en Calceta pero sembraba en la mañana cuando era tiempo invernal, sembraba en la mañana y en la tarde me iba a las dos de la tarde a estudiar y salía a las nueve de la noche y nosotros no teníamos carro para regresar, me quedaba en la casa de mi amiga o sino mi papi fletaba un carro, una moto y me iba a ver (Celia Segovia, entrevista por Almeida, noviembre 2015).

También se debe mencionar que todas ellas en distintos momentos de sus estudios han estado a punto de abandonarlos debido a la falta de recursos económicos, las horas de traslado o debido a modificaciones en el sistema educativo que han dificultado la culminación de sus carreras. A pesar de las condicionantes y restricciones de todo tipo, Maribel, la hija mayor, ha finalizado sus estudios, es enfermera y aporta económicamente desde hace ocho meses con todo su sueldo a la economía del hogar; esta constituye la principal fuente de ingresos asalariados no procedentes de la agricultura, y esto ha modificado la forma de procurarse los alimentos y todo lo necesario, dado que contar con una fuente de ingresos mensuales es algo que no era común en esta familia, ni en ninguna otra del lugar, a excepción de aquellas que tienen familiares migrantes de forma permanente.

Los ingresos provenientes del negocio de la venta de licor son variables, y según declaran, en el último tiempo han disminuido de modo considerable. La venta de bebidas alcohólicas se regula más que antes y eso ha bajado las ventas. En el negocio se venden en promedio de \$150 hasta \$180 “en una buena semana”; que se reinvierten para abastecerse y la ganancia no se percibe, por eso actualmente el aporte económico más importante es el que realiza Maribel, ya que con esos recursos se paga deudas y se puede continuar solventando los estudios del resto de las hijas. A continuación una tabla de los ingresos y gastos mensuales que tiene esta familia (Tabla 3.2.).

Tabla 3.2. Ingresos y gastos familiares mensuales

Ingresos mensuales	USD	Gastos mensuales	USD
Trabajo asalariado en actividades profesionales	600	Comida víveres y abastos	150
		Préstamo al banco	120
Negocio familiar	640	Inversiones en el negocio	440
		Educación, transporte, alimentación fuera	500
Total	1240	Total	1210

Fuente: Elaborado por Andrea Almeida, 2016.

Por otra parte, transgredir las pautas culturales y estudiar en lugar de formar familia para procurar la alimentación y subsistencia de la familia es algo que ha generado ruido en la comunidad. Las hijas de Carmen comentan que ellas son blanco de crítica de toda la gente porque ya están “avanzadas en edad” y aún no se han comprometido. Doris señala que algunos amigos le insisten: “ya estás vieja, mira ya ándate oye, mira las jovencitas de 15 se casan y se van... y yo les digo porque ellas quieren y yo todavía no

me quiero comprometer, tener hijos...no” (Doris Segovia, entrevista por Almeida, noviembre 2015. Su imaginario difiere ya que no esperan cumplir con las expectativas que pesan sobre toda mujer soltera y joven en este contexto, es decir la realización del ideal de la maternidad; en su lugar aspiran a convertirse en profesionales y ayudar a sus padres. Es así que la vida de estas jovencitas discurre entre la ruptura de construcciones de género, el asumir nuevas posturas y franquear las barreras de aquello que esta culturalmente establecido. Pero las rupturas no son radicales en la medida en que todas ellas han optado por carreras asociadas al cuidado, y con un tipo de cuidado ligado a lo “femenino” y asumido por mujeres: enfermería, parvularia, profesora, etc. Para la selección de estas profesiones hubo consideraciones de rentabilidad económica y también intervinieron criterios con respecto a las “capacidades”, “aptitudes” y “posibilidades” de una mujer, criterios que no se encuentran desvinculados de construcciones de género, lo que permite entender que aún se le hace el juego a este tipo de ideales de lo femenino, aunque posicionadas desde otros lugares.

Algunos estudios como el de Franco muestran cómo en los contextos rurales la familia es el ideal máximo de realización personal en la vida adulta (Franco 2010, 93), En esta comunidad este fenómeno se encuentra relacionado con la falta de oportunidades, la restricción o inexistencia de opciones para educarse, opciones laborales y económicas, lo que contribuye a mantener el ideal de conformación de la familia como el máximo alcanzar y también como única alternativa. Y, en el caso de que las mujeres logren traspasar las fronteras impuestas, también sus oportunidades laborales lo que hacen es extender y reforzar las labores de cuidado (Franco 2010,146).

Con respecto al cuidado, se puede apreciar que existen variaciones con respecto a las formas que este adopta a lo largo del ciclo de vida familiar, en ciertos momentos la tarea se complejiza y siempre se encuentra atravesada por las redes que tejen la familia extensa. Es así que en el caso de Carmen sus cuatro hijas “le dieron mucho trabajo cuando chicas” (Diario de campo; Abril 2016), así:

Yo me acuerdo que tenía las cuatro chiquitas y lavaba de mañana y no terminaba de lavar porque una se levantaba y tenía que darle la teta, la leche y mientras lavaba la otra se despertaba, luego la hora del almuerzo, luego las bañaba y vestía y vuelta lavar esa ropa y en la noche de nuevo cambiarlas, de nuevo. Nunca había ropa limpia.” (Carmen Parra, entrevista por Almeida, marzo 2016).

Además de la crianza de sus hijas, Carmen tuvo que asumir de manera simultánea el cuidado de sus suegros cuando envejecieron, y posteriormente el cuidado de su cuñado y su esposa, quienes también fallecieron en su casa. Esta última responsabilidad la asumió cuando sus hijas estaban más grandes y colaboraban con ella en el cuidado de sus tíos, lo que alivió la tarea. También su esposo ha sufrido quebrantamientos importantes de su salud, frente a los cuales Carmen y sus hijas se han responsabilizado. Esta vida de cuidados, y al servicio de los otros se resume como esta mujer lo indica:

Yo todo el tiempo *criando* enfermos, mi suegra, de ahí criando mis hijas, nunca me paseaba, y de ahí después mi concuñada, mi cuñado enfermo, aquí fallecieron y ahora Gabrielito. (...) Ahora tengo otro criando, esta todo enterito todavía, toda la vida. Por eso nunca salgo. Y ahora que me vengán a tirar los nietos y no pues yo ya estaré viejita y ya no puedo criar. Ellas tienen que criar porque uno ya no puede (Carmen Parra, entrevista por Almeida, marzo 2016).

La vida de Carmen ha estado constituida por el cuidado a otros, a tal punto que hace tres años asumió el cuidado de un sobrino al que su madre “lo boto”, esto demuestra cómo las relaciones fraternas, de amistad e incluso de “comadrazgo” y “compadrazgo” eventualmente pueden y deben suplir los cuidados paternos y maternos. Lo que sin duda es una de las formas que adopta el cuidado en este contexto.

Sin embargo, las tareas domésticas son más flexibles en el sentido de que hay varias mujeres en la casa que pueden repartirse la carga de trabajo de mejor manera. Algunas lavan la ropa de lunes a viernes, otras el fin de semana; el arreglo de la casa y el cuidado de los animales (pollos y patos) lo asumen las hijas, también el negocio es atendido por ellas, mientras la cocina se reserva para la madre, aunque siempre alguna de sus hijas la acompaña en este oficio.

La cocina y preparación de alimentos toma más tiempo pues se cocina en más cantidad y la atención a las hijas en la comida empieza a diario a las cinco de la mañana. La diferencia en la alimentación en este hogar no es sustancial, pues existen elementos comunes a la mayoría de las dietas (plátano verde, maíz, yuca, maní, arroz, entre otras). Las preparaciones son semejantes, aunque existe una gran ventaja cuando se cuenta con tierra propia y se está en capacidad de cultivarla para el autoconsumo, y aunque también se dispone de un ingreso mensual para la compra de alimentos (fig. 3.5.); en esas circunstancias se amplía la gama de productos que se llevan a la mesa, a pesar de que no

existan diferencias sustanciales con otros hogares, lo que indica que hay patrones de carácter cultural presentes en la alimentación. Cuando interpelo a Carmen sobre la comida que se consume, ella me contesta “comidita de pobre” pues insiste que: “así no se compre un lujo, con tal de que haya para mis hijas, nunca se ha estado sin comer, que se tenga para comer, así no se tenga plata, así sea una comidita mala, es para mis hijas” (Carmen Parra, entrevista por Almeida, marzo 2016). Con esto se denota una enorme carga afectiva en la tarea alimentaria que asume diariamente al preparar los alimentos para su familia.

Figura 3.5. Aprovechamiento alimentario



Fuente: Imágenes capturadas por Andrea Almeida, 2016.

En síntesis, en esta comunidad existen distintas configuraciones en las familias: hogares en sus primeros ciclos de vida familiar, así como aquellos en ciclos avanzados, hogares extensos, monoparentales, entre otros. La estructura familiar en todos los casos incide en las formas de organizar la producción y la reproducción. Tal como en las tesis de Chayanov, el monto de la fuerza de trabajo se ve influenciado por la composición de la familia y esto permite que a lo largo de la vida confluyan distintos trabajos productivos y distintas estrategias para organizar el cuidado.

En la producción se generan combinaciones entre la agricultura comercial y la de subsistencia, trabajo como jornaleros y trabajo agrícola estacional. Dos familias tienen tierras, lo que ha significado que han contado con posibilidades de acceder a créditos y también de cultivar para el autoconsumo. La propiedad de tierras hace la diferencia en la medida en que la tierra es un activo que brinda garantías económicas y que se puede transformar en capital monetario; mientras la desposesión arroja a las familias a recurrir al empleo no agrícola, la migración y el trabajo por jornal, ambas realidades evidenciarían lo que sucede con la tenencia de la tierra en la comunidad y que se abordó en el capítulo precedente.

Por esta razón, una fuente de ingresos importante es aquella relacionada con los trabajos asalariados fuera de la comunidad, trabajos esporádicos y migración temporaria, las que permiten mantener el modo de vida del campesinado e impiden el quiebre de las economías familiares; muchas veces las actividades extra parcelarias son subsidiarias de la agricultura. Así mismo, las actividades económicas llevadas a cabo por las mujeres son significativas y la mayoría de las veces permanecen en la penumbra, la crianza de animales, la elaboración de productos artesanales, el comercio, o los emprendimientos permiten sortear los aprietos económicos y son el “colchón” que resiste los altibajos de las economías familiares campesinas, muchas mujeres señalan que cuando ya no hay nada para comer se come una gallina o se la vende y esto demuestra la importancia de los trabajos no remunerados relacionados con el cuidado de la vida y la administración de la esfera doméstica.

De igual modo, el trabajo de cuidado es el correlato de la forma de organización de la producción, las redes familiares y redes de cuidado funcionan en todos los casos. En ocasiones las mujeres salen a desempeñarse como trabajadoras del hogar y se ven obligadas a suplir el cuidado a sus hijos con el cuidado a extraños. La migración es una realidad presente en casi todas las familias, al menos tres de ellas han experimentado migración temporaria o prolongada. El cuidado puede ser exclusivo en el hogar, en redes, de padres a hijos, de hijos a padres, abuelos a nietos y viceversa; cuidado remunerado fuera del hogar, cuidado no remunerado y de atenciones especiales en la enfermedad. El trabajo doméstico se distribuye exclusivamente entre mujeres y forma parte de ese otro lado oculto de la economía.

El acceso a la alimentación se resuelve mediante el aprovisionamiento en el mercado y mediante el auto-aprovisionamiento a través de las mismas redes de cuidado, con lo que la alimentación corre de manera paralela con el cuidado convirtiéndose en una misma actividad. Los alimentos crean vínculos que se insertan en la lógica de la reciprocidad y posibilitan la supervivencia de las familias en la comunidad.

Capítulo 4

Producir, cuidar y vivir en los espacios de la Sostenibilidad de la Vida

El presente análisis sigue una línea argumentativa que toma en consideración la existencia de un continuum entre las esferas “productiva” y “reproductiva”, concebidas por la economía neoclásica como ámbitos “divorciados” entre sí; y que las perspectivas feministas de la economía han intentado mirar de manera conjunta afirmando la “idea básica del cuidado de la vida como objetivo central, lo que se ha propuesto por distintas autoras como mantenimiento de la vida, aprovisionamiento social, reproducción social y sostenibilidad de la vida” (Pérez 2006, 233). Desde esta perspectiva, se asevera que “dividir la producción (de cosas) y reproducción (de personas) es una estrategia analítica que no permite ver lo que importa, que es la gente y su bienestar” (Pérez 2006, 233).

Esta falsa dicotomía “entre lo económico y no económico, el trabajo y el no trabajo” (Pérez 2006, 233) ha sido denunciada por la economía feminista y cuestionada con categorías como la del trabajo de cuidado, el análisis de las relaciones de género y de poder en las familias, la división sexual de trabajo, entre otras.

Con mayor razón, en el espacio rural estas separaciones se vuelven difusas, dado que se advierte simultaneidad y convergencia de tiempos y trabajos productivos y reproductivos en la unidad doméstica familiar. Se afirma que las tareas de reproducción se encuentran en la base de todo aquello considerado como “productivo” en la economía familiar campesina, dicha base se encuentra invisibilizada pero da pie a la sostenibilidad de la vida en lo que Pérez ha denominado “economía de iceberg”, estructura en la cual producción y reproducción forman parte de una unidad indivisible.

Este capítulo muestra la continuidad que se produce “De la mata a la olla”, es decir en los procesos que hacen posible la alimentación familiar, entendiendo que son la suma de trabajos de diversa índole y de diferente naturaleza, tareas productivas y reproductivas realizadas por hombres y mujeres en la cotidianidad. Para fines analíticos, y por la complejidad que supone tejer vínculos entre el mundo de la producción agrícola y el del trabajo de cuidado que lo sostiene, que ha sido la intencionalidad de este estudio, se ha decidido organizar dos apartados en los que se mantiene la escisión productivo-reproductivo como herramienta analítica, aunque se intenta articular ambas esferas e hilvanar los vínculos existentes entre ellas.

En el primer apartado se exponen las estrategias de diversificación de ingresos de las familias campesinas y cómo estas se proveen de alimentos a través de la realización de múltiples trabajos, delineando el fenómeno de la pluriactividad campesina, sujeta especialmente a las temporalidades marcadas por los ciclos de producción agrícola de maíz. También se aborda el fenómeno de la mercantilización de la economía rural y se toma en cuenta la existencia de intercambios no mercantiles de los que se sirve el capitalismo en el agro. Se destaca la labor de las mujeres que facilita la generación de excedentes y la reproducción de fuerza de trabajo.

En el segundo apartado se analiza la organización social del cuidado en la comunidad de nuestro estudio y las formas que esta adopta en un contexto específicamente rural, para entender cómo se entrecruza lo afectivo y lo productivo, la propiedad, las formas de herencia y de matrimonio que resultan en formas de cuidado. Cercana a esta perspectiva, se aborda un campo que estudias como Vega, Carbonell, Martínez y Paredes, perfilan como “cuidado comunitario”. También se considera importante la forma cómo se reproduce la fuerza de trabajo, es decir sujetos masculinos y femeninos aptos para trabajos diferenciados en atención a imaginarios de género que perpetúan cierto tipo de labores productivas y de cuidados. Finalmente se realiza un apartado concluyente sobre el cuidado y la sostenibilidad de la vida y las formas como operan en la comunidad Casas Viejas, se advierte sobre el peligro de una esencialización irreflexiva sobre el trabajo de cuidados como intrínsecamente femenino y el sentido de pensar sobre la sostenibilidad de la vida en el mundo rural.

1. Economía familiar campesina y producción agrícola

La economía familiar campesina se encuentra inmersa en formas diversas de ocupación, además de aquellas actividades relacionadas con la producción agrícola; Van der Ploeg (2010) invita a reconocer los matices y las gradaciones que pueden existir entre los grupos campesinos, pues entre ellos se encuentran los agricultores por cuenta propia, aquellos encadenados a la agricultura comercial, aparceros, asalariados, comerciantes, migrantes temporarios, entre otras formas de empleo que permiten que los productores se inserten en distintos tipos de relaciones de producción. Para Deere en la familia campesina confluyen múltiples relaciones de clase, que permiten que esta se reproduzca, los miembros de las familias campesinas pueden estar insertos en relaciones capitalistas, comunales, de producción parcelaria, e incluso feudales, que modifican tanto las relaciones al interior, como el vínculo de estas familias con el mercado (Deere

1992). Por esta razón, se plantea el análisis de las estrategias de diversificación de ingresos de las familias campesinas, su relación con el mercado, y las transacciones económicas que no se basan en intercambios monetarios y que le dan sentido a la economía familiar campesina.

1.1 Estrategias de diversificación en la economía familiar campesina

Para comprender las estrategias de diversificación en la economía familiar campesina es preciso remitirse a las condiciones presentes en la estructura agraria que se describieron en el segundo capítulo de este estudio, pero que nos sirven para comprender el escenario en el que se desarrolla la vida de las familias de la comunidad Casas Viejas. Esta comunidad está constituida por campesinos sin tierras, la dinámica de la producción agrícola se centra en el arriendo de tierras para la siembra de maíz, ligada a la agroindustria de alimentos balanceados. La extensión promedio de los predios es de 3,03 hectáreas, aunque de acuerdo a las observaciones de campo la mayoría tienen mucho menos terreno porque estos se fragmentan para destinar a la vivienda.

En cuanto a la propiedad de este recurso se enfrenta el problema de la falta de titularidad, ya que la mitad de los predios registrados en la comunidad tienen títulos y la otra mitad no los tienen, lo que impide el acceso a fuentes de crédito. Para el financiamiento de la producción se recurre a arreglos familiares, o préstamos informales. Además, la falta de infraestructura productiva como el riego restringe la producción de maíz a un ciclo anual. Estos constituyen limitantes que imposibilitan mejorar las condiciones de vida de las familias campesinas y dan lugar a una inserción precaria de hombres y mujeres en el mercado laboral. Con respecto al problema del acceso a la tierra y al crédito algunas de las mujeres de la comunidad manifiestan:

Yo no tengo terreno propio, son arrendados. Donde está la casa es un terreno que me dio mi abuelita, sólo para que haga la casa y sólo tiene carta de venta, no tiene escrituras (Amelia Cruz, entrevista por Almeida, febrero 2016).

Mi esposo arrienda las tierras para trabajar, a veces cuatro cuadras, por aquí cerca, ese es el terreno del papá. Arrienda por la cosecha, con el maíz paga (Dayana Zambrano, entrevista por Almeida, abril 2016).

Siempre pedimos prestado dinero a otras personas, hay gente que pide en el banco, pagamos con intereses a chulqueros, o a la gente que tiene un poquito más y le ve que si es pagador y le presta, se paga en la cosecha de maíz. Por ejemplo, un señor en “Las

Delicias” [poblado cercano] le da a la persona que quiere la urea y el maíz, y él pide que le lleven el maíz a vender allá, porque él ya tiene la compra del maíz, y quiere que le lleven la cosecha a vender. (Elizabeth Méndez, entrevista por Almeida, enero 2016).

Frente a estas circunstancias, los agricultores se ven forzados a realizar otras actividades además de la agricultura. La multiplicidad de estrategias de diversificación de ingresos y formas de proveerse de alimentos en las familias campesinas y de las mujeres se hace evidente en la combinación de trabajos que tienen lugar en los ciclos de cultivo invierno-verano. Además, las cargas de trabajo se modifican de una estación a otra, también los recursos, los ingresos y los gastos, así como las actividades de hombres y mujeres. Por este motivo, nos interesa delinear un calendario agrícola a partir de las observaciones y testimonios (Tabla 4.1.). Este evidencia dos hechos relevantes, el primero por qué subsiste la agricultura familiar y en qué condiciones lo hace, lo que nos remite a las discusiones campesinista y descampesinista, mostrando la importancia de la pluriactividad como estrategia y forma de vida campesina.

El segundo hecho que queremos mostrar es que la familia constituye una unidad donde producción, reproducción y consumo confluyen, ya que la agricultura se desarrolla sobre la base de relaciones familiares, de tal manera que la actividad económica se modifica a lo largo del ciclo de vida familiar.

Es así que estudios como los de Mellisaux demuestran que “la agricultura no es un proceso continuo sino de estaciones. El ciclo agrícola se divide sucesivamente en periodos improductivos y productivos” (Mellisaux 1987, 63). En el caso de la comunidad Casas Viejas la vida social se organiza en torno a la producción de maíz. Durante la estación de invierno en los meses de enero a marzo se realiza la siembra, fertilización y fumigación del cultivo de maíz. En actividades como la siembra intervienen hombres y mujeres, mientras que otras son exclusivas de los hombres como la aplicación de agroquímicos. Esta época del año coincide con las vacaciones escolares, por lo que las mujeres se dividen el trabajo, y mientras algunas salen a sembrar, otras se encargan del cuidado de los niños pequeños, la cocina y las tareas domésticas, los niños de más edad y los jóvenes acompañan a sus padres a las faenas de trabajo agrícola. Las mujeres al ser interrogadas sobre cómo organizan el cuidado de sus hijos durante el periodo de siembra indican:

A Gema la llevamos a echar urea, pero hasta donde ella pueda porque el maíz estaba pequeño, pero para echar arena ya el maíz está grande ya no puede. A las diez de la mañana dijo “papi estoy cansada” y ya no hizo (Isabel Ibarra, entrevista por Almeida, marzo 2016).

Cuando vamos a sembrar dejo a la niña con mi mamá, ella nos hace el almuerzo y ahí mismo comemos, cuando estamos aquí le dejo con Ángela, pero cuando ella no va. Los que acompañan son los niños más grandecitos (Elizabeth Méndez, entrevista por Almeida, enero 2016).

En la época de invierno la carga global de trabajo para las mujeres se incrementa, debido a que su jornada empieza a las cinco de la madrugada para preparar el desayuno y llevarlo a los trabajadores en el campo, participar en la siembra y labores agrícolas, retornar al hogar para preparar el almuerzo, lavar la ropa de trabajo de toda la familia y posteriormente preparar la cena. Mientras los hombres realizan el trabajo agrícola en dos jornadas en la mañana y en la tarde, aunque sus tareas en el ámbito reproductivo son limitadas. Las labores relacionadas con el cultivo de maíz se prolongan durante dos meses en los cuales se recurre a la mano de obra familiar, al intercambio de trabajo o “presta brazo”¹ y también al pago de jornales diarios. Así:

En enero se paga el brazo, se intercambia, [refiriéndose al trabajo], mientras que si el maíz ya está naciendo los hombres tienen que coger bombas y patear maíz, ponerle urea, uno mujer les ayuda a sembrar a los varones pero si le entra plaga ellos tienen que curarlo, si la lluvia es fuerte hasta tres ureadas, los varones siguen hasta cuando el maíz ya está espigado, en junio lo están cogiendo (Elizabeth Méndez, entrevista por Almeida, enero 2016).

A pesar de la contribución de las mujeres en el trabajo agrícola, la preparación de alimentos para los trabajadores, la realización de tareas domésticas y de cuidado, estas actividades subyacen en el lado invisible y menos valorado de la economía campesina, desconociéndose el hecho de que constituyen la base que posibilita la producción en sentido estricto. En ocasiones y debido a los periodos de cese de las actividades productivas, son las mujeres en colaboración con sus hijos o hijas las que trabajan en mayor proporción, algunas lo reconocen y son conscientes de su aporte al sostén de la casa. Así por ejemplo:

¹ Formas de intercambio de trabajo mediante las cuales se evita incurrir en el pago de jornales y se utiliza la fuerza de trabajo familiar que rota por distintas unidades productivas hasta cubrir la totalidad de terrenos rentados.

En la casa yo me hago cargo de todos los quehaceres domésticos: barrer, trapear, lavar, cocinar, dar de comer a los chanchos, pollos. La mulita la carga mi hijo Elián, él anda con las vacas, cuando las vacas paren mi hijo no se atreve a sacar leche así mucho, saca para el gasto de la casa. Yo cuido los animales, lavo la chanchera, doy de comer animales a las once de la mañana, luego a las dos de la tarde y otra vez a las seis, todo lo hago sola y mi marido ahorita tiene 22 días sin trabajar, mientras yo hago oficios y vendo Yanbal (Viviana Pinargote, entrevista por Almeida, febrero 2016).

Así, debido a que el trabajo en el cultivo de maíz es estacional, en los meses restantes del año los hombres se emplean como trabajadores asalariados en el sector agrícola y no agrícola. Un caso particular es el que tiene lugar en los meses de marzo y abril, cuando los jóvenes migran por periodos de 30 a 45 días a la provincia de Los Ríos para cultivar sandía, en este trabajo el jornal importa \$15, y dependiendo del tiempo de estancia los agricultores pueden ganar hasta \$ 360. Sin embargo, este es un trabajo que requiere más de doce horas laborales y que se realiza en condiciones adversas, pues implica la estancia prolongada en terrenos montañosos y en medio de la selva.

En el mes de mayo, hombres y mujeres se dedican a la cosecha de maní. Esta actividad implica largas jornadas de trabajo que se pagan de acuerdo a la cantidad de recipientes de maní que se cosechen, el pago puede oscilar entre los \$ 2 y \$20 diarios, recursos escasos que los agricultores utilizan para la compra de útiles escolares de los niños, cuyo ciclo escolar se inicia en este mes. Al igual que en otras épocas, las mujeres llevan el desayuno y almuerzo al campo, y dado que el trabajo se organiza en grupos familiares extensos, por lo general se turnan para la cocina y cuidado de infantes.

A pesar de que la cantidad de dinero que se paga en este trabajo es escasa, Celia, una de las jóvenes de la familia N° 4 señala que con estos ingresos podía costear el transporte para ir a la universidad. Este hecho evidencia la participación de distintos miembros de la familia en actividades agrícolas y representa el monto de la fuerza de trabajo disponible en cada unidad familiar de acuerdo a su composición.

Yo en las vacaciones despicaaba maní y por un tacho así grande un dólar, y un sacrificio, todo el día y yo rapidito, rapidito y no se llenaba ese tacho y un dolarcito que costaba, y anteriormente yo no era mala pero me hacía seis tarritos, aquí es complicada la vida, pero ya ahora me hago \$18, \$ 15, una vez llegué hacer \$20 (Celia Segovia, entrevista por Almeida, noviembre 2015).

Posteriormente, en la época de verano, durante los meses de junio y julio la actividad principal consiste en la cosecha de maíz y su comercialización; todas las tareas relacionadas con el negocio del maíz, las transacciones comerciales, el pago de deudas, el transporte, son realizadas por los hombres, estas labores se extienden hasta agosto, y en algunos casos se almacena la gramínea hasta que el precio mejore y se vende en el mes de Diciembre.

A partir del mes de agosto, se intensifica el trabajo no agrícola y extra parcelario, al igual que la migración temporaria especialmente masculina. Los hombres se movilizan y se emplean en el sector de la construcción, como jornaleros en plantaciones de banano en la costa y en plantaciones florícolas en la sierra, trabajadores en camaronerías, empleo como guardias de seguridad o como choferes en la ciudad de Quito, conserjes en colegios, entre otras. Es bastante común la migración temporaria durante periodos cortos que permita obtener recursos para luego regresar a la comunidad y subsistir durante un mes o dos. Gran parte de las familias, a lo largo de su ciclo de vida, presentan historias de migración y retorno a la comunidad como una estrategia para ahorrar dinero, capitalizar, reinvertir en la agricultura o en la construcción de viviendas para abandonar el hogar paterno. Carrión y Herrera señalan que la migración es una alternativa para diversificar los ingresos de las familias campesinas y que “implica el abandono total o parcial de la tierra para vincularse laboralmente con el capital privado y el trabajo extra parcelario que es la primera fuente de ingresos de los campesinos” (Carrión y Herrera 2012, 134).

Mientras los hombres realizan estas actividades, las mujeres continúan de manera permanente con el trabajo doméstico y de cuidados, complementan los ingresos con actividades pecuarias como criar pollos y cerdos para el autoconsumo y para la venta, y se responsabilizan de las parcelas familiares, así como de las labores postcosecha como desgranado de maíz, almacenamiento, entre otras. También intervienen en emprendimientos como tiendas, recolección de semillas de piñón para la venta, costurar ropa, venta de productos por catálogo, comercio, e incluso trabajo doméstico y de cuidado fuera de la comunidad. Algunas de las labores que generan ingresos adicionales están relacionadas con la preparación de alimentos, como la elaboración de dulces tradicionales manabitas, quesos artesanales, cocinar para las fiestas o vender comida.

De esta manera, las estrategias para obtener ingresos y proveerse de alimentos en las familias campesinas oscilan entre la agricultura comercial, el empleo rural no agrícola, los emprendimientos económicos e iniciativas de los agricultores, las actividades complementarias para el autoabastecimiento alimentario mediante la parcela, el trabajo agrícola asalariado en otros lugares, e incluso formas de trabajo colaborativas “en red”. Las estrategias no son homogéneas y varían a lo largo del año, pero un rasgo característico de las familias rurales es que los ingresos salariales provenientes de otras actividades permiten la reproducción de la economía campesina. Por ello “el trabajo extra predial y las migraciones no necesariamente son sinónimos de descampesinización, sino que pueden ser parte de las estrategias de sustentación de las unidades productivas” (Craviotti 2014,14). A este fenómeno se lo conoce como pluriactividad y es uno de los hechos que permite explicar la permanencia y la continuidad de las familias campesinas en esta zona. Para ilustrarlo algunas personas de la comunidad indican:

Ahorita estoy sin trabajo, estaba trabajando en unas camaroneras y ahora me dedico a los quehaceres de aquí, a jornalear, en las camaroneras pasé año y medio, ahí se trabaja 15 días y salíamos 5 de vacaciones, los días que salía venía a mi casa (Efraín Loor, entrevista por Almeida, abril 2016).

En la casa yo hago todo barro, cocino, lavo, doy de comer gallinas y puercos. Estoy sola porque mi esposo se fue a trabajar a Quito un mes y vuelve, allá trabaja manejando un bus y ya vuelve porque tiene sembrado dos cuadradas. Antes vivíamos en Quito y recién nos vinimos, pero yo allá si había trabajado en casas de señoras yo trabajaba. (Zoraida Lemus, entrevista por Almeida, marzo 2016).

Mi esposo trabaja de jornalero, y de vez en cuando trabaja en construcción, pero más de jornalero, el jornal es \$12 y cuando trabaja en construcción es \$25 pero de seis de la mañana a seis de la tarde, cogen el dinero en la semana. Si van tres días cobran \$75 el último día (Viviana Pinargote, entrevista por Almeida, febrero 2016).

Formas de trabajo como las anteriormente descritas nos invitan a la reflexión sobre las condiciones en las que subsisten las economías familiares campesinas, más allá de las tesis que auguran su desaparición o su permanencia. La forma de organización de la vida en la comunidad Casas Viejas nos muestra cómo la agricultura familiar puede resultar funcional a la expansión del capitalismo, en este caso a través de la agricultura comercial. Este tipo de agricultura se sustenta en relaciones inmersas en el ámbito

reproductivo y subordinadas a las relaciones mercantiles. En esta línea argumentativa, autoras como Deere proponen ir más allá y entender a la familia campesina como un espacio de reproducción de la fuerza de trabajo y cómo espacio de confluencia de múltiples relaciones de clase, dadas por la forma como los miembros de las familias se insertan en los mercados de trabajo.

Señala que la venta de la fuerza de trabajo no explica por sí sola un proceso de proletarianización, y es necesario “distinguir entre la participación estacional en el trabajo asalariado como complemento de la producción parcelaria, que aumenta el ingreso familiar, por un lado, y cuando este trabajo es vital para la reproducción de la familia” (Deere 1990, 311). En este caso se puede apreciar que los ingresos procedentes de empleos no agrícolas son importantes porque permiten mantener la actividad agrícola y permiten la subsistencia del núcleo familiar; no surge una total proletarianización en la medida en que los ingresos extra parcelarios permiten la permanencia de la actividad agrícola aunque como agricultores- aparceros. Se puede establecer una comparación con otras zonas de la Costa como Guayas o Los Ríos, donde la agroindustria controla de manera directa gran cantidad de mano de obra proletarianizada y “la explotación del trabajo es mucho mayor: en Guayas, por cada dólar recibido por el patrón, los trabajadores reciben apenas 25 centavos y en Los Ríos 26 centavos” (Carrión y Herrera 2012, 124)

La dependencia que se establece de ingresos extra parcelarios y el grado de articulación con el mercado indicaría de qué tipo de agricultura hablamos. En el caso de la comunidad de este estudio se entiende que conviven la agricultura comercial que escasamente permite la subsistencia de las familias y una agricultura familiar precaria que facilita el autoconsumo, rayando en ocasiones en situaciones de pobreza. Sin embargo, otro de los factores que permite explicar la supervivencia de los productores es la base de relaciones familiares y distribución de trabajos en el interior de las familias, uno de estos, el trabajo de cuidado y las tareas domésticas que recae preponderantemente sobre las mujeres. La forma como a lo largo del año se divide el trabajo no solamente comprende una manera de organizar la producción-reproducción, sino que también implica la construcción de una normatividad y un orden de género que refuerza la cooperación familiar, la distribución intergeneracional de trabajos y responsabilidades, el mantenimiento de familias nucleares con redes sustentadas en la familia extensa.

Este es el segundo hecho que se pretende mostrar, que la familia y la unidad productiva operan de forma integrada (Schneider 2014, 28). La célula de producción descansa sobre la base de vínculos de parentesco de manera necesaria e inevitable, esto se muestra en cada uno de los casos de estudio. Así por ejemplo, en el caso de la familia nuclear esta recurre a sus vínculos de parentesco ampliados para realizar las tareas agrícolas de siembra y cosecha, el parentesco posibilita contraer préstamos entre familiares o sembrar “a medias”. En el caso de la familia extensa múltiples trabajos productivos se realizan por distintos miembros, la tierra se renta a algunos de los hijos y en el hogar se suman varias fuentes de ingresos, como aquellas que proceden del trabajo estacional de los nietos de Rita en otros lugares; incluso en el hogar monoparental, una de las estrategias ha sido recurrir al trabajo realizado por los hijos para el cobro de jornales adicionales en época de siembra y otras. Además, la fuerza de trabajo disponible varía a lo largo del ciclo familiar, existen diferencias entre quienes apenas empiezan a formar una familia y aquellos quienes se encuentran en un ciclo familiar avanzado y pueden disponer del trabajo de sus hijos, nueras, yernos y nietos. Al respecto de esto Mellisaux señala que “las relaciones de parentesco son impuestas por el nacimiento, son de por vida, es a partir de ellas que se define la posición del individuo en las relaciones de producción y de reproducción en los diferentes momentos de su existencia” (Mellisaux 1987, 34). De este modo, la reproducción en el ciclo agrícola implica una solidaridad necesaria e indefinida entre los productores, además de que los vínculos familiares y de solidaridad que se forjan permanecen más allá de la comunidad y trascienden fronteras; en el medio entre lo productivo y las relaciones familiares se encuentra un orden social y moral, la normatividad implícita de ser recíproco, corresponder, devolver favores; esta constituye una de las razones por las cuales quienes migran siempre retornan, lo hacen por el tipo de relaciones sociales que se tejen en el ámbito comunitario.

En síntesis, si hay algo que hace posible que las economías familiares campesinas se sostengan es la pluriactividad y la multiplicidad de trabajos que se desarrollan en su seno por distintos miembros, de ahí la importancia de las relaciones de parentesco, la división del trabajo en los hogares y el ámbito de la reproducción de la vida como un conjunto complejo y articulado. Al finalizar esta sección se muestra el calendario agrícola y la forma de distribución de trabajos productivos y reproductivos que permiten la subsistencia de las familias campesinas en la comunidad (Tabla 4.1.). En el siguiente

apartado, y en esta misma dirección, se propone el análisis de las relaciones mercantiles y no mercantiles que se generan en la agricultura campesina.

Tabla 4.1. Calendario agrícola y comunal

	ENE	FEB	MAR	ABR	MAY	JUN	JUL	AGO	SEP	OCT	NOV	DIC
	INVIERNO - Estación Húmeda				VERANO - Estación Seca							
Siembra de maíz	♀♂	♀♂										
Fumigar maíz	♂	♂										
Fertilizar maíz	♀♂	♀♂										
Trabajo reproductivo: cuidado y trabajo doméstico	♀	♀	♀	♀	♀	♀	♀	♀	♀	♀	♀	♀
Migración estacionaria Cultivos de sandía			♂	♂								
Cosechar maní					♀♂							
Cosechar maíz y comercializar						♂	♂	♂	♂	♂	♂	♂
Trabajo no agrícola	♂	♂	♂	♂	♂	♂	♂	♂	♂	♂	♂	♂
Preparar la tierra Nuevo ciclo agrícola										♂	♂	♂
Periodo de asistencia a clases	♀♂				♀♂	♀♂	♀♂	♀♂	♀♂	♀♂	♀♂	♀♂
Periodo de vacaciones escolares		♀♂	♀♂	♀♂								
Mayor disponibilidad de agua					×	×	×	×	×	×	×	×
Enfermedades tropicales	×	×	×									
Festividades comunitarias							×	×	×	×	×	×
Pago de deudas						×	×	×	×			
Época de mayores gastos	×	×			×							

Fuente: Elaborado por Andrea Almeida en base a observaciones de campo

1.2 Mercantilización de las economías rurales vs “otras economías posibles”

El vínculo que las familias campesinas mantienen con el mercado es de naturaleza diversa. En el capítulo dos se han evidenciado los distintos mecanismos por los cuales los pequeños productores se ligan al mercado. En este apartado se muestra la convivencia, a veces en armonía y en ocasiones en tensión entre la agricultura comercial y la agricultura de autosubsistencia. Por una parte el mercado juega un rol determinante en el momento de decidir qué producir y los modos de hacerlo y así “le gana terreno” a la agricultura de autosubsistencia, pero por otra parte ésta última se resiste a la total

mercantilización porque constituye una fuente de aprovisionamiento que no requiere de intercambios monetarios y permite subsanar la falta de ingresos en algunos periodos o las eventualidades que tienen lugar en las familias.

Se entiende que existen vinculaciones de las familias campesinas con el mercado de productos y el mercado de trabajo y, “en la medida en que la familia dependa más de insumos y de bienes comprados, mayor será su grado de mercantilización” (Schetman en Deere 1990,25). En el mercado de productos encontramos principalmente el abastecimiento de insumos agrícolas; así como la compra de alimentos, otros gastos familiares son imperceptibles, pues los hogares “viven al día”. Mientras que en el mercado de trabajo se han descrito la amplia gama de actividades desarrolladas por las familias y que permiten dar continuidad a la agricultura.

Una de las articulaciones con el mercado que se resalta es aquella que tiene lugar a través de la adquisición de semillas y paquetes tecnológicos, pues se ha adoptado el uso de semillas certificadas. Desde la perspectiva de los agricultores esto no representa un problema, pues indican que la semilla comprada “es más rendidora”. Ignacio, un agricultor asegura que:

Antes se sembraba con la semilla que uno tenía, se dejaba para el siguiente año, pero se cambió porque rinde más comprándola, las semillas de ahora son mejor. Ya nadie utiliza semillas guardadas pero antes no se utilizaba paquetes, se sembraba maíz de segunda (Ignacio Gómez, entrevista por Almeida, marzo 2016).

La adquisición de paquetes tecnológicos para la producción ata a los agricultores a un ciclo incesante de endeudamiento y reinversión, así lo atestigua una de las mujeres de la zona, quien al ser interrogada por el uso que se da en la casa a los recursos procedentes del trabajo de su pareja nos comenta:

Ahorita él está trabajando de guardia y como tiene la agricultura, entonces en eso mismo ha invertido todo el dinero que gana, en la agricultura para el maíz. No tenemos ingresos adicionales y del maíz tenemos una deuda de \$500 porque a veces cuando trabaja no le alcanza y tiene que pagar trabajadores, le prestan y cuando cobre él paga (Dayana Zambrano, entrevista por Almeida, abril 2016).

Esto nos permite comprender que gran parte de los recursos procedentes del trabajo asalariado o su totalidad se destinan a la agricultura comercial, a este respecto Ploeg indica que los campesinos se dedican a diversas actividades “para complementar sus

ingresos, obtener fondos que les permiten invertir en la agricultura, comprar bombas de irrigación, semillas, fertilizantes, o alimentar a la familia” (Van der Ploeg 2010, 61). Es decir, que en el caso de la comunidad Casas Viejas se afianza el nexo con el mercado por las dos vías, para insertarse en mercados laborales a veces informales o precarios y para adquirir productos, bienes y servicios.

Por otra parte, la tensión entre “lo comercial y la subsistencia” se muestra en el uso de la tierra. En el caso de familias que tienen acceso a este recurso, se denota que hay mayores posibilidades de decidir sobre qué cultivar, como en el caso de la familia de Carmen, que ha podido destinar parte del terreno a los cultivos de autoconsumo, ya que al tener un terreno propio, la rentabilidad económica deja de ser un criterio relevante en el momento de decidir qué cultivar. De acuerdo a las observaciones, se constata que existen huertos familiares, aunque se encuentra presente la amenaza de su desaparición progresiva debido a la escasez de tierras y porque según afirman los agricultores “la tierra ya no produce”. Irene, una mujer agricultora lo manifiesta así:

Antes cosechaba pepino, tomate y ahora todo es comprado, cuando estábamos chicas veníamos del desmonte con un saco de pepino, frejoles y ahora ya ni frejoles quieren nacer, la sandía, ahora ya no se ve, hay que comprar. Es porque antes sembrábamos y no se fumigaba, se trabajaba al machete, sin líquidos sin nada (Irene Zambrano, entrevista por Almeida, abril 2016).

Irene indica que si tuviese un terreno propio podría cultivar otros productos distintos al maíz, y que por ahora solo los cultiva en su pequeño huerto: “teniendo propio [refiriéndose a la tierra] uno pone otras cositas, si quiero verduras lo mantengo como quiera, aunque fuera un trocito propio mío” (Irene Zambrano, entrevista por Almeida, abril 2016). Estas declaraciones indican que los agricultores son conscientes de que la agricultura de huertos es importante porque les permite solventar sus necesidades alimentarias sin hacer uso del dinero.

Precisamente la economía que se mueve sin dinero es la que sostiene una parte de los requerimientos cotidianos en las familias, en este ámbito desempeñan un papel importante las relaciones basadas en la reciprocidad que convergen en la vida

comunitaria, lo que implica que “se pueden movilizar recursos independientemente de cualquier estructura de mercado” (Van der Ploeg 2010, 82).

Así por ejemplo, gran parte del trabajo para las labores agrícolas funciona en la modalidad del “presta brazo”, que consiste en el intercambio de trabajo entre familias, al mismo tiempo que se activan redes de cuidado, las que solventan el cuidado de los hijos y las necesidades alimenticias de trabajadores durante las labores; es decir que hay una división del trabajo entre las mujeres, ya que unas se dedican al trabajo “productivo”, mientras otras las suplen en el trabajo “reproductivo”; ambos trabajos se asumen forma simultánea, generando algo similar a lo que las teóricas feministas han catalogado como “doble jornada de trabajo” que en el campo converge y se recrea en el mismo espacio-tiempo.

Algunas de las formas de aprovisionamiento alimentario o de bienes y servicios se gestan a través de relaciones solidarias con la familia ampliada y al interior del hogar, por ejemplo la elaboración de prendas de vestir que realizan las mujeres, la construcción de artefactos para el hogar que fabrican los hombres, intercambio de bienes por saberes como el arreglo de una máquina de coser a cambio de una gallina, o de esta última a cambio de una bomba para succionar agua de una fuente cercana; es decir, que se mantiene una base de auto-aprovisionamiento y aprovisionamiento comunitario mediado por el intercambio de favores y ayuda mutua. Uno de los agricultores nos indica: “Yo en mi casa salgo y me voy donde mi papi ayudarle a ordeñar unas vaquitas que tiene y todo lo que mi papi me mande hacer, ahí ya me regala un litro de leche, un pedazo de queso para uno poder comer algo en el día” (Efraín Loor, entrevista por Almeida, abril 2016). Esto nos muestra cómo las relaciones de parentesco y reciprocidad permiten la reproducción de unidades familiares.

Los productores entienden la diferencia de su tipo de economía con otras formas de vida, saben que en la comunidad hay mecanismos de subsistir y adquirir alimentos que no se basan en los intercambios mercantiles y no requieren de dinero, (esto si tenemos en cuenta que las familias viven con un promedio de \$27, 40 en la semana)². La vida rural comunitaria presenta una ventaja frente a otros espacios en los que todo se obtiene con dinero, como en las ciudades. Aunque el hecho de que no intervengan intercambios

² Datos obtenidos a través de la encuesta aplicada al grupo de mujeres de la comunidad, caja de ahorros “San Antonio”.

monetarios, o estos sean mínimos, no significa que estas formas económicas se encuentren exentas de obligaciones y deudas morales, pues estas son las que más se adquieren en este tipo de economía.

Por este motivo, muchos de los productores que migran señalan que regresan porque en la ciudad “todo se compra y todo es caro, nadie regala nada” (Isabel Ibarra, entrevista por Almeida, marzo 2016). Migrar es una estrategia para ampliar los recursos y contar con una base material más sólida para dar continuidad a su forma de vida. La gente retorna porque su vida cobra sentido en las relaciones sociales que se forjan con los vínculos no mercantiles. Si todo estuviese atravesado por el dinero se perderían las conexiones que les permiten establecerse, existir y coexistir como comunidad. Por lo tanto, afirmamos que existe un conglomerado de intercambios no mercantiles que sostienen los intercambios mercantiles y facilitan la vida en un contexto de carencia, “vivir en la subsistencia es a condición de tener mucho que decir y contar, mucha cultura que compartir y perder, mucha amistad y camaradería y muchos ritos comunitarios, mucha sociabilidad” (Bengoia en Craviotti 2014, 15).

Es preciso no romantizar ni idealizar el hecho de la reciprocidad existente en comunidades como la que se analiza, pues los lazos solidarios tienen un límite y eso explica la resistencia de este grupo campesino a asociarse y trabajar en conjunto cuando se trata de temas como la comercialización asociativa de maíz, dado que en esta actividad circula dinero y éste es un recurso escaso que no están dispuestos a compartir. Las relaciones horizontales pueden tornarse competitivas y se muestra una actitud más suspicaz. Esta puede ser una consideración a tener en cuenta cuando actores externos como gestores de proyectos de desarrollo intentan irrumpir con lógicas basadas en el intercambio mercantil en las comunidades rurales, la solidaridad no está siempre presente y tampoco está para todos en todo momento, aunque sea la base de gran parte de la circulación de bienes, sobre todo alimenticios y de cuidados.

De lo anterior se sigue que la agricultura no es únicamente un trabajo, porque gracias al tipo de vínculos sociales que se gestan, este oficio se convierte en un modo de vida, un tipo de cultura, de organización del tiempo y de los espacios, que se sustenta en formas familiares y cooperativas. También se debe reconocer que este tipo de sociabilidad financia formas de trabajo explotadas y genera transferencias de valor hacia otros sectores de la economía, al igual que el trabajo de las mujeres, que interviene en todos

los procesos de sostenibilidad de la vida. Es en este espacio dónde se ubica ““la economía que no mueve dinero”: la reproducción, los hogares, el trabajo doméstico y los cuidados” (Pérez 2014, 46), sustentando todos ellos de la producción agrícola mercantil y no mercantil, hechos que invitan a la reflexión sobre “otras economías posibles” más allá del mercado.

En síntesis, las modificaciones que se han generado en los últimos treinta años desde la introducción del uso de paquetes tecnológicos en la comunidad han puesto a los agricultores de frente al mercado; a pesar de que éste no les ha permitido mejorar radicalmente sus condiciones de vida y aún permanecen como economías de subsistencia. Autores como Carrión y Herrera indican que los pequeños productores se enfrentan ante “una estructura de la propiedad altamente concentrada, dificultades para financiar sus actividades productivas, urgencia de obtener lo mínimo para sobrevivir, la dificultad de acceso a los servicios básicos: educación, salud y una buena nutrición.” (Carrión y Herrera 2012, 114).

El vínculo con el mercado repercute en la disminución de huertos familiares por razones como la falta de tierra o su deterioro progresivo. Es posible que con el tiempo y la penetración del mercado, la brecha y la distancia entre “la mata y la olla” se haya hecho más extensa, en la medida en que se desplazan y se dejan atrás las formas de auto-aprovisionamiento; pero también es probable que se conserven muchos espacios y relaciones que permiten acortar esta brecha y que se mantenga la posibilidad de ser “soberanos” en la alimentación y hacer frente a la paulatina mercantilización de la economía campesina. De manera que la agricultura se encuentra en permanente tensión y ¿transición?, aún no lo sabemos, ya que para acortar la distancia entre la mata y la olla se requieren intervenciones integrales o giros que modifiquen y transformen dichas realidades.

2.- Organización social del cuidado en y más allá del hogar

La organización social del cuidado se refiere a la manera cómo se institucionaliza la provisión de cuidados a la población desde diferentes frentes, como el Estado, el mercado, la familia y la comunidad. Este último espacio ha sido poco analizado y para Vega ha permanecido en la penumbra y ha captado escasa investigación (Vega 2016, 3). Lejos de realizar un análisis exhaustivo sobre este particular, en este apartado se muestra la forma que adopta el cuidado en el contexto rural, considerando, aunque en un

alcance muy modesto, uno de estos frentes: el comunitario. Se toma en cuenta el trabajo doméstico y la división sexual del trabajo al interior del hogar y se presentan tendencias existentes en la comunidad Casas Viejas que configuran la propiedad de la tierra ligada a las estructuras familiares. Finalmente, se muestran los imaginarios de género que han contribuido a la construcción de identidades masculinas y femeninas y que refuerzan el rol de la mujer como agente “proveedor” de cuidados, también se da a conocer una perspectiva general sobre cómo se configura el cuidado en la comunidad de nuestro estudio y se abre el análisis hacia la comprensión de la sostenibilidad de la vida.

2.1. Formas que adopta el cuidado en el contexto rural

El debate teórico sobre el trabajo de cuidado ha estado anclado a realidades urbanas y de países industrializados, sin embargo la aspiración de este estudio ha sido perfilar la forma cómo éste se expresa en la ruralidad y su relación con el aprovisionamiento alimenticio, entendiendo que la alimentación es parte del trabajo de cuidado realizado por mujeres. En primera instancia se retoma el concepto presentado por algunas autoras sobre el trabajo de cuidado:

El núcleo de lo que hoy constituye el trabajo de cuidados integra el trabajo doméstico o la producción de bienes materiales para el mantenimiento físico de las personas (alimentación, higiene, salud) y también el cuidado directo de niños y personas adultas, así como la gestión de afectos y relaciones sociales. (Carrasco, Borderias y Torns 2011, 31)

Desde esta perspectiva, encontramos uno de los componentes del cuidado: el trabajo doméstico, vinculado a la división sexual del trabajo en el hogar, situación que se manifiesta en el uso del tiempo y la distribución de tareas productivas y reproductivas entre los miembros de la familia. Para analizarlo se realizó una encuesta sobre uso de tiempo a un grupo de mujeres de la comunidad, el grupo se encontraba conformado por 20 mujeres de diferentes edades, quienes forman parte de la caja de ahorros comunitaria. El objetivo de integrar datos cuantitativos a este estudio de carácter cualitativo ha sido ilustrar y medir el tiempo de las mujeres para analizar la forma cómo se distribuyen las tareas y el tiempo de trabajo necesario para producir bienes y servicios destinados al hogar.

Aunque una de las metodologías adoptadas por las economistas feministas ha sido el conteo del tiempo “reproductivo” y su equivalente en dinero para otorgarle valor, en el

espacio rural se superponen las tareas productivas, reproductivas, domésticas y de cuidados, razón por la cual separar tareas o abordarlas de forma aislada resulta contraproducente, debido a que la intencionalidad de esta investigación ha sido dar testimonio de que el tiempo del cuidado es difuso. Además, coincidimos con perspectivas como las de Anderson (2007) que propone la “descripción de secuencias” que permitan captar dinámicas del cuidado de modo más complejo, porque aunque se hagan divisiones analíticas o se agrupen tareas como se ha realizado en la encuesta, en la realidad estas se encuentran juntas y son indivisibles. Sin embargo, se ha considerado que medir el uso de tiempo con respecto a las tareas domésticas es importante por la desigualdad de género inherente en la distribución de las mismas.

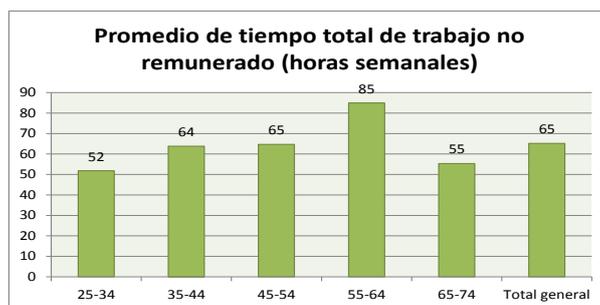
La encuesta fue aplicada a un grupo de 20 mujeres, de las cuales el 40% constituyen el grupo de 45 a 54 años de edad, lo que indica que se encuentran en un ciclo familiar avanzado, el segundo grupo es el de mujeres que se encuentran entre los 25 y 34 años (20%) y se siguen aquellas que bordean los 55 y 64 años (20%), el grupo restante se encuentra en las edades de 35-44 y 65-74 años de edad.

El 80% de mujeres en todo el grupo (20 mujeres) alcanzó el nivel de instrucción primaria; y, el promedio de ingresos semanal en los hogares de todas ellas es de \$27,40 semanales, recursos que pueden variar de acuerdo a la cantidad de trabajo o jornales con los que se cuente y a las diversas actividades económicas que se realizan por distintos miembros de la familia. La encuesta consideró algunas actividades que forman parte del trabajo reproductivo y tomó como referencia a la Encuesta Nacional de Uso de Tiempo del INEC y la clasificación de las actividades dada a conocer en este instrumento, entre ellas constan: 1) las actividades culinarias, 2) el mantenimiento del hogar y la parcela familiar; 3) el cuidado directo a las personas, 4) la organización, gestión y tareas domésticas varias y 5) tiempo de ocio y descanso.

A través de los resultados obtenidos, además de las observaciones realizadas, se encuentra que en la comunidad Casas Viejas persiste la división sexual del trabajo por la cual se concibe al hombre como proveedor y a la mujer como responsable de los hijos y del hogar, responsabilidad que se extiende hasta el cuidado de animales y tareas agrícolas. De esta manera, el tiempo que las mujeres dedican en promedio al trabajo no remunerado es de 65 horas a la semana, este trabajo incluye: el tiempo destinado a actividades culinarias, al mantenimiento del hogar, tiempo dedicado al cuidado directo

de personas (niños, personas enfermas), tareas domésticas y gestión del hogar (lavar, arreglo de ropa, diligencias). A continuación se muestra el gráfico que lo especifica de acuerdo a los grupos de edad de las mujeres encuestadas y pertenecientes a la caja de ahorros comunitaria. (fig. 4.1.)

Figura 4.1. Promedio de tiempo de trabajo no remunerado semanal según grupos de edad



Fuente: Elaborado por Andrea Almeida, 2016

De acuerdo al tipo de actividades realizadas por las mujeres, se encuentra que a las actividades culinarias que comprende la preparación de alimentos, servir la mesa, levantar platos, calentar comida, limpieza de la cocina, lavar la vajilla y realizar preparaciones previas como desgranar, tostar, secar, limpiar, recoger huevos es la que mayor cantidad de tiempo requiere debido a que las mujeres destinan 27 horas semanales a estas tareas, y, de acuerdo a las observaciones, diariamente las mujeres invierten tres horas diarias en las tareas culinarias, ya que realizan tres preparaciones diferentes para el desayuno, almuerzo y cena. La actividad que le sigue en tiempo invertido es el mantenimiento del hogar y la parcela, a la cual se destinan 13 horas semanales, en ella se incluye a la limpieza del hogar, botar, quemar y reciclar basura, cuidar de animales y plantas del huerto. Tareas afines como la organización, gestión, y tareas domésticas varias, que se compone de actividades como lavar, planchar, arreglar ropa, pago de servicios, trámites del hogar, adquisición y compra de alimentos requieren de 8 horas semanales.

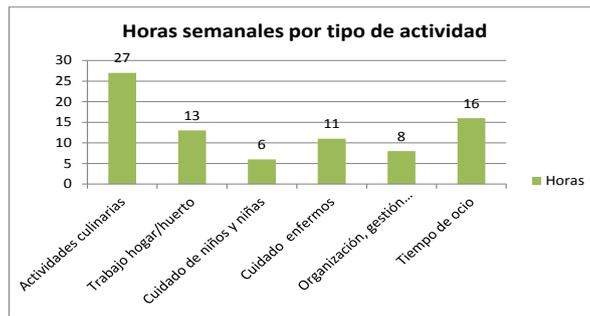
Muchas de las tareas cotidianas que se han podido observar tienen que ver con el cuidado de animales, entre las que se destacan alimentar pollos, cerdos, conservar el entorno inmediato libre de basura o acumulación de malezas puesto que son focos de proliferación de vectores que transmiten enfermedades tropicales. En general, las tareas relacionadas al mantenimiento del hogar se vuelven pesadas en invierno cuando el

entorno se cubre de lodo y dificulta trasladarse, es preciso almacenar agua porque se suspende el servicio. La particularidad de la realización de tareas domésticas en el campo es el entorno adverso en el que estas se desarrollan, en la cotidianidad se experimentan inundaciones, crecidas de esteros, condiciones precarias en las viviendas, falta de agua, deficiencias en la infraestructura y mobiliario que faciliten los trabajos, entre otras. Así lo afirma Viviana:

Lo que menos me gusta hacer es lavar platos, no tengo conexión de agua, yo solo almaceno el agua, limpio los tanques todas las semanas el día viernes y recojo de la lluvia cuando llueve y ya estoy enseñada a eso. (Viviana Pinargote, entrevista por Almeida, febrero 2016).

Mientras tanto, las actividades relacionadas con el cuidado, que comprende atención directa a los niños, vestido, aseo, atender las tareas escolares, escuchar y responder a las necesidades de los hijos requiere de seis horas semanales. Este hecho se relaciona con la forma de cuidado de niños “en red”, pues estos circulan de un lugar a otro entre las viviendas de sus familiares, lo que aliviana la crianza y esta no recae exclusivamente sobre la madre. También puede relacionarse con el hecho de que la mayoría de las mujeres encuestadas (40%) se encuentra en el grupo de edad de 45 a 54 años, lo que indica que posiblemente ya no tienen niños directamente a su cargo porque se encuentran en ciclos familiares más avanzados, y en su lugar desarrollan actividades como cuidar familiares afectados de salud como sus esposos o suegros. El tiempo dedicado a las personas enfermas es significativo, requiere de 11 horas semanales y representa una carga mayor a la del cuidado de niños; en relación con esto también se puede explicar que las mujeres entre 55-64 años destinen 85 horas semanales al trabajo no remunerado, porque sus tiempos se sobrecargan con el cuidado a familiares enfermos. A continuación se muestra el gráfico con las horas semanales dedicadas a cada actividad. (fig. 4.2.)

Figura 4.2. Tareas no remuneradas, horas semanales invertidas por tipo de tarea.



Fuente: Elaborado por Andrea Almeida, 2016

La división sexual del trabajo es marcada y se expresa en los tiempos de ocio. Según las opiniones de hombres y mujeres se indica que ellos poseen más tiempo libre que las mujeres porque están exentos del trabajo doméstico. En la semana las mujeres destina 16 horas al descanso y ocio, estas no incluyen las horas diarias de sueño. Las pautas en la división sexual del trabajo son transmitidas a las generaciones jóvenes, a quienes los roles se enseñan desde temprana edad, los hijos se familiarizan con este reparto de tareas y los reproducen cuando forman sus hogares. Hasta aquí se muestra una parte del trabajo de cuidado comprendido por las tareas de sostén material representadas en el trabajo doméstico y cómo se organiza este en los hogares de esta comunidad rural.

Ahora bien, como se afirmó inicialmente, el cuidado genera el bienestar físico y emocional de las personas, se encarga de los cuerpos y suple sus necesidades materiales y afectivas. En el caso de la comunidad de nuestro estudio podemos realizar algunas aproximaciones a lo que en este contexto se puede entender y catalogar como elementos propios del trabajo de cuidados: 1) el cuidado directo a las personas, o el “cuidado de los cuerpos”, lo que en palabras de Pérez se traduce como “el cuidado encarnado” que se manifiesta cuando las mujeres brindan atenciones a los hijos, adultos sanos y personas enfermas u otras que son parte de su entorno familiar; 2) las tareas de soporte afectivo que se desarrollan cuando las mujeres están prestas a la ayuda, escuchar, asistir, dialogar o brindar atención a los demás en el plano afectivo y emocional; 3) El cuidado a la naturaleza que constituye en el medio rural la base material para la subsistencia, velar por estos recursos materiales significa salvaguardar las especies animales y vegetales del entorno inmediato; 4) las actividades que velan por la reproducción simbólica y cultural, es decir la “vida de lo inmaterial”, en este ámbito recae la transmisión de conocimientos y saberes y con ellos la perpetuación de una *forma de*

vida específica a las futuras generaciones, pues a nuestro juicio para vivir en el campo hay que *saber vivir* y enfrentar adversidades provenientes de un entorno natural adverso. Este “saber vivir” se aprende y se transmite gracias a las mujeres y 5) el cuidado que se expresa en la alimentación como soporte de la vida, objeto de análisis en el capítulo final de esta investigación.

Con respecto al cuidado directo a personas se resaltan dos hechos, el primero ya mencionado sobre el cuidado de los niños en redes familiares extensas que permiten la “tenencia” de niños en distintos hogares, facilita su alimentación, educación y entrenamiento en la forma de vida del campo. Generalmente los niños acompañan a sus padres al trabajo, sobre todo al trabajo agrícola y se entrenan en el aprendizaje de sus roles futuros. El segundo fenómeno es el tiempo dedicado al cuidado de personas enfermas que alcanza las 11 horas semanales. Este problema es significativo porque la atención a personas enfermas o discapacitadas en el campo se torna complicado pues se enfrentan condiciones como carencia de recursos económicos, distancias y desplazamientos cuantiosos para la atención de la salud, lo que convierte este trabajo en una verdadera “carga” para quien lo asume, generalmente mujeres. Ellas se hacen cargo del cuidado de criaturas, personas ancianas y enfermas, además se constata que muchas personas en la comunidad padecen de enfermedades crónicas como cáncer, enfermedades recurrentes como las tropicales, entre otras. Esto se evidencia con declaraciones de una de las jóvenes de los hogares de nuestro estudio, Karol indica que siempre ha estado al frente del cuidado de sus abuelos y sus tíos discapacitados, así:

Yo tenía que acompañarle a mi abuelita al subcentro con mis tíos, tenía que mes a mes llevarlos, y lo que yo he vivido es difícil, de lo que me ha tocado ayudarle a mi abuelita, llevarlos para allá, meterlos para acá, hacer los remedios, es duro (Karol Pinargote, entrevista por Almeida, abril 2016).

Por otra parte, el cuidado de los cuerpos sanos o enfermos, de niños o adultos, no puede estar desligado del soporte afectivo que se brinda cuando se cuida. Para Vega “el cuidado es junto con el sexo, la elaboración corporeizada, visible, tangible del afecto, su impronta sobre los cuerpos” (Vega 2009,94). Atender los cuerpos implica contacto físico, que si no se realiza con amor, al menos si con trabajo afectivo (Vega 2009), y en este aspecto el cuidado equivale a escuchar, estar a disposición, consolar; en suma, acoger al otro o el acompañamiento en la vida cuando se trata de la crianza de niños.

Finalmente, un aspecto a resaltar es aquel por el cual el cuidado se relaciona con la reproducción simbólica y cultural, pues de la experiencia personal sobre la vida en el campo se comprueba que se requiere de un aprendizaje para habitar el mundo rural; es preciso conocer las plantas nocivas, las beneficiosas, los lugares seguros para transitar y aquellos que no lo son, los conocimientos relacionados con el quehacer agrícola, la enseñanza del trabajo, los oficios y la forma de subsistir a los hijos, lo que incluye traspasar conocimientos que hagan posible la vida, como por ejemplo adecuar el medio para vivir, construir caminos provisionales, almacenar agua, considerando que en ocasiones la naturaleza constituye un medio agreste y que es necesario conocer para subsistir.

En este aspecto de la reproducción simbólica y cultural también se pueden incluir las actividades destinadas a salvaguardar las costumbres y tradiciones que son las que mantienen vigente la idea de “lo comunitario”. En esta labor juegan un papel importante las mujeres porque son ellas quienes hacen posibles los encuentros comunitarios a través de labores como convocatorias, adecuación de espacios, preparación de comida, atención a las necesidades colectivas. Una muestra importante de este fenómeno son la gran cantidad de encuentros, celebraciones y ritos de carácter religioso que contribuyen a mantener la unidad del cuerpo colectivo, estos encuentros son posibles gracias a las mujeres, y, al final del día, si ellas no propician a través de diferentes labores estos espacios, muchos de ellos desaparecerían. Los conocimientos sobre este “saber vivir” en el campo son transmitidos por hombres y mujeres, aunque si se trata de la educación de niños y adolescentes son las mujeres quienes se encargan de inculcar las pautas culturales y normas sociales. Esta reflexión sobre los espacios de lo comunitario y el cuidado se esboza en el siguiente acápite.

2.2 Cuidado comunitario: otra dimensión del bienestar

La reflexión sobre la provisión de cuidados llevó a identificar los servicios de cuidado que se otorgan más allá del hogar. Entre estas instancias se encuentra el Estado, el mercado, la familia y la comunidad. Hablar de esta estructura en el mundo rural resulta limitante por cuanto el Estado ha sido una figura entre ausente y distante, el cuidado no ha sido suplido por servicios en el mercado y prevalecen arreglos familiares y comunales para la satisfacción de necesidades asociadas al cuidado y al bienestar. Es este último ámbito el que aparece con opacidad; al respecto autoras como Vega señalan que:

Existe un nivel en el que se cuida que no es el de la familia (nuclear), que no es el de los servicios que proporciona el Estado y que no es el de los cuidados que compramos en el mercado. Es el comunitario: redes cooperativas más o menos estables e instituidas que generan iniciativas de apoyo para atender a las personas en la vida cotidiana (Vega 2016,1).

El cuidado cotidiano en lo rural se resuelve además de en la familia nuclear, en las familias extensas y redes solidarias de amistad, vecindad y compadrazgo. De esta forma se enfrentan colectivamente los riesgos en un contexto de carencia de recursos y precariedad. Según Carbonell en las sociedades pre-industriales funcionaban este tipo de arreglos sociales para respaldar a los individuos frente al infortunio, también para atender a los necesitados y al cuerpo colectivo. (Carbonell 2014,21). Esta forma de proveer el bienestar desde la comunidad se disolvió con el advenimiento de la sociedad de mercado, pero su análisis se puede trasladar a las sociedades rurales dónde persiste este tipo de organización del cuidado.

La constatación empírica de este fenómeno se evidencia en las formas de sortear las adversidades en las familias campesinas. Así por ejemplo, cuando un individuo cae enfermo de gravedad, se organizan eventos comunales cuyo objetivo es la obtención de recursos económicos para destinarlos a la atención del afectado. Una práctica observada y frecuente es la organización de “bingos solidarios” en los que los miembros de la comunidad colaboran con la donación de premios para un sorteo. Los premios pueden ser desde una tarjeta para recarga telefónica, hasta utensilios para el hogar. Cada familia que asiste colabora con la compra de las tablas de bingo, y, además se organiza un baile durante toda la noche en el que se vende comida preparada por distintas mujeres de la comunidad para recaudar fondos. Según nos cuentan, se puede recolectar hasta \$3000 con un evento de esta índole (fig.4.3.). Es decir que nos encontramos frente a una forma de redistribución de recursos, de aseguramiento de la vida frente a las eventualidades, ayuda mutua, recirculación de bienes y recursos comunitarios y acompañamiento ante la desgracia; en suma una forma de cuidado que es promovida por mujeres.

Es frecuente la organización de bailes, rifas o eventos similares para obtener recursos cuando se cae en desgracia, la asistencia y el apoyo suelen ser masivos y convocan a comunidades aledañas. Un imperativo moral que logré advertir durante mi estancia en campo es que en la comunidad “nadie te va dejar morir” porque cuando alguna familia o miembro de la colectividad enfrenta algún tipo de adversidad, incluyendo la muerte de

cualquier persona, es la comunidad la que solventa los gastos y no la familia de modo individual o de manera aislada. Un funeral por ejemplo es costeado por la comunidad, y aún en el caso de que la familia pueda solventar los gastos, siempre se recolecta dinero entre los allegados y vecinos para cubrir algún costo adicional para los afectados por la pérdida. Durante mi convivencia con familias de la zona, falleció un recién nacido; la comunidad asistió a las exequias, y aportó con recursos monetarios, aunque el acompañamiento es más importante que la contribución económica.

Cuando un niño fallece son otros niños los que acompañan el sepelio (fig. 4.3.), y las mujeres se hacen cargo de los ritos mortuorios. Cuidar la vida también implica sostener económica y afectivamente a quienes lo necesitan. Es por esta razón que estas prácticas se constituyen como un tipo de economía moral que funciona con retribuciones recíprocas; esta forma de provisión de bienestar se desmanteló en la sociedad tradicional europea con el desarrollo del capitalismo (Carbonell 2014, Vega 2016), pero de ella aún se encuentran rasgos presentes en contextos rurales.

En las prácticas cooperativas, las mujeres son las principales proveedoras de asistencia, son ellas quienes gestionan, organizan, preparan los espacios, cocinan, ayudan y acompañan. De igual modo, ellas participan de modo preponderante en los ritos religiosos, que son un pretexto para consolidar los vínculos comunitarios y tienen una gran capacidad de cohesión social.

Figura 4.3. Prácticas que expresan el cuidado comunitario



Imágenes capturadas por Andrea Almeida, 2016.

Otro hecho a destacar es que se generan formas de auto-aprovisionamiento y aprovisionamiento comunitario para solventar las necesidades del cotidiano, así se constituyen grupos o cajas de ahorro que permiten cubrir necesidades, gastos para la actividad agrícola, imprevistos, entre otros que recaen en un manejo colectivo. Existe en la comunidad una caja de ahorros promovida por mujeres, cada una realiza aportes mensuales de \$2,00 más la compra de las tablas de bingo para la rifa de productos alimenticios, además se dan dos cuotas extraordinarias de \$5 y en el mes de diciembre se reparte el monto total recogido entre las socias. Aunque los aportes no son cuantiosos les permiten resolver imprevistos y son una fuente de financiamiento en el mes de diciembre cuando se incurre en los gastos previos para la siembra. (fig.4.4.)

También hay una organización de agricultores que gestiona la entrega de kits de siembra con el Estado, y otras agrupaciones que se encargan de asuntos como la mejora de espacios comunitarios. Todas ellas generan redes de intercambio, de aprendizaje, complementariedad, favores y arreglos diversos que descansan en relaciones no mercantiles que permiten que la vida surja ahí dónde los recursos económicos son limitados.

Figura 4.4. Caja de ahorros comunitaria de mujeres



Bingo con productos alimenticios, caja de ahorros comunitaria de mujeres.

Imágenes capturadas por Andrea Almeida, 2016.

Además de esto, existen rasgos culturales que posibilitan que el cuidado sea comunitario, por ejemplo la institución del compadrazgo y el comadrazgo, pues esta es una relación que funciona como una forma de suplir o complementar el cuidado paterno o materno. La relación se establece a partir de un ritual religioso como el del bautismo en el que “los compadres” adquieren una responsabilidad de por vida con los ahijados. Un padrino o madrina tiene la obligación de velar por el bienestar de su protegido, aconsejar, guiar e incluso cubrir sus necesidades materiales. Este tipo de relaciones son verdaderas instituciones en la comunidad Casas Viejas y amplían las redes en las que se

provee cuidados a niños, niñas y jóvenes; se ha constatado que si una madre se ausenta temporalmente de la comunidad, el cuidado de los hijos se delega a una comadre; es una relación que las familias adoptan de manera estratégica porque se pueden estrechar vínculos entre grupos familiares que no tienen parentesco pero establecen una alianza.

Otra pauta cultural muy difundida es asumir el cuidado de hijos de otras personas: sobrinos, ahijados, primos, etc. Hay menos reserva en cuanto al cuidado de niños que no son propios y hay más capacidad de acogida, además persiste la creencia de que “donde comen dos, comen tres”, y a pesar de la escases de recursos y bajo la pobreza, algunos hogares asumen este tipo de cuidado, como en el caso del hogar N° 4 de nuestro estudio, dónde Carmen y Amador asumieron la crianza de un sobrino. También Graciela, (hogar N° 2) asumió hace algunos años el cuidado de una sobrina, a pesar de no contar con recursos suficientes para su educación y crianza. Ante estos y otros fenómenos, autoras como Vega, Paredes y Martínez señalan que:

Lo comunitario alude a experiencias dispares que responden a formas de cooperación espontánea, (...) las colectividades se organizan para cuidar u organizan formas de cooperación no monetarias para el cuidado de los suyos, siendo dichas actuaciones entretrejidas lo que marca el tránsito entre la cooperación y la comunidad. (Vega, Paredes y Martínez 2016,4)

En síntesis, en la comunidad Casas Viejas existe una organización para la gestión del bien común. Es decir, formas de procurar bienestar a sus habitantes basadas en la dotación colectiva, puesto que los servicios sociales, la carencia material, el abandono estatal y las condiciones estructurales de pobreza les obligan a proveerse ellos mismos de recursos o bienes para enfrentar la vida: la enfermedad, el infortunio, la muerte, u otras. Lo que tienen en este contexto es que se tienen unos a otros bajo todas las circunstancias. A falta de capitales, el capital que resulta más beneficioso es el capital social, vínculos, amistades y relaciones. Es por esta razón que al movilizarse o trasladarse a otros lugares los migrantes sienten desarraigo, porque abandonan el cuerpo colectivo de la comunidad. No obstante:

No se trata de idealizar lo comunitario frente a otras formas de organizar el cuidado (..) Las comunidades no son necesariamente comunes y no están exentas de formas de desiguales e injustas de repartir las atribuciones, (..) decir comunidad no siempre implica decir horizontalidad (Vega, Paredes, Martínez 2016, 5).

Es necesario cuestionar estas formas de proveer cuidados y no restar importancia a una responsabilidad que debería recaer sobre el Estado y, en este caso, sobre actores políticos locales como el municipio o gobierno provincial. El hecho de que la población se “las arregle” para subsistir y no caer en la miseria a través de negociaciones conjuntas tiene que ver con la ausencia prolongada de la figura estatal y de instituciones políticas que posibiliten el mejoramiento de las condiciones de vida en la ruralidad. Tampoco las comunidades constituyen lugares exentos de pugnas de poder, lucha por recursos escasos, inequidad de género y generacional en las tareas colectivas u otras maneras de perpetuar desigualdades.

3.- Imaginarios de género, construcción de identidades masculinas y femeninas

Uno de los aportes del feminismo marxista consiste en comprender que el trabajo reproductivo garantiza la permanencia de la fuerza laboral en condiciones disponibles para el mercado. En el hogar se producen determinada clase de sujetos masculinos y femeninos que son aptos para el trabajo en el campo, hombres fuertes capaces de trabajar jornadas prolongadas bajo el sol y la lluvia, y mujeres “de su casa” capaces de administrar el hogar y servir al esposo y los hijos en una labor mediada por el amor. De este modo, se construyen cierto tipo de masculinidades y feminidades. Aunque las labores pueden ser intercambiables, existen roles claros que se adjudican a hombres y mujeres, por eso se enseña a trabajar a los hijos desde temprana edad.

El rol masculino se ciñe al papel de proveedor, a la vez que la significación de cuidar para los hombres equivale a proveer de los bienes materiales necesarios para la familia. Muchas veces esto implica involucrarse en trabajos riesgosos en términos de la capacidad de supervivencia. Un ejemplo es el trabajo agrícola en los cultivos de sandía, que se realiza en la provincia de Los Ríos, dónde los hombres pasan días aislados en medio de la selva y enfrentan un trabajo explotado. Muchas madres expresan la preocupación que genera ver a un hijo partir a este trabajo, pues no se tiene la certeza de que regrese. Los niños se socializan todo el tiempo en tareas que configuran una masculinidad resistente y apta para el trabajo duro, ellos acompañan a sus padres a labores como sacrificio de animales, largas jornadas en el campo, labores pesadas y riesgosas, manejo directo de agroquímicos y pesticidas, así se moldea una masculinidad dispuesta a sufrir y a trabajar para proveer.

En este tipo de actividades se mide la hombría, la valentía y el espíritu de riesgo que todo hombre debe poseer, pero que pueden resultar en imposiciones culturales con las que es difícil lidiar. Ser agricultor es un requisito para insertarse en el mundo masculino, y aunque muchos hombres puedan sentir opresión no lo manifiestan abiertamente. Uno de los jóvenes de la comunidad nos cuenta:

Aquí solamente se mantienen en la agricultura, a mí no me gusta y yo no le veo ganancia tampoco, primero tienen que gastar, hacer préstamo, y si no siembras te dicen que eres un vago, que no sabes trabajar, que no haces nada, si no tienes tu desmante dicen que no tienes nada, que estas chiro (Erminio Loor, entrevista por Almeida, abril 2016) .

Es posible que la agricultura no llegue a ser rentable económicamente y que apenas deje un margen de “ganancia” pero se encuentra relacionada con el status, y existen muchos sentidos, significaciones y símbolos que configuran la agricultura maicera como una actividad masculina. Los jóvenes laboran junto a sus padres, pero una vez que se establecen en pareja es menester asumir este trabajo y tener “un propio desmante”, es decir rentar los terrenos si no se dispone de ellos, incurrir en préstamos y establecer alianzas con el padre, un hermano o un cuñado, quienes pueden aportar con dinero o con tierra para la siembra; el pago se realiza casi siempre en especie cuando se cosecha el maíz. Si un hombre joven no se ha establecido en pareja, su obligación es continuar en “el desmante” de su padre o buscar una actividad propia generadora de ingresos, por lo que muchos jóvenes migran temporalmente a las ciudades y retornan.

El rol de las mujeres, en cambio está ligado al hogar y los cuidados, a pesar de que, como hemos visto, ellas se involucran en tareas agrícolas; las niñas aprenden tareas como lavar la vajilla, cocinar, coser, colaborar en las tareas domésticas. La identidad femenina se consolida siempre en un ser para los otros como hija, madre o esposa, subyace la idea de que la función social de las mujeres es servir a los demás. Es muy raro que las mujeres alcancen la edad adulta sin comprometerse, en algunos casos pueden insertarse en el mercado laboral en ciudades cercanas en trabajos feminizados como el cuidado de niños o trabajo doméstico, lo que afirma su rol y su posición social como cuidadoras. Cuando se interroga a Erminio sobre labores de las mujeres indica: “Por lo general ellas se quedan ahí sin estudiar, esperando que les llegue el príncipe azul, se comprometen” (Erminio Loor, entrevista por Almeida, abril 2016).

En el caso de hombres y mujeres, las oportunidades como estudiar se encuentran restringidas por la carencia de recursos económicos, la única opción legítima y deseable es la de conformar una familia. Es así que se genera la construcción de sujetos y subjetividades asociadas a roles un tanto rígidos. Por esta razón, en los hogares campesinos la reproducción sucede de ambas formas: como reproducción de personas aptas para el trabajo en el campo, sean estos hombres o mujeres y también reproducción cotidiana a través de las labores domésticas y de cuidados. Entendemos que la reproducción de personas y de sostén cotidiano cobra sentido en el marco de la actividad agrícola como forma de subsistencia y como modo de vida.

No se puede culpabilizar a los hombres de la inequidad existente en el reparto de tareas ya que existe un imaginario y una estructura económica que ha desterrado a los hombres del reino de los afectos, que es el espacio del hogar ligado con el trabajo doméstico y de cuidados, esto se manifiesta incluso en el ordenamiento de los espacios. Una muestra de este fenómeno lo explicita Graciela:

Si ven un hombre que va a una fiesta del brazo con la mujer le dicen “el guapo”, le dicen “culebra” porque anda enfaldado, no pueden ver un hogar que vaya junto. Si ven que un hombre va con la familia le dicen apodos, le dicen mandado, no pueden ver eso aquí. Tiene que ir la mujer adelante a la fiesta y el hombre más atrás (Graciela Garzón, entrevista por Almeida, febrero 2016).

Así mismo, cuando se interroga a las mujeres ¿A qué se dedica su esposo?, a menudo se topa con la respuesta “los hombres abajo” (refiriéndose a la planta baja de la casa) y las mujeres arriba”, lo mismo sucede con las categorías de “adentro y afuera”. La división sexual del trabajo implica disposición espacial, normatividad y construcciones de género; estas divisiones y categorías también se expresan en las prácticas familiares y comunitarias, en las que hombres y mujeres tienen roles establecidos. Aunque en el caso de las mujeres sus tareas suelen ser más plásticas y se involucran a menudo en oficios considerados como masculinos.

Por otra parte, se ha consolidado el modelo de familia nuclear y el ideal de “comprometerse”, porque no es frecuente contraer matrimonio. En la comunidad casarse o unirse constituye un imperativo categórico y no una simple opción. Rita, la mujer de la familia N° 3 de nuestro estudio indica “hay que casarse y tener hijos para que le cuiden a uno cuando viejo” (Diario de campo; marzo 2016).

En esta comunidad existen representaciones sobre el cuidado de padres a hijos y a la inversa, los hijos se conciben como una garantía para tener alguien que vele por los padres en sus días de vejez y también como fuerza de trabajo disponible para la agricultura, porque como se sabe, las labores agrícolas discurren entre la fuerza de trabajo familiar a través de prácticas instituidas como el “presta brazo” y la contratación de mano de obra “por jornal”. Rita, quien tuvo ocho hijos, tres de los cuales son discapacitados señala que:

No está bueno quedarse solo, porque si uno tiene su esposo, él ya le ayuda y tiene alguien “para ver por uno”, pero si se casa tampoco hay que quedarse sin hijos o solitos porque “los hijos también ven por uno” (Diario de campo; marzo 2016).

Los hijos se conciben como personas que en su debido momento van a retribuir el cuidado recibido con más cuidado, por ese motivo actualmente en el terreno donde habita Rita con su esposo, que comprenden más de diez cuadras, se han establecido con sus hogares dos de sus hijos, uno de ellos trabaja la tierra, y Nina, la nuera de Rita, acude ocasionalmente a la casa de sus suegros a ayudar con las labores y colabora con la atención de sus tres hijos discapacitados. En este hogar también residen dos nietos de Rita y uno de ellos ha rentado la tierra, aunque el pago es en especie representa una cantidad simbólica que garantiza el acompañamiento a sus abuelos en el trabajo y en la vida. Habitar en el mismo terreno es la forma de organizar células productivas y también de cuidados, no migrar o hacerlo de manera temporal y permanecer con la familia es la estrategia para acceder a la tierra y garantizar que se cubran las necesidades materiales y afectivas.

Narotsky describe este fenómeno como “la renta del afecto”, la autora realiza un estudio sobre la reproducción social en una zona rural en España, donde se articulan las relaciones de producción agrarias con las relaciones de parentesco. La herencia de la tierra sucede a condición de retribuir cuidados a los padres ancianos. Indica:

“El cuidado” incluye tanto la atención física de los predecesores cuando lo necesiten, como el trabajo en las tierras y las tareas domésticas. Por cuidado entiendo cuidado no continuado: atenciones y trabajo limitados a la última parte de la vida de ambos predecesores o de uno de ellos (Narotsky 1987, 324).

Algo similar sucede en la Comunidad Casas Viejas, donde tener hijos es una garantía de evadir la soledad en la vejez. Carmen, la mujer del hogar N° 4, indica: “Me gusta tener

mis hijas porque estar solo, sin hijos no gastar nada, es como una soledad, es mejor tener una familia, formar un hogar” (Carmen 2016, entrevista).

Además, los hogares están sujetos a normas consuetudinarias en lo que respecta a las uniones y formas de heredar la tierra. Como vimos en el capítulo 2, apenas el 35,95% de propietarios son mujeres y existe desigualdad de género en cuanto a la propiedad de la tierra. Además, se presume que los terrenos heredados por los hombres son de mejor calidad porque los valores comerciales de estas tierras son superiores: \$ 4828, 78 y los de las mujeres \$ 4295,6. La propiedad de la tierra también se ve atravesada por imaginarios de género que conciben a los hombres como agricultores, por ende sujetos legítimos para heredarla. Coadyuvan factores como la patrilocalidad “cuando los esposos residen con el padre del marido” y la virilocalidad o “residencia en la casa del esposo” (Mellisaux 1987, 43). Al conformar la pareja, esta se radica en la residencia de los padres del novio, porque existe la concepción de que “el hombre se lleva a la mujer”, incluso se conserva el petitorio de mano y por lo tanto las mujeres siempre son “expulsadas” de su hogar original. Posteriormente, si las condiciones lo permiten la pareja construirá su propia casa en el terreno de los padres del esposo, garantizando allí su estadía por tiempo prolongado. Esto facilita el funcionamiento del cuidado en los núcleos familiares pero también en las redes extensas que se conforman para el trabajo agrícola.

Como resultado, el régimen de herencia puede favorecer la propiedad de la tierra de los hijos varones, esto no quiere decir que se excluye de manera definitiva a las mujeres, pero las tierras se registran en mayor medida a nombre de los varones. Por esta razón, y por el fenómeno de la patrilocalidad es muy probable que sean las nueras las que cuiden en la vejez a sus suegros. A causa de este tipo de fenómenos tener un hijo varón es socialmente más significativo que tener una hija mujer, pues se entiende que tarde o temprano esta se ausentará del núcleo familiar, y un hijo varón garantizará el trabajo agrícola y el cuidado de sus padres.

El caso del hogar N° 4 ilustra bien este fenómeno, Carmen tuvo que abandonar su residencia para ir a las tierras del esposo, luego se hizo cargo de sus suegros en la vejez y posteriormente de sus cuñados. Este sería un ciclo de vida completo que comprende el cuidado hacia distintos miembros de la familia del esposo, además del cuidado hacia sus hijas.

También Isabel, la mujer del primer estudio de caso cuenta que residía en una comunidad cercana donde su abuela “le ofreció un pedacito”, a pesar de que ella no se siente interesada en reclamar herencia alguna, a menos que esa tierra la utilice su esposo para sembrar, de lo contrario ella no se radicará ni residirá en su comunidad de origen, con lo que se restringe la propiedad de la tierra por parte de las mujeres a través de las pautas de herencia, aunque ellas sean las encargadas de velar por la vejez de quienes les preceden, así: “el heredero cuida de los predecesores porque es heredero. El cuidado es una consecuencia de la herencia y estratégicamente la herencia es una consecuencia del cuidado” (Narotsky 1987, 329).

4.- Cuidado y sostenibilidad de la vida

Hasta aquí se ha mostrado la complejidad de formas que adopta el trabajo de cuidado en el medio rural, su relación con la agricultura, la multiplicidad de trabajos que tienen lugar en la unidad doméstica campesina y cómo estos trabajos se sostienen gracias a imaginarios de género que configuran identidades masculinas y femeninas y que refuerzan el papel de las mujeres como cuidadoras.

Señalamos que en la comunidad Casas Viejas el cuidado se manifiesta a través de actividades que generan bienestar físico y emocional a las personas, se ocupan de los cuerpos y de las subjetividades y afectos que acompañan a esos cuerpos. Las expresiones del cuidado abarcan como se mencionó anteriormente: 1) el cuidado directo a las personas en la dimensión corpórea al atender las necesidades de los integrantes del hogar, 2) las tareas de soporte afectivo, 3) el cuidado a la naturaleza que en el medio rural es la base material para el desarrollo de la vida, 4) el cuidado de la vida inmaterial a través de la transmisión de saberes y conocimientos que permitan sobrevivir con éxito en el campo y 5) el cuidado que se expresa en la alimentación, motivo de análisis del siguiente capítulo.

Con respecto a las representaciones y significados que las mujeres y hombres atribuyen al cuidado de la vida se encontraron algunas nociones. En la mayoría de los casos asocian el cuidado con emociones positivas como satisfacción, alegría, entrega, aunque también se señala el sacrificio que involucra cuidar de otros. Tanto hombres y mujeres relacionan el cuidado con los hijos, es decir como una actividad que se realiza para lograr el bienestar de sus primogénitos. Este cuidado se propicia de distintas maneras, una de ellas es enseñar a trabajar a los hijos, pues la enseñanza del modo de vida es lo

que permitirá su pleno desenvolvimiento en el futuro. Por esta razón, las labores agrícolas incluyen el trabajo de niños y adolescentes, así se evidencia en las jornadas laborales en el campo y en la división de tareas cotidianas. También se asocia el cuidado a la posibilidad de educar a los hijos para modificar el modo de vida y tener mejores oportunidades, pero en este caso el cuidado que propician hombres y mujeres es diferenciado. El cuidado que propician los hombres es a través de su rol de proveedores, cubrir las necesidades materiales de los hijos equivale a cuidar; y, en el caso de las mujeres es a través de la atención y el afecto. Así por ejemplo:

Yo cuido mis hijos pero yo paso por fuera porque tengo que trabajar, también mi esposa sale tres días a trabajar, al inicio yo no quería que trabajara porque tenía que hacer el desayuno y ella se iba, tampoco había quien hiciera el almuerzo, por ese motivo no quería que trabaje, pero usted sabe que trabajo es trabajo. Yo lo que tengo que hacer es trabajar para que ellos estudien, por eso yo me sacrifico para que ellos lleguen a tener un puesto en una oficina, ellos dependen de su papá (Efraín Loor, entrevista por Almeida, abril 2016).

Para mí cuidar es querer, querer a mis hijos, a mí me gustaría que mis hijos se preparen para que tengan algo, por eso es que el papá se va trabajar lejos, que nos mejore la situación, esa es la idea (Zoraida Lemus, entrevista por Almeida, marzo 2016).

Ahora bien, si ponemos al cuidado de la vida en el centro, siguiendo la línea de la economía feminista, encontramos que este se entreteje en todas las actividades cotidianas de las familias, en el trabajo “productivo”, el “improductivo” y en la vida comunitaria. Las relaciones de cuidado nacidas del afecto interactúan con el modelo de trabajo pluriactivo y estacional, con la forma de agricultura y propiedad de la tierra, y permiten la formación de circuitos que generan intercambios comerciales y no comerciales, así como transacciones de distinto orden que hacen posible que las familias subsistan a pesar de la escasez de recursos.

Si analizamos el trabajo agrícola, este se establece a partir de las relaciones familiares, de parentesco y cuidado. Una familia nuclear aislada es incapaz de sobrevivir en el medio rural, ya que requiere de la fuerza de trabajo disponible en la familia extensa y necesita de las prestaciones de cuidado y afectivas que posibilitan los vínculos filiales y los no filiales, de ahí que trabajo “productivo” y trabajo de cuidado se encuentren estrechamente ligados. Esto si consideramos que gran parte de las labores agrícolas como la siembra y cosecha funcionan a través de células productivas consolidadas

mediante acuerdos entre distintas familias. Los acuerdos implican obligaciones de distinto tipo, por ejemplo las relaciones filiales padres-hijos involucran retribución de los hijos a sus progenitores a través de faenas de trabajo a cambio de los cuidados recibidos, especialmente si los hijos varones se establecen en la tierra del padre. La conformación de distintas familias en un mismo terreno garantiza el cuidado de los progenitores en su vejez y también el acceso a la tierra de parte de los hijos.

Las relaciones fraternales implican la colaboración en aspectos como crianza conjunta de los hijos, organización de las tareas cotidianas, por ejemplo quien recoge a los niños de la escuela, quien los alimenta si se ausenta temporalmente la madre, en ocasiones se incluye préstamo de dinero, de bienes como medios de transporte, bombas de fumigación, desgranadoras de maíz, entre otros.

Por ende, la provisión de cuidados recae sobre redes de parentela, amistad y camaradería. Además, en la comunidad Casas Viejas todas las familias tienen un grado de consanguinidad de segundo y tercer grado, lo que explica por ejemplo los linajes “Pinargote”, “García”, “Zambrano”, entre otros, dado que la tendencia es formar familias extensas que puedan consolidarse con el tiempo, y que se amplíen los circuitos a través de los cuales se accede a bienes, servicios, favores, préstamos o intercambios que sostienen las economías familiares campesinas.

En nuestro caso de estudio el cuidado se encuentra arraigado en la cotidianidad de las familias. El cuidado es quedarse en casa, cocinar y llevar los alimentos al campo, hacerse cargo de los hijos y enseñarles a trabajar, es endeudarse para educar a los descendientes y mejorar las condiciones de vida, es velar por los enfermos o colaborar en actividades comunitarias que sostienen a todos, es migrar para procurarse los recursos necesarios para la propia reproducción. Todo ello es indudablemente cuidar.

Es preciso advertir a manera de reflexión que en el trabajo de cuidado también se inmiscuyen sentimientos de coerción, obligatoriedad, opresión y sobrecarga de trabajo para las mujeres, hecho que se justifica en su “naturaleza” y “vocación” para cuidar como una condición inherente a “lo femenino”. No obstante, “cuando los cuidados niegan el propio cuidado, cuando para cuidar una tiene que descuidarse, lo habitual es que se genere resentimiento” (Vega; 2009,32). Esta situación conlleva el riesgo de que se genere lo que economistas feministas denominan como ética reaccionaria del

cuidado, que obliga a las mujeres a subordinar su existencia a la de los otros, a quienes cuidan.

Por ende, en el centro del debate se encuentra un cuestionamiento a la forma como se organiza el cuidado, cómo se reparten las tareas y de que maneras los distintos frentes (Estado, mercado, familia, comunidad) coadyuvan o impiden el desarrollo de la vida humana. En esta dirección, el concepto de sostenibilidad de la vida, dado a conocer por Cristina Carrasco y que retoma Pérez Orozco, es pertinente ya que

No pretende captar esencias, sino procesos. No da una definición cerrada y estática de la economía, sino que busca abrir un espacio al conjunto de relaciones sociales que garantizan la satisfacción de las necesidades de las personas y que están en estado de continuo cambio (Pérez 2014,26).

En nuestro caso de estudio se propone entender la sostenibilidad de la vida como un eje vertebrador del mundo rural, en el que hombres y mujeres a través de su trabajo dentro y fuera de la unidad familiar sostienen los ciclos de vida: sembrar para luego recoger, criar para luego alimentarse, producir para cocinar y consumir, devolver a la naturaleza lo que toman de ella y reestablecer la vida en un ciclo que se abre y se cierra, dónde quizás tiene lugar una reproducción plena del conjunto humanos, naturaleza, sociedad. Constituye un modo de vida que se encuentra cercano a la naturaleza, pero que también deviene en transformaciones y usos de la misma que acerca a las poblaciones campesinas a las lógicas de acumulación de capital, a través de la agricultura comercial, aunque esta no signifique un beneficio sustancial en la calidad de vida de los hogares campesinos y a pesar de sus efectos nocivos en el medioambiente.

Es del proceso de sostenimiento de la vida,-en el que intervienen el ocio, el trabajo, la comida-, del que se ha tratado de dar cuenta en este capítulo, al comprender que en la comunidad de nuestro análisis todos los trabajos productivos y reproductivos realizados por hombres y mujeres persiguen el mismo fin, que es la alimentación familiar. En el siguiente capítulo se aborda a la alimentación como la expresión final de la producción y reproducción, como el resultado de un trabajo de cuidado, atravesado por afectos y desafectos que junta ambos universos.

Capítulo 5

Cuidando y alimentando

En los capítulos precedentes se ha realizado una reflexión sobre cómo interactúan los espacios productivo y reproductivo y los trabajos realizados en cada uno de ellos a fin de lograr el aprovisionamiento material y alimentario. Además, se han descrito las estrategias desarrolladas por las mujeres y sus familias para procurar la supervivencia; se ha revisado en qué condiciones y bajo qué negociaciones o conflictos se resuelve el problema de la alimentación al interior de los hogares, mostrando el trabajo productivo agrícola y el trabajo reproductivo con énfasis en el cuidado de la vida.

En este acápite se expone el argumento que sostiene que la alimentación comprende un trabajo de cuidado no remunerado que se realiza a diario en los hogares campesinos y que es una responsabilidad exclusivamente femenina. Pero a la par, la alimentación es una expresión de la cultura manabita. En ella se generan prácticas que constituyen, modifican y regeneran la alimentación en su quehacer cotidiano. Finalmente, se dan a conocer los trances que la alimentación atraviesa en relación a la agricultura comercial y el aprovisionamiento en el mercado y las tendencias que la enmarcan en la comunidad de nuestro estudio.

5.1 Alimentar es cuidar

La alimentación cumple la función de cubrir una necesidad fisiológica de todos los seres humanos; sin embargo, los estudios antropológicos han mostrado el carácter cultural, los símbolos y las significaciones que cobra la alimentación de acuerdo al contexto en el que se desarrolla el hecho alimentario; “alimentar es nutrir, es cuidar, es reproducir” (Gracia 1996: 30). Para los fines de esta investigación, se comprende la alimentación como un proceso que abarca múltiples etapas e incluye diferentes actividades:

Tales como la producción, el aprovisionamiento y las compras, el almacenaje y la conservación, la preparación y el cocinado, el servicio y el lavado y recogida de utensilios, el reciclaje de las sobras, así como tareas de horticultura, préstamos e intercambios (Gracia 1996: 31).

Estas tareas alimentarias componen el *espacio social alimentario*, el mismo que se encuentra conformado por las elecciones realizadas por los comensales; el espacio de la cocina que es “un conjunto de acciones técnicas, de operaciones simbólicas y rituales

que participan en la construcción de la identidad alimentaria de un producto y lo hacen consumible” (Poulain s./f.: 4). También se compone de los hábitos y rituales en torno al acto alimentario y todas las estructuras tecnológicas que hacen posible la producción y transformación de los productos.

Mabel Gracia sugiere que la alimentación se sostiene por relaciones sociales a lo largo de todo el proceso alimentario y las tareas que se desprenden de la producción-preparación de alimentos conlleva la división sexual del trabajo, por lo que se reproducen y recrean roles de género. (Gracia 1996: 30). Es así que autores como Mennel afirman “la universal e histórica responsabilidad femenina en las prácticas alimentarias domésticas y los roles femeninos en la participación y reproducción de la cultura alimentaria” (Mennel en Gracia 1996:12). Por ende, el trabajo alimentario diario implica la realización de tareas inequitativamente distribuidas, sobre todo en cuanto a las fases de preparación y transformación de los alimentos, actividades consideradas como una responsabilidad femenina relacionada con el trabajo doméstico, y que se considera como parte de la obligación del cuidado familiar, que recae sobre las mujeres. Es decir, que existe una construcción de la identidad femenina en torno al hecho alimentario, al conocimiento y saberes que las mujeres puedan detentar o no sobre la práctica culinaria. A partir de este hecho se muestra cómo y de qué manera la alimentación forma parte del trabajo de cuidado realizado por las mujeres en las familias campesinas.

La alimentación entendida como trabajo significa que es una actividad que requiere dedicación, tiempo y esfuerzos que no son fácilmente cuantificables (Franco 2010), porque abarcan múltiples espacios y se desarrollan en sincronía con otras labores domésticas y de cuidado, así lo evidencia la mujer que aconseja a sus hijos mientras tuesta maní o mientras desgrana el maíz, o aquella que prepara la comida mientras supervisa las tareas escolares de sus hijos.

En la comunidad Casas Viejas y de acuerdo a las observaciones, las mujeres destinan tres horas diarias a la preparación de alimentos. Este tiempo estimado puede fluctuar de forma ascendente dependiendo de la época del año, porque el trabajo alimentario incrementa en el invierno. Según la encuesta realizada a un grupo de mujeres, en la semana se destinan 27 horas a esta actividad. Aquí se incluye la preparación de alimentos, la limpieza de la vajilla y la cocina, las actividades previas como tostar,

pelar, desgranar, moler, recoger huevos, entre otras. Mientras que en el caso de los hombres no se ha podido establecer una medida porque en esta localidad no se acostumbra a que ellos realicen trabajo doméstico o que se involucren en actividades culinarias, las que son concebidas como “cosas de mujeres”. En algún sentido, la feminidad se pondera de acuerdo a las habilidades en la cocina y la dedicación al hogar, las destrezas en su gestión, en la administración de los recursos, y en la habilidad para “hacer rendir” la comida. Carmen, una de las mujeres de los hogares visitados señala que hay habilidades que es preciso tener para poder ser reconocida como mujer, entre ellas cocinar, matar una gallina, y tener conocimientos sobre las formas de preparación de platillos tradicionales como el caldo de gallina, pan de almidón de yuca entre otros. Ella señala:

Aquí hay que saber preparar de todo, el pescado, la carne y si hay un animalito se mata, a veces hasta dos veces a la semana yo mataba una gallina y si ahorita mato una es para una sola comida, y si somos más un animal no alcanza, uno las cría y si hay una visita lo primero que cocina es un pollo (Carmen Parra, entrevista por Almeida, marzo 2016).

Mi marido me dice saque el dinero del negocio y de ahí se va comprando, es comida para pasar la semana, es para pasar y lo que se va vendiendo se va gastando. En la comida semanal gasto \$50, cuando salgo los días sábados gasto como \$20, pero él [refiriéndose a la pareja] me dice usted sabe lo que hace falta, usted va a preparar, usted compre (Carmen Parra, entrevista por Almeida, marzo 2016).

Saber cocinar y hacer las cosas de la casa es un requisito indispensable para poder conformar pareja, muchas de las mujeres señalan que “así no le guste a uno cocinar y las cosas de la casa lo tiene que hacer” (María vera, entrevista por Almeida, febrero 2016). Se es “más mujer” si se cocina (Diario de campo, Marzo 2016). Lo que quiere decir que hay representaciones de género que contribuyen a que la alimentación se configure como un trabajo doméstico, pero también de cuidado, al considerar que no solo consiste en la preparación, sino en los afectos que se cuelan en el quehacer cotidiano de alimentar. Así sucede cuando se prepara el desayuno a los hijos para enviarlos a la escuela, al tener la comida lista para el marido que llega del trabajo, cuando se prepara una comida especial para un invitado como muestra de aprecio, cuando se realiza una preparación de acuerdo al gusto de toda la familia, entre otras.

Algunas mujeres dan a conocer como ha sido su experiencia de cuidar a través de la alimentación, tarea compleja cuando no se cuenta con suficientes recursos para abastecerse y alimentar.

Yo gasto poco en la comida, a veces mato un pollito. Yo les preparo a mis hijos lo que es bueno, siempre les digo que para mí no hay comida mala, hago sopa de arroz, de verde y los niños se me ponen mañosos no quieren la remolacha, hay que insistirles, fuera de eso estos niños me han salido enfermos el mayor tiene el hígado graso y yo le controlé, yo antes consumía un litro de aceite en una semana y ahora ya le baje por el niño (Analía Estrella, entrevista por Almeida, marzo 2016).

Cuando mis hijos están enfermitos les mataba un pollito, les daba un aguadito, un palomito, si me ha tocado duro, el palomito es bueno, aunque con esas convulsiones que les daba casi no comían, les daba arrocito, en la cama acostaditos en la boca. (Rita Rendón, entrevista por Almeida, abril 2016).

Desde esta perspectiva, la alimentación se configura como un trabajo de cuidado porque requiere de tiempo, esfuerzo, laboriosidad, dedicación, saberes, destrezas y conocimientos. En este plano retomamos los aportes de la economía feminista que entienden al trabajo como las múltiples actividades desarrolladas en el ámbito productivo, reproductivo, asalariado, no asalariado, en el hogar, en el mercado, en la comunidad y otros espacios, que en conjunto generan bienestar y permiten el sostenimiento de la vida.

Si el cuidado comprende la labor de “hacerse cargo de los cuerpos”, la alimentación figura como la primera actividad que permite la regeneración del bienestar físico y emocional de los miembros de la familia, a la vez que suple las necesidades afectivas. Para Sandra Franco la alimentación es trabajo de cuidado porque:

La comida se enmarca en relaciones y vínculos familiares y sociales que involucra cargas afectivas que se orientan al bienestar de los individuos, la familia y la sociedad, además es un trabajo no remunerado porque no recibe pago monetario a cambio (Franco 2010:19).

Además, la tarea de alimentar requiere de un trabajo afectivo, en el que intervienen elementos subjetivos y personales porque se enmarcan en el núcleo familiar. En ocasiones se precisa conocer los gustos, aficiones o deseos de quienes conforman la familia para poder satisfacer estas necesidades, la comida representa o simboliza la

preocupación, el afecto, el cariño de la madre hacia sus hijos, en esto coinciden varias mujeres de la comunidad. Esta tarea mediada por el afecto se percibe en la siguiente declaración:

Para atender al niño se le daba la teta cuando se levanta, después a las 8 o 9 de la mañana se le da un juguito de granadilla, después de eso se le da una teta, después de eso el almuerzo, después del almuerzo se le da una manzana, el niño comía como siete veces al día, no era la cantidad, que era poquito, yo ya estaba acostumbrada a hacerle eso siempre, atenderlo bien. (Diario de Campo, marzo 2016)

Aquí se denota que además del trabajo que implica realizar siete preparaciones para un infante, en la labor interfieren afectos como el deseo de brindar una buena atención, el conocimiento inherente sobre los horarios, las cantidades y la construcción de una cotidianidad alrededor de la alimentación y el cuidado a un niño. Dar de comer o alimentar en la familia requiere de tiempo y de cargas afectivas que se crean en el proceso, la interacción entre personas comprende cubrir necesidades en el ámbito material: proveer, preparar, modificar, cocer; pero también en el plano de la subjetividad, en el seno de relaciones que no solamente son de afecto, sino también de desafecto, ingratitud, falta de reconocimiento, dominación, obligación.

Para Franco la alimentación deviene en “deberes de amor” que se asumen por los vínculos de parentalidad, relaciones filiales y de afecto que justifican que se lleve a cabo estos trabajos, de ahí surge su carácter de obligatoriedad ineludible que se adjudica a las mujeres. No obstante, ella advierte que “la magnificación del afecto como singular de las tareas alimentarias sostiene prácticas de desigualdad y refuerza el determinismo biológico” (Franco 2010: 130). Es decir, refuerza el hecho de que la mujer cuida “por naturaleza”.

Del mismo modo, la autora hace referencia a las características de la alimentación en tanto que trabajo de cuidado e indica que las tareas alimentarias son impostergables porque responden a una necesidad biológica inaplazable, se realizan de manera simultánea a otras actividades domésticas, son permanentes porque es una tarea que se repite a diario, siguen una secuencia y son complejas porque intervienen saberes y recursos (Franco 2010:39). Una de las mujeres entrevistadas ejemplifica con su testimonio lo expuesto:

A uno le toca siempre tostar el maní, tostar el maíz para la salprietá, moler en el molino, moler el maíz para los pollos, con eso dar de comer a las gallinas, lo de nosotros es más cansado [refiriéndose a las mujeres], duelen los pulmones de tanto trabajar, hasta el mediodía nosotros no descansamos, dicen que nuestro trabajo es más suave, pero de todas maneras, hasta la noche estamos lavando platos en la merienda, cuando los bebés son chiquitos, uuu necesitan más (Rita Rendón, entrevista por Almeida, abril 2016).

Aquí se muestra la complejidad del trabajo de suministro de alimentos en el área rural, su carácter permanente, impostergable y rutinario. Al mismo tiempo Franco señala que el producto final de la preparación de alimentos es intangible y de corta duración, “en tanto los integrantes de la familia interactúan en el ámbito del hogar el orden, el aseo y la disposición de las cosas se pierde” (Franco 2010: 140). Lo mismo sucede con la preparación de alimentos, pues estos se consumen de forma inmediata, el trabajo requerido para su transformación se diluye y es preciso iniciar el ciclo de nuevo.

En relación con esta caracterización, a lo largo del trabajo de campo se ha percibido que la tarea alimentaria llevada a cabo por las mujeres es bastante “desengañada” puesto que la elaboración de tres preparaciones a lo largo del día requiere de un gran esfuerzo, además no es bien visto “calentar” una comida preparada, pues lo correcto es realizar cada vez un nuevo plato. Esta tarea es escasamente reconocida por el resto de miembros de la familia ya que se concibe como una obligación. Este trabajo no se delega ni se comparte, excepto en el caso de las hijas mujeres que colaboran, aprenden el oficio de la cocina y se entrenan para asumirlo en el futuro.

Una de las cosas que se advirtió en el trabajo de campo es que la cocina no es una actividad cualquiera porque requiere de aprendizaje, conocimiento, saberes, modos de hacer y saber hacer, fuerza física en los brazos para determinadas tareas, resistencia, entre otras habilidades. Como se afirma desde las perspectivas teóricas que guían esta reflexión, el plato más simple requiere de procedimientos como lavar, pelar, cortar u otros más complejos como combinar elementos, conocer tiempos de cocción, formas de preparar, técnicas, destrezas particulares, intuición. Este conjunto de saberes forman parte de un aprendizaje informal que se transmite de forma oral e intergeneracional, en ellos se socializan niñas y jovencitas permanentemente. De cierto modo, el estatus de “saber informal” es lo que permite que la cocina como actividad femenina en la comunidad se infravalore, nadie concibe estos conocimientos de las mujeres como “gastronomía”, aunque en el fondo lo sean. Se trata de una jerarquía de saberes, en

dónde aquellos que tienen más peso son los relacionados con oficios o trabajos “productivos”, generadores de dinero.

Mabel Gracia indica que la cocina, en cualquiera de sus formas requiere conocimientos más o menos especializados, y el saber gastronómico se asocia a una práctica masculina, de “chefs”, mientras que la cocina cotidiana es un espacio recluso para las mujeres con menor estatus y menor reconocimiento.

A pesar de la riqueza de la cocina tradicional manabita, muy aclamada en escala nacional, no se ha develado que son las mujeres quienes mantienen vivas estas tradiciones, pues se encargan de la transmisión de estos conocimientos. Se puede destacar el caso de la elaboración de dulces tradicionales manabitas, los mismos que gozan de aceptación y son apetecidos en el mercado nacional. Estos requieren de horas de trabajo y gran laboriosidad. En mi aprendizaje sobre su proceso de preparación he conocido los tiempos de cocción que se necesita para cada uno de ellos, los utensilios que se deben utilizar, ya que hay mezclas que no se pueden exponer a cucharas de metal para conservar su color; la manera cómo se debe mezclar ingredientes para que conserven mejor su sabor, cómo se debe colocar en los moldes las galletas y otras preparaciones a fin de evitar que estas se quemen, cómo se distribuye mejor el calor en la cocción, los materiales de improvisación que se utilizan para reemplazar materiales costosos. Todos estos conocimientos son dignos de resaltar, eso únicamente para ejemplificar uno de los tantos casos que se podría destacar sobre la cocina tradicional manabita. Los conocimientos y saberes sobre la cocina y preparación de alimentos son invaluable y los hombres y mujeres no se percatan de ello, esto debido a que forma parte de su rutina, aunque encierran trabajo, dedicación, afecto y cuidado.

5.2. Prácticas alimentarias: el ritual de la comida y el tránsito entre lo tradicional y lo moderno

El análisis de las prácticas alimentarias ofrece un gran potencial para comprender la organización de la sociedad, porque nos muestra problemáticas como la producción, el acceso a alimentos, su distribución, el aprovisionamiento, las formas de preparación que atañen a distintas culturas y el consumo de productos insertos en regímenes alimentarios.

Poulain propone el concepto de *modelo alimentario*, que se refiere a los conocimientos tecnológicos, simbólicos, sociales y culturales que permiten preparar alimentos y a las significaciones y valores asociados a ellos, lo que resulta en la construcción de una identidad culinaria (Poulain s./f.: 3). Por esta razón, la alimentación comprende representaciones, percepciones y actitudes que se expresan en prácticas alimentarias. La comida es un espacio de interacción, de ahí que los análisis sociológicos y antropológicos coinciden en la “socialidad de la comensalidad”. Autores clásicos de las ciencias sociales como Levi-Strauss o Simmel resaltan el carácter “suprapersonal”, colectivo de la alimentación. Esta constituye una construcción social con múltiples significaciones que varían de acuerdo al contexto, y, en el caso de la comunidad rural de este estudio, las tareas alimentarias además de suplir una función fisiológica “comportan la reproducción y satisfacción de otras relaciones sociales, tales como identidad, reciprocidad, comensalidad o comunicación, que se expresan en cada uno de los contenidos de las actividades que incorpora” (Gracia 1996:31).

En el sitio Casas Viejas, la alimentación es un elemento de cohesión social que convoca a las familias y miembros de la población. Por regla general, en esta comunidad no hay reunión sin comida y dónde hay comida hay grupos humanos que comparten, celebran o trabajan. Por esta razón, la comida es el núcleo de gran parte de las actividades diarias, pero no por ello se ha desprovisto de su importancia ritual. Durante la época de siembra, la comida es preparada por las mujeres y se consume en el grupo de trabajadores en el campo, permite el descanso, el intercambio y la distensión; en un día ordinario, el almuerzo o la cena se acompañan de una sobremesa que permite la socialización entre los miembros de la unidad doméstica, o entre distintas familias reunidas en torno a la mesa; en una celebración, la comida no puede faltar para acompañar el encuentro y forma parte de la vasta tradición culinaria manabita (fig.5.1.). De acuerdo con estudiosas de la gastronomía manabita y las prácticas alimentarias de esta provincia:

Comer es una necesidad vital, un ritual de varias fases que se inicia en el momento que nos decidimos hacer una comida. Luego sigue la selección de los ingredientes, el uso de utensilios y continúa con el preparado, terminando con la degustación que hacen los miembros de la familia o convidados (Regalado 2008:15).

Esto se corrobora en el hecho de que la comida del campo requiere de muchos procesos previos a su ingesta, entre los más comunes encontramos: rallar, moler, tostar, amasar,

majar, asar, hornear, freír los productos que componen la dieta de hogares campesinos como el maíz, maní, plátano verde, plátano maduro, yuca, frijoles, habichuelas y arroz, que constituyen la base de la alimentación familiar; a estos se añaden otros ingredientes cuyo consumo difiere de acuerdo a la disponibilidad. Dado que los procesos de transformación de estos alimentos son variados convocan a diferentes miembros de la familia que participan en su producción en el huerto hasta su consumo final. Valga recalcar que las mujeres se inmiscuyen de manera preponderante en la transformación y adecuación de los alimentos para el consumo. Con frecuencia ellas se reúnen para realizar preparaciones laboriosas como empanadas de verde¹, bollos², tortillas de maíz³, entre otras elaboraciones típicas de la región.

Regalado sugiere que: “la comida es asumida como parte primordial en las relaciones sociales del manabita: dar comida al otro crea alianzas sociales que van más allá de una simple amistad” (Regalado 2008: 57). Es así que la comida crea espacios de interacción en actividades comunitarias, celebraciones, fiestas, visitas a familiares o amigos, reuniones, que sirven para afianzar los vínculos de amistad, solidaridad y reciprocidad. Múltiples ocasiones conmemorativas tienen como eje el compartir alimentos, aquellas en las que participa toda la comunidad y en las que se reúnen pocas familias.

Durante mi estancia he participado en distintas actividades de celebración y fiestas y he observado los rituales que se tejen en torno a la comida y el sentido festivo que acompaña a los encuentros. He sido la invitada y me he sentado en la mesa de distintos hogares que me han abierto sus puertas. En un bautizo se comparte “un gloriado” que es una mezcla de frutas o hierbas aromáticas con las cuales se “sazona” el currincho o licor de caña, también circula el “quemado”⁴ y el ron pope⁵. Los onomásticos se celebran con tortas, dulces tradicionales manabitas que consisten en una variada composición de caramelos o bocadillos entre los que constan suspiros, huevos moyos, troches, galletas de almidón de yuca, galletas de maíz, entre otros que circulan en las festividades y en todo tipo de reunión social en la que se comparten como aperitivos. Además, los platos fuertes casi siempre constan de caldo de gallina criolla o seco de

¹ Elaborado de plátano verde cocido y amasado, relleno con queso o pollo cocido y posteriormente frito en aceite.

² Envuelto de plátano verde con maní, condimentos de cebolla, hierbas verdes, achiote, entre otras especias, relleno de carne de cerdo y que se horna en leña durante 12 horas y se consume caliente.

³ Elaborado con maíz cocinado y molido que se mezcla con huevos de campo y queso, se realiza en horno de leña y se consume caliente.

⁴ Bebida realizada con aguardiente y sazonada con hierbas u otros elementos.

⁵ Bebida a base de licor y huevos

pollo, el arroz es un elemento muy utilizado gracias a su consistencia, es un alimento adquirido en el mercado.

Instituciones de la cultura del campo manabita como lo es el compadrazgo se afianzan al compartir la comida y la bebida, pues generan un compromiso que requiere “devolución” de quien recibe los favores de la alimentación, lo que permite que funcione la reciprocidad. Una comadre es una “segunda mamá” que puede y debe cumplir sus obligaciones con el ahijado de por vida, es una forma de cuidado. La relación se construye en torno a dadas y obsequios compuestos de alimentos.

La comida no solo convoca en las celebraciones, sino que también está presente en los rituales relacionados con la muerte y aquellos de carácter religioso. Este tipo de eventos abundan en la Comunidad Casas Viejas y he podido compartir estos espacios en varias ocasiones con las familias del lugar. En el día de los difuntos los dulces tradicionales, frutas cítricas o cualquier preparación se comparte durante la visita al cementerio. Cuando alguien ha muerto se realizan “velatorios” o reuniones para orar entre los amigos y familiares, estas reuniones se prolongan una semana después del acontecimiento de muerte y posteriormente se reúnen una vez al mes para conmemorar el recuerdo del fallecido durante seis meses. En estas reuniones las mujeres preparan alimentos como sandwiches, pan de maíz, pan de almidón de yuca, bizcochuelos, entre otros manjares que he tenido ocasión de degustar y que se reparten entre los invitados en forma de agradecimiento por el acompañamiento en el dolor o la despedida.

Los alimentos también son una parte constitutiva en los rituales religiosos, en los que las mujeres participan como organizadoras, convidan y atienden a quienes acuden. Estos acontecimientos convocan a personas de la zona y otras pertenecientes a diferentes comunidades. El “velatorio de los santos” consiste en un encuentro comunitario en el que se ofrecen plegarias y canticos a imágenes religiosas, estos se prolongan durante horas y en ese lapso de tiempo se sirven las comidas que correspondan, ya sean almuerzos o cenas. En ocasiones esto se relaciona con el estatus social, ya que la familia que recibe en su casa a un “santo” o a una imagen religiosa demuestra su capacidad de acogida y sus posibilidades de “brindar” alimentos a los amigos, allegados, conocidos y extraños. En una ocasión asistí al velatorio del “Niño Caracol”. En este evento las mujeres prepararon y sirvieron el almuerzo, dulces y bebidas a los asistentes. La convocatoria fue masiva porque esta imagen religiosa es considerada milagrosa y forma parte de las creencias de la cultura manabita, sobre todo en el campo.

Figura 5.1. Alimentación como elemento de cohesión social, trabajo y festividades.



Fuente: Imágenes capturadas por Andrea Almeida, 2016.

Por otra parte, un elemento digno de resaltar es que aún en un contexto de carencia la comida se percibe como un recurso abundante, aunque no necesariamente lo sea. Se debe recordar que hablamos de familias campesinas que viven con un promedio de \$27 dólares a la semana, generalmente “se vive al día”, es decir con los recursos disponibles en determinado momento, por lo que hay un componente de “improvisación” que las mujeres ponen en juego en el quehacer diario de la cocina. Sin embargo, las prácticas con respecto a la alimentación son generosas, la comida representa la hospitalidad de los campesinos manabitas. Los alimentos se intercambian, se regalan, se pasan o se “prestan” entre las familias. Cuando se realiza una preparación especial como humitas, bollos, natilla⁶, torta de choclo u otras, estas se envían a los allegados y amigos como un presente, el espacio alimentario se compone de muchas dádivas, símbolos y saberes.

Se puede afirmar que no se han encontrado diferencias significativas en cuanto al tipo de dieta entre las distintas familias con las que se estableció el estudio. Tampoco se presentan diferencias en relación a las formas de preparación y en los productos que se consumen. A pesar de que la propiedad de tierra garantiza tener una fuente de alimentación para el autoconsumo, este hecho no altera radicalmente la dieta debido a que los productos de base que se mencionó se consumen de manera general en la mayoría de familias del campo. Esto significa que el consumo, además de estar relacionado con la disponibilidad de recursos económicos tiene sus raíces en la existencia de una cultura culinaria manabita.

⁶ Mezcla de maíz con leche que se refrigera y se sirve fría.

Entre otras prácticas alimentarias observadas, se encuentra la forma de tratar a los invitados, y dado que yo fui una de ellos, el caldo de gallina con arroz y menestra de plátano verde es uno de los que se sirven con más frecuencia. Es aconsejable comer todo lo que sirvan, ya que rechazar la comida puede ser tomado como un agravio. Si existen sobras después de la ingesta, estas no se desperdician porque se destinan para alimentar animales como cerdos o gallinas. Si se alcanza un mayor grado de confianza se puede “sobrar” o dejar restos de comida en el plato.

Los alimentos que se compran en el mercado se adquieren los días sábados y la compra requiere de la movilización hacia Calceta, en esta actividad interviene toda la familia, es un ritual familiar y representa una actividad de distracción. Cuando se realizan las compras no se adquiere alimentos en grandes volúmenes porque su compra está sujeta a la temporalidad, a las constricciones económicas, y depende de cuántos jornales se lograron en la semana y de los ingresos con los que se cuente en ese momento. Hacia el final de mi estancia advertí que en la mayoría de familias de la comunidad no existe una diferenciación entre ingresos semanales e ingresos destinados a la alimentación, debido a que todos los recursos monetarios que tienen las familias se destinan a la alimentación, eso demuestra la pobreza que enfrentan estas familias. Así por ejemplo, Karol la joven de uno de los hogares que visité señala que cuando ella acudió a Manta a trabajar, una de las cosas que le sorprendió fue el volumen de cosas compradas en el supermercado por esta familia: “había tantas fundas y yo nunca había visto eso” (Karol Pinargote, entrevista por Almeida, abril 2016).

Sin embargo, se destaca que existe una pugna entre el autoconsumo y el abastecimiento en el mercado, esto se corresponde con el fenómeno de mercantilización de la economía familiar campesina. En el caso de la alimentación, volvemos sobre la existencia de un mercado de alimentos en el que se resuelve una parte de la provisión de aquellos bienes que no se pueden procurar las familias por sí mismas.

Las huertas familiares persisten, pero no sin amenaza frente a distintas circunstancias que atacan su continuidad. Algunos de los cambios registrados en los últimos años a raíz del uso de paquetes tecnológicos son la pérdida de biodiversidad, el desgaste del suelo y el incremento de plagas que impiden el desarrollo de la agricultura familiar.

Muchos agricultores indican que antiguamente se conservaban cultivos como el arroz, el algodón, el zapallo, el tomate, el pepino, variedad de verduras, entre otros productos que

actualmente la tierra ya no produce porque las características del suelo se han modificado. Carmen nos cuenta:

Es mejor la comida de antes porque no era con químico, los tomates no eran “curados”, mi mami iba al desmote cogía la verdura, no se curaba y daba, nada era con químico y daba, hasta en el verano daba achogcha y yo también me acuerdo que mi papi sembraba algodón y sandía y ahorita ya no se cosecha eso porque no da. (Carmen Parra, entrevista por Almeida, marzo 2016).

Estos hechos permiten retomar la discusión sobre soberanía alimentaria porque el uso de agroquímicos atenta contra el derecho a la alimentación ya que limita las posibilidades de autoabastecimiento de las familias campesinas y afianza la dependencia de éstas con el mercado de alimentos y de trabajo; restringe la producción local y afecta la sustentabilidad de las comunidades rurales en el largo plazo. Los efectos son visibles en esta comunidad donde se ha deteriorado la tierra, se han perdido fuentes de agua y especies vegetales de la zona debido a la ampliación de la frontera agrícola. Los técnicos del Ministerio de Agricultura que brindan asistencia en este lugar indican que de continuar con la utilización de paquetes tecnológicos, dentro de quince o veinte años las tierras de esta comunidad, así como de otras aledañas serán totalmente infértiles. (Diario de campo; Enero 2016). Pese a ello, la política agraria nacional impulsa y subsidia esta producción vinculada con encadenamientos productivos y cultivos de exportación. Y, por su parte, los agricultores no cuentan con otras fuentes de ingreso, por lo que persisten en la agricultura maicera. Estas circunstancias, sumadas a la carencia de tierras repercuten en el cercenamiento de las huertas familiares, que se conservan, aunque de manera precaria y obligan a las familias a proveerse en el mercado de alimentos.

Se puede afirmar que la agricultura para el autoconsumo es importante pues provee de elementos básicos que estructuran la dieta de las familias campesinas. Así por ejemplo, en las tres comidas que se realizan al día, en al menos una de ellas, se encuentran presentes elementos propios del lugar y que proceden de los cultivos de la parcela familiar, como por ejemplo el verde, la yuca, el maíz, el maní, o leguminosas como las habichuelas y el frejol. También es usual el consumo de carne de gallina criolla y carne de cerdo, pues estos son animales de corral cuyo cuidado recae sobre las mujeres. Con

estos productos las mujeres aseguran que “no se suba el gato a la cocina”⁷, es decir que a pesar de la carencia de ingresos monetarios se asegure la alimentación diaria de la familia. Sin embargo, la influencia del mercado es cada vez más poderosa y puede incidir en la estructura de la dieta de las familias campesinas. A medida que el mercado llega a los hogares con su oferta de alimentos procesados y elaborados a bajos costos, el consumo alimentario de las familias campesinas se ve permeado por estas tendencias, así se van modificando las prácticas alimentarias y el tipo de consumo que se realiza. En el mercado, las familias se proveen de arroz, aceite, carnes rojas y pescado, legumbres, hortalizas, sal, azúcar y otros elementos.

De una parte, tenemos la influencia del mercado que oferta comida a bajo costo, ahorra tiempo e incluso dinero a las mujeres y a sus familias, los productos que ofrece no guardan mayor coherencia con las pautas culturales de consumo, pero a cambio son de fácil preparación y pertenecen al que podríamos denominar “régimen corporativo”. Es así que el mercado ha ido “colonizando” estos espacios con productos procedentes de otros regímenes alimentarios (salsa de tomate, galletas, bebidas) y se generan tensiones con las prácticas de consumo alimentario previamente existentes.

Pero en otros casos, el mercado se ha adaptado a las exigencias del consumo alimentario derivado de las preferencias culturales de la población, por ejemplo la salprietá que es un producto típico, ahora se encuentra en el mercado. La oferta de este producto supone ahorro de trabajo y de tiempo a las mujeres, que se acogen a su compra por la facilidad que les presta.

La alimentación en esta comunidad se debate entre “lo tradicional y lo moderno”. El concepto de *modernidad alimentaria* hace mención a los cambios generados en la alimentación a partir de la expansión de regímenes alimentarios corporativos que incentivan el consumo de productos procesados.

En su lugar, la cocina tradicional manabita consta de diversas preparaciones en base a los productos como el maíz, maní, plátano verde, yuca. Para mencionar un ejemplo, con el plátano verde se puede elaborar: empanadas, bolas con queso y maní, tortas de sal, chifles, patacones, corviche, bollo, menestra de verde, majado, sopas varias, entre otras. Lo que demuestra la variedad derivada de un solo producto. A nuestro juicio, la razón de esta diversidad radica en la carencia de recursos económicos que permitan adquirir

⁷ Dicho popular manabita que hace referencia a la carencia de alimentos en el hogar.

otros productos. Las mujeres se las arreglan para procurar variedad con lo que tienen disponible, por esta razón se incurre en tan amplia gama de preparaciones.

De acuerdo con las observaciones, la alimentación se modifica y se “moderniza” en la medida en que las familias pueden obtener dinero para la compra de productos en el mercado. Si los recursos son escasos existen más posibilidades de preservar las costumbres y prácticas alimentarias propias, las maneras de elaborar y preparar los alimentos; así como las formas de autoabastecimiento, intercambio, regalo, préstamo, entre otras. Todas ellas tienen que ver con las restricciones económicas que impiden proveerse en el mercado. Cuando los hogares están en capacidad económica de suplir sus necesidades a través del mercado lo hacen, de lo contrario continúan con la elaboración “artesanal” de productos como la salprieda, almidón de yuca, entre otros. Además, actualmente estos productos mueven circuitos locales de comercio. Una de las mujeres señala: “hacer la salprieda si es trabajo, es mejor comprarla, pero a veces digo “lo que venden en el mercado también uno lo puede hacer para no comprar”” (Diario de Campo; Marzo 2016).

La cocina tradicional manabita conserva la utilización de ciertos instrumentos como ralladores, molinillos, bateas, hornos de barro y leña, entre otros utensilios. La conservación de algunas preparaciones en las que estos intervienen está sujeta a variables generacionales. Las mujeres que sobrepasan los cincuenta años se encuentran más cercanas a este tipo de prácticas e inclusive dentro de sus hogares se puede apreciar los espacios destinados de forma exclusiva para este tipo de estructuras, como los hornos de leña. En el caso de las mujeres más jóvenes, las prácticas se modifican y cuentan con espacios improvisados para este tipo de estructuras, en algunos casos han desaparecido totalmente o han sido reemplazados por hornos modernos y cocinas a gas (fig. 5.2.). Regalado señala que el horno es un elemento clave en la tradición culinaria manabita. Para la construcción del horno:

Se hace un cajón elevado que se rellena de tierra y se deja un hoyo del tamaño del horno de barro cocido, el mismo que se lo introduce en el hoyo y se apisona la tierra en su rededor (...) Para el fuego se puede utilizar leña o carbón (Regalado 2008:75).

Por lo tanto, conservar las prácticas alimentarias y la cocina tradicional es un asunto generacional. Las mujeres avanzadas en edad están más cercanas a ciertas prácticas porque forma parte de su aprendizaje. Las mujeres más jóvenes están más relacionadas

con productos elaborados que evitan largos procesos de trabajo. Pero la cocina tradicional, como por ejemplo el uso del horno convoca a varias generaciones: hijas, nueras, nietas, entre otras.

Las prácticas alimentarias también se pueden observar en términos de su aporte nutricional, y en nuestro caso de estudio se ha detectado que en la comunidad existen múltiples patologías y enfermedades que tienen como causa principal el tipo de alimentación. La dieta presenta un elevado consumo de carbohidratos y grasas saturadas, esto se deriva de procedimientos culinarios como la fritura, que es una de las formas más frecuentes de preparación; además del uso predominante de arroz, plátano verde y yuca.

De acuerdo con una entrevista realizada a la médico de la comunidad, esta profesional sugiere que la dieta es altamente calórica y como consecuencia en la población existe la prevalencia de enfermedades como sobrepeso en todos los grupos etarios, obesidad en mujeres en edad fértil y también en hombres jóvenes, hipertensión arterial, diabetes, además de otras como la malnutrición en niños, parasitosis, anemia en adolescentes, entre otras; por lo que hablamos de casos extremos en cuanto a la nutrición. La Dra. Lili Mora indica que todas ellas se producen por el tipo de consumo: mala calidad del agua para beber, exceso en el consumo de carbohidratos y harinas, deficiencia en el consumo de frutas y verduras, sumadas a una vida sedentaria. Aunque hombres y mujeres pueden estar conscientes de esta situación, no tienen afán en modificar sus prácticas alimentarias porque el tipo de consumo se encuentra arraigado en la cultura culinaria y costumbres que se derivan de ella; y, por otro lado las restricciones económicas impiden que la dieta mejore.

Una familia de cinco miembros asegura que consume un litro de aceite en una semana y 25 libras de arroz en ese mismo lapso de tiempo. De esta manera, es fácil ganar peso al residir o acercarse a las prácticas alimentarias del lugar. Esta es una muestra de las transformaciones que han tenido lugar en el modelo alimentario, pues muchos productos como la manteca de cerdo han sido reemplazados por el aceite, se consume gran cantidad de harinas, además de los elementos como el plátano, arroz y yuca, y azúcares procedentes de las bebidas gaseosas.

Aunque la alimentación sea deficiente, en algún sentido, las razones descansan sobre las constricciones económicas, las prácticas culturales y el posible desconocimiento sobre

formas de lograr dietas adecuadas a sus requerimientos. Queremos destacar que una alimentación “soberana” pasa por todos los elementos expuestos en este trabajo y que constituyen un problema en la comunidad de nuestro estudio: la tenencia de la tierra, el acceso al agua, las formas de aprovisionamiento dependientes del mercado y de la agricultura familiar, el trabajo doméstico y de cuidados, factores todos ellos que contribuyen en distinto grado a que aquello que se pone en la olla sea de calidad o presente deficiencias.

Figura 5.2. La cocina tradicional manabita, los hornos de leña



Fuente: Imágenes capturadas por Andrea Almeida, 2016.

En síntesis, la comida es el elemento en torno al cual gira gran parte de la organización social y también de la organización del cuidado, pues invade la vida de las mujeres y está presente en su cotidianidad. Existe un consumo simbólico importante de muchos alimentos, como “matar la gallina” para celebrar, conmemorar o compartir con los otros, así como “matar al puerco”, que es un evento que convoca a la familia ampliada e incluso al conjunto de la comunidad. La comida tiene un gran poder de cohesión social, quizás aún mayor que otro tipo de eventos de carácter ritualístico, aunque ambos se amalgaman y dan el carácter particular a las prácticas alimentarias del sector rural de la provincia de Manabí.

Conclusiones

La propuesta investigativa aquí desarrollada se ha centrado en mirar el engranaje complejo de la producción-reproducción, entendiéndolo como un proceso que transcurre “De la mata a la olla” y que sigue el camino “de la tierra al plato”. En él se presta especial atención al trabajo de cuidado que se gesta en cada fase de la producción de alimentos: el abastecimiento, la producción, transformación y el consumo. Insistimos en la idea de que “De la mata a la olla” hay un proceso, y más que un proceso un trabajo, en el que convergen los esfuerzos y tiempos de hombres y mujeres, labores productivas y reproductivas, con sus cargas equitativas e inequitativas, así como el hacer familia y la recreación comunitaria. Todo esto tiene como fin último “llevar el pan a la mesa” y sostener la vida de todas las personas.

Si algo se ha dejado en evidencia a lo largo de estas páginas es la existencia de una multiplicidad de trabajos que se generan en las familias campesinas y que se enmarcan en el fenómeno de la pluriactividad. Cuando se aborda este fenómeno, se deben traer a colación las condiciones de explotación que atraviesan estas formas laborales. Es decir, que no solo el trabajo doméstico y de cuidados realizado por las mujeres en el hogar se encuentra invisibilizado, sino que también el trabajo de los hombres se reviste de esta característica.

En el mundo rural, incluso lo productivo es invisible. Se trata de un trabajo sin remuneraciones adecuadas, “por jornal”, sin prestaciones sociales, que implica precarias condiciones laborales de agricultores, agricultoras, amas de casa, migrantes temporarios, asalariados no agrícolas, entre otros. Estas formas de trabajo explotadas generan relaciones asimétricas que posicionan a los agricultores familiares como último eslabón de la cadena de producción y hacen posible la transferencia de valores hacia el sector del comercio y la agroindustria, y hacia las ciudades, convirtiéndose en fuerza laboral disponible a bajo costo.

La economía familiar campesina presenta diversas estrategias de supervivencia, entre ellas la agricultura, el trabajo asalariado, la migración y actividades accesorias de generación de ingresos; por esta razón la mirada feminista sobre la economía nos permitió reflexionar sobre las experiencias de hombres y mujeres, la amplitud de

trabajos necesarios para mantener la vida que pasan por relaciones mercantiles y no mercantiles y que se vinculan con las fuentes de ingreso, la tenencia de la tierra y el modo de abastecerse.

La particularidad del contexto rural es que lo productivo no llega a ser totalmente monetizado, porque descansa sobre relaciones de reciprocidad y de distintas características. En el ámbito de la producción no se percibe un salario con el cual se puedan cubrir los costos que implica la supervivencia de los núcleos familiares, la “ganancia” a través de la venta de productos agrícolas no es contabilizada como un rubro a percibir y la obtención de dinero por jornales o a través de trabajo temporario no logra consolidar un proceso de acumulación de capital, por el contrario, se conforma una economía de subsistencia generadora de valores que se transfieren a otros eslabones de la cadena productiva.

Las economías familiares campesinas subsisten gracias a las relaciones de parentesco, circuitos interpersonales, intercambios y prestaciones entre la familia extensa. El espacio de la reproducción de la vida logra de algún modo cubrir el déficit de recursos monetarios de las unidades familiares. Por esta razón, el afán de esta investigación ha sido mostrar que “el ganador del pan necesita cuidados y alguien se los da” (Orozco 2014, 209). El trabajo de cuidar y alimentar es una labor permanente e impostergable, permite la reproducción biológica, intergeneracional y cotidiana. Como resultado, lo que sucede en las esferas monetizadas y no monetizadas repercute en un proceso vital como lo es la alimentación, esta última depende de las constricciones económicas que existan para proveerse de alimentos en el hogar y también depende de un trabajo no remunerado realizado por las mujeres. Alimentar es cuidar porque esta tarea implica relaciones entre los miembros de la familia, satisfacción de los deseos, gustos y necesidades de los otros, es decir atención al plano material e intersubjetivo que implica la preparación de alimentos.

En este trabajo investigativo salen a relucir las condiciones en las cuales se desarrolla el trabajo productivo agrícola, el mismo que se realiza sin tierra, o con un acceso limitado a este recurso, sin capital y sujeto a ciclos productivos que restringen las posibilidades de supervivencia de las familias rurales y configuran “economías de rebusque” (Pérez 2014,144), uno de cuyos ejes es el autoabastecimiento.

El cultivo de maíz en la comunidad Casas Viejas ha puesto a las familias de frente al mercado. Estas se introducen en la lógica del aprovisionamiento a través de la compra de alimentos, desplazando a la agricultura de autosubsistencia y a los huertos familiares, que no desaparecen y propician la convivencia compleja y en permanente tensión de dos modos de agricultura: la comercial y la familiar. En ambos casos, no se trata ya de augurar la desaparición de la agricultura familiar o apostar a su persistencia. Esta investigación muestra las condiciones que hacen posible su coexistencia, y cómo la progresiva mercantilización de la economía familiar campesina descansa sobre la base de relaciones familiares, trabajo de cuidado y tareas domésticas, así como redes comunitarias que se mueven en el margen de “otras economías” de carácter cooperativo.

Se debe resaltar que la agricultura no solo es un modo de subsistencia sino que también comprende un modo de vida. Hablamos de una “cultura maicera” que se evidencia en la forma de organizar la vida en torno al cultivo de esta gramínea, concepciones del tiempo a partir de los ciclos de siembra y cosecha en la temporalidad invierno-verano, saberes y trabajos ligados al maíz, al conocimiento y manejo del cultivo. Formas de producir que se reflejan en los modos de organizar la reproducción.

En el ámbito del trabajo reproductivo, en el seno de los hogares campesinos, se ha constatado que el trabajo doméstico y de cuidados es exclusivamente femenino y se asume como una labor intrínseca a las características de la feminidad, las “buenas mujeres” sacan adelante sus hogares con recursos limitados, económicos y materiales: capital, infraestructura, agua, saneamiento, etc. Este trabajo no se reconoce como tal y sin embargo aporta con las condiciones que permiten el buen desempeño de los miembros de la familia. Encontramos que en el campo operan agrupaciones familiares donde convergen la producción y reproducción, el trabajo no es distinto al cuidado y son actividades que surgen en tiempos y espacios simultáneos: la parcela, sea esta propia o arrendada. Se generan circuitos de intercambio de bienes, servicios, cuidados, alimentos, favores y en ocasiones dinero. Estos circuitos se mantienen gracias a acuerdos tácitos, implícitos y explícitos que permanecen en el tiempo como un tipo de economía moral. Las relaciones filiales padres-hijos, las relaciones entre hermanos, las vecinales, aquellas de compadrazgo y comadrazgo imponen la responsabilidad compartida del cuidado de la vida, sea que el cuidado se propicie a otros: niños, enfermos, ancianos; o si el cuidado se brinda como una forma de garantizar la protección de los individuos frente al infortunio o la desgracia.

Encontramos algunos elementos que en la comunidad Casas Viejas permiten realizar una aproximación a aquello en lo que consiste el trabajo de cuidado: el cuidado directo a las personas como niños, adultos, personas sanas y enfermas. Este se acompaña de tareas de soporte afectivo que interviene en las relaciones familiares; el cuidado a la naturaleza y a las especies animales y vegetales; la transmisión de saberes a las futuras generaciones, lo que les permite subsistir en el medio rural y el cuidado que se expresa en la alimentación como soporte de la vida. En todos los casos se reitera la feminización sobre la responsabilidad de cuidar como intrínseca a las mujeres, esto se refuerza a través de la socialización en roles diferenciados a niños y niñas en su aprendizaje de actividades generizadas, lo que contribuye al sostenimiento de la división sexual del trabajo al interior del hogar y de la distribución asimétrica de las labores domésticas y de cuidado.

Parte de las labores que se toman en cuenta en la división sexual del trabajo son las tareas alimentarias, aquellas derivadas de la transformación de alimentos que suplen las necesidades de alimentación en las familias. La alimentación se convierte en un trabajo de cuidado porque implica esfuerzo, tiempo, dedicación, trabajo, conocimientos, saberes, que aunque han sido adquiridos de manera “informal” son puestos en práctica diariamente por las mujeres de esta comunidad.

La alimentación no solo cubre una necesidad corporal, sino que en su quehacer cotidiano se encuentra invadida por los afectos, tal como indica Sandra Franco “los alimentos sin amor no sirven a los propósitos de cuidado familiar y el amor sin alimentos, con carencias y necesidades familiares, tampoco cuida” (Franco 2010, 201). Es decir que pueden existir múltiples formas de suplir las necesidades alimentarias: a través del mercado, a través de un tercero (mujer) a quien se remunere por su trabajo, a través de comedores en el lugar de trabajo u otros. Sin embargo, lo que caracteriza a esta actividad cuando está inserta en el núcleo familiar es la naturaleza de la relación que se teje entre los miembros de la familia. Los afectos se expresan cuando las mujeres dan de comer a sus hijos en atención a sus gustos y preferencias, cuando esperan con la comida caliente a sus esposos, o si realizan una preparación especial para un familiar enfermo. Pero se debe comprender que los afectos intervienen en todos sus matices, tanto aquellos relacionados con aspectos positivos como aquellos que generan sentimientos de obligatoriedad, culpa, falta de reconocimiento, inequidad en las tareas alimentarias.

En esta comunidad las mujeres manifiestan cansancio, insatisfacción y tedio con respecto a la carga que implica el trabajo doméstico y especialmente el trabajo relacionado con la preparación de alimentos, aunque muy pocas lo conciben como un verdadero problema, pues en su imaginario cocinar y ser responsable de los asuntos domésticos forma parte de un orden natural en el que fueron socializadas desde temprana edad, además se debe recordar que la familia constituye el ideal máximo a alcanzar dada la imposibilidad de construir otros proyectos de vida a causa de la falta de oportunidades.

Además, se ha resaltado que la comida constituye un elemento que permite la cohesión de las familias y de la comunidad. Quienes se reúnen en torno a la mesa afianzan sus vínculos de amistad, parentela, o inauguran nuevas relaciones poniendo en circulación alimentos y cuidados. El fenómeno alimentario no está exento de sufrir transformaciones, sobre todo por la permeabilidad de las economías familiares campesinas hacia el abastecimiento de productos en el mercado. Este consumo alimentario empieza a modelarse con pautas de consumo “modernas”, aunque mucho depende de la capacidad adquisitiva y el nivel de ingreso de las familias. Aquellas que atraviesan carencias económicas, o que se debaten en la pobreza conservan con mayor fervor las formas de auto-aprovisionamiento, que incluyen el cultivo en parcelas familiares, intercambios, préstamos de alimentos. Mientras que aquellas familias con mayor poder adquisitivo tienen menos dificultades en reemplazar los alimentos “tradicionales” por aquellos procesados. También se encuentran variables generacionales que permiten una mayor cercanía de las mujeres avanzadas en edad con las prácticas relacionadas con la cocina tradicional manabita frente a las mujeres más jóvenes que se encuentran más distantes de las formas de preparación tradicionales. Todo esto evidencia que hay un trabajo de las mujeres que hace posible la alimentación familiar.

Es preciso volver sobre la feminización de la responsabilidad en los cuidados, el trabajo doméstico y las tareas alimentarias porque “cuando los cuidados niegan el propio cuidado, cuando para cuidar una tiene que descuidarse, lo habitual es que se genere resentimiento” (Vega 2009, 32). Esto se denomina ética reaccionaria del cuidado, porque empuja a las mujeres a negar su propia existencia y subordinar sus necesidades a

las de los demás, generando una desigualdad en la distribución de tareas, y el hogar es el lugar donde esta diferenciación de cargas de trabajo se manifiesta.

En el caso de Casas Viejas algunas mujeres se sienten sobrecargadas de trabajo, pero muy pocas lo conciben como un problema a resolver, pues saben que las tareas domésticas y de cuidado forman parte de sus obligaciones y las asumen como tal. Ellas destinan trece horas semanales al mantenimiento del hogar y veintisiete a la preparación de alimentos, tareas en las que sus congéneres los varones no participan. En palabras de Franco “lo que es voluntario para unos es obligatorio para otras y los hombres pueden negarse a participar en las tareas del hogar porque esa no es su labor principal” (Franco 2010, 134), recordemos que en este y en otros lugares, prevalece la figura de hombre proveedor y mujer madre-cuidadora.

Las representaciones sobre el cuidado también se encuentran ligadas a las formas de tenencia de la tierra, de matrimonio y formas de herencia. Fenómenos como la patrilocalidad aseguran la continuidad de unidades de producción, en tanto que se generan y regeneran células productivas que tienen sus cimientos en la familia extensa que trabaja de forma estacional. De otra parte, esto contribuye a la desposesión de la herencia de las mujeres respecto de la tierra. Por ende repercute en su menor capacidad de decisión sobre qué cultivar y cómo hacerlo, decisiones que recaen sobre los varones, en su calidad de varones propietarios. Las familias monoparentales o de mujeres solas no pueden participar de otra forma que no sea a través del trabajo jornalero.

Por otra parte, en este caso de estudio encontramos que la organización social del cuidado se ha centrado en la provisión de bienestar a través de la familia y de la comunidad. Los cuidados se sitúan en los confines del hogar y han sido asumidos de manera aislada con los recursos con los que estos cuentan. Por esta razón, prevalecen los arreglos familiares y en redes comunitarias para redistribuir el trabajo. Esto sucede en el caso de la crianza de los niños, el intercambio de favores y trabajos en el marco de relaciones de reciprocidad. En el medio rural, el cuidado que provee la comunidad se convierte en un eje importante para sortear las adversidades de la vida; la muerte, la enfermedad, la falta de dinero son problemas solventados por el conglomerado social y se instituyen en prácticas frecuentes que gestionan el bienestar.

Se destaca que las relaciones de reciprocidad permiten cubrir necesidades apremiantes en un entorno de precariedad y carencia. Nos encontramos en la realidad de una población en la que las familias subsisten con alrededor de treinta dólares en la semana. En este caso se trata de uno de los rostros crueles de la precariedad. Orozco retoma las discusiones de la obra “Precarias a la deriva” y señala que la precariedad consiste en la inseguridad en el acceso sostenido a recursos necesarios para vivir vidas significativas (Pérez 2014, 191). Es en este contexto de carencia y pobreza,¹ donde los cuidados que puede proveer la comunidad se convierten en determinantes para el desarrollo de la vida. Por esta razón, en la comunidad Casas Viejas se puede visualizar la importancia que han tenido los cuidados en relación con la pobreza. Anderson advierte sobre el “shock de cuidado”, fenómeno que hace referencia a situaciones en las que la capacidad para brindar cuidados por parte de las familias estalla y como consecuencia se llega a una situación de mayor precariedad o incluso violencia. (Anderson 2007, 90)

Esta situación se debe mencionar porque la finalización de este estudio coincidió con el sismo ocurrido en abril 16 en la provincia de Manabí. Aunque este hecho no es parte de nuestro análisis, es importante mencionar que las familias rurales de la Costa han enfrentado durante años catástrofes naturales como fuertes inviernos, inundaciones, sequías, plagas en los cultivos, pérdidas de las cosechas; todas ellas situaciones que complejizan e incrementan la carga de trabajo sobre las mujeres. En la memoria de muchas mujeres se hace mención al Fenómeno del Niño, época en la que señalan que “con yuca y ají pasábamos” (María Vera, entrevista por Almeida, febrero 2016).

Es decir, que la forma en la que ha impactado el terremoto permite pensar en una agudización de problemas persistentes en esta y otras comunidades rurales de la provincia de Manabí, los mismos que se arrastran durante décadas: imposibilidad de acceso a agua segura, vivienda deficiente, falta de oportunidades laborales y carencia de infraestructura productiva que permita el desarrollo de una agricultura familiar sostenible. Si estas condiciones persisten durante decenios, incluso antes del terremoto, se puede decir que esto sucede porque existe una cultura institucional que lo tolera y un aprendizaje o adaptación de la población a la hora de resolver las cargas de cuidado y de trabajo productivo y reproductivo mediante las familias y la organización comunitaria.

¹ De acuerdo a la encuesta realizada a un grupo de mujeres en la comunidad se determinó que las familias subsisten con \$27,40 a la semana, lo que equivale a \$109,60 mensuales y \$3,91 diarios.

En este escenario será pertinente evaluar cuál será el rumbo que tomen las formas de aprovisionarse y las repercusiones de esta catástrofe en el cuidado de la vida.

La ausencia del Estado, municipios e instituciones públicas en este territorio ha sido cubierta por la iniciativa comunitaria, sin olvidar que las relaciones comunitarias se recrean sobre lazos afectivos, de amistad y familiares que sostienen un “yo” colectivo, con capacidades propias para actuar, capacidades limitadas, pero propias a fin de cuentas. Aunque es preciso no exaltar las formas de cuidado que surgen en el seno de la ausencia del Estado y de las instituciones públicas, pues es evadir la deuda y la responsabilidad social que tiene tanto el mercado como el Estado con poblaciones rurales que se debaten en el día a día frente a la pobreza y falta de oportunidades.

En el caso de la comunidad Casas Viejas podemos hablar de la existencia de un sistema de cuidados en el que ha existido nula o escasa participación estatal, los servicios sociales como educación y salud son incipientes y la cotidianidad discurre entre los arreglos familiares y comunitarios para cubrir las carencias de unas instituciones lejanas y en medio de la escasez de recursos económicos. Esto nos remite a la pregunta formulada por la economía feminista sobre ¿Cómo organizarse para sostener la vida? Dado que existe una responsabilidad colectiva sobre los cuidados como actividades que nos permiten habitar en sociedad, la mirada feminista de la economía recalca que es preciso apuntar a la redistribución de la responsabilidad sobre el cuidado para que este no recaiga de manera exclusiva sobre las mujeres y dentro de este grupo también de forma desigual.

En el caso de la alimentación, si esta se considera como parte del trabajo de cuidado, que es uno de los argumentos que se sostienen en esta investigación, se advierte que ésta ha sido un asunto familiar al que poco tratamiento se le ha dado, al ser considerado como un asunto privado-doméstico y por lo tanto “distante de cualquier intervención pública, lo que dificulta el debate y la acción comunitaria e institucional” (Franco 2010,120). Es así que las tareas de alimentación no se ven porque están al interior del hogar y aparecen como incuestionables, pero en este punto se debe volver sobre la consigna de que “lo personal es político” ya que cocinar no es una cuestión o un problema que nos atañe de manera exclusiva a las mujeres, así como tampoco lo es la administración del hogar, el trabajo doméstico y de cuidados, pues se trata de estructuras sociales, económicas y políticas que nos colocan en situaciones de inequidad

y repercuten en la construcción de nuestra identidad social ligada al papel de cuidadoras por excelencia. Develar esta condición de sobrecarga de trabajo reproductivo sobre las mujeres ha sido uno de los principales puntales de la economía feminista y de cuidados.

El bienestar concreto, el material, cotidiano, el que se hace cargo de los cuerpos y los afectos se sigue gestionando en los hogares o entre hogares habitados por mujeres de distintas generaciones. La intención de esta investigación ha sido mirar ese lugar donde se cimientan las condiciones de posibilidad de la vida: el techo, los afectos, el ocio, la alimentación, como hecho invisible e invisibilizado. Alimentar en el contexto precario de esta comunidad rural en la provincia de Manabí, es el resultado de muchos trabajos realizados por hombres y mujeres y que se suscitan en aquel espacio comprendido entre “la mata y la olla”, representado por el par producción-reproducción con miras a la sostenibilidad de la vida.

Lista de referencias

- Acosta, Alberto. 2012. *Breve Historia Económica del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Agarwal, Bina. 1997. ““Bargaining” and gender relations: within and beyond the household”. *Feminist Economics* 3 (1): 1-51.
- Anderson, Jeanine. 2007. “Géneros de cuidados”. En *Fronteras interiores: identidad, diferencia y protagonismo de las mujeres*, editado por Maruja Barrij, 72-93. Perú: Instituto de Estudios Peruanos.
- Benería, Lourdes. 1981. “Acumulación, reproducción y el papel de la mujer en el desarrollo económico: Una revisión a Boserup”. En *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, editado por Magdalena León, 23-38. Bogotá: ACEP.
- _____. 1999. “El debate inconcluso sobre el trabajo no remunerado”. En *El Debate sobre el trabajo doméstico Antología*, compilado por Dihna Rodríguez y Jenifer Cooper, 53-90. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Bosch, Anna, Carrasco, Cristina y Grau, Elena. 1990. “Verde que te quiero violeta” Encuentros y desencuentros entre feminismo y ecologismo. http://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Boletin_ECOS/10/verde_que_te_quiero_violeta.pdf.
- Bosch, Anna, Amoroso, María Inés y Fernández, Hortensia. “Arraigadas en la tierra”. 2010. PDF. <https://porunavidavivible.files.wordpress.com/2012/09/arraigadas-en-la-tierra.pdf>.
- Bourdieu, Pierre. 2002. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. México: Editorial Taurus.
- Carbonell, Monserrat. 2014. “Género y cuidados: respuestas sociales e institucionales al surgimiento de la sociedad de mercado en el contexto europeo”. *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 33: 17-32.
- Carrasco, Cristina. 2009. “Mujeres, sostenibilidad y deuda social”. *Revista de Educación*, número extraordinario, 169-191. http://www.revistaeducacion.mec.es/re2009_08.htm.
- Carrasco, Cristina, Cristina Borderías, Teresa Torns. 2011. “Introducción: el trabajo de cuidados. Antecedentes históricos y debates actuales”. En *El trabajo de cuidados historia, teoría y políticas*, editado por Cristina Carrasco, Cristina Borderías, Teresa Torns, 13-95. Madrid: Catara.
- Carrasquer, Pilar. 2013. “El redescubrimiento del trabajo de cuidados: algunas reflexiones desde la sociología”. *Cuadernos de Relaciones Laborales* 3 (1): 91-113. <http://revistas.ucm.es/index.php/CRLA/article/view/41633/3969>.
- Carrión, Diego y Stalin Herrera. 2012. *Ecuador rural del siglo XXI. Soberanía alimentaria, inversión pública y política agraria*. Quito: Instituto de Estudios ecuatorianos.
- Craviotti, Clara. 2014. “Presentación: una lectura sobre las agriculturas familiares del actual contexto latinoamericano”. En *Agricultura familiar en Latinoamérica. Continuidades, transformaciones y controversias*, compilado por Clara Craviotti, 9-24. Buenos Aires: CICCUS.
- CEPAL-FAO-IICA. 2013. *Perspectivas de la agricultura y el desarrollo rural en las Américas: una mirada hacia América Latina y el Caribe 2014*. San José: IICA.
- Chayanov, Alexander. 1974. *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

- Dalla Costa, María Rosa y Selma James. 1971. *Las mujeres y la subversión de la comunidad*. México: Siglo XXI.
- _____. 2006. “La sostenibilidad de la reproducción: de las luchas por la renta a la salvaguardia de la vida”. En *Laboratorio feminista, transformaciones del trabajo en una perspectiva feminista, producción, reproducción, deseo, consumo*, editado por Laboratorio Feminista, 59-78. España: TierradeNadie.
- _____. 2009. *Dinero, perlas y flores en la reproducción feminista*. España: Akal.
- De Barbieri, Teresita. 1978. “Notas para el estudio del trabajo de las mujeres: el problema del trabajo doméstico”. En *Debate sobre el trabajo doméstico. Antología*, compilado por Dihna Rodríguez y Jenifer Cooper, 109-120. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Deere, Carmen Diana. 1982. “La mujer rural y la producción de subsistencia en la periferia capitalista”. En *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, editado por Magdalena León, 13-22. Bogotá: ACEP.
- _____. 1992. *Familia y relaciones de clase: el campesinado y los terratenientes en la sierra norte del Perú, 1900-1980*. Lima: IEP.
- _____. 2006. “¿La feminización de la agricultura? Asalariadas, campesinas y reestructuración económica en América Latina rural”. *ALASRU. Análisis Latinoamericano del medio rural* 4: 77-136.
- Deere, Carmen Diana, Jaqueline Contreras, Jennifer Twyman. 2010. “Derechos de propiedad y acumulación de activos de las mujeres a través del ciclo de vida: violencia patrimonial en Ecuador”. *ALASRU. Análisis Latinoamericano del medio rural* 5:135-176.
- Deere, Carmen Diana y Magdalena León. 1982. “Producción campesina, proletarización y la división sexual del trabajo en la Zona Andina”. En *Las trabajadoras del agro: debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe*, editado por Magdalena León, 115-132. Bogotá: ACEP.
- _____. 2002. *Género, Propiedad y Empoderamiento: tierra, Estado y mercado en América Latina*. Ecuador: Flacso.
- _____. 2003. “La brecha de género en la propiedad de la tierra en América Latina” traducción de “The Gender Asset Gap: Land in Latin America”. *World Development*, Vol 31(6): 925-947.
- Díaz, Cecilia. 2008. “Nuevos análisis para nuevos problemas. La sociología ante los cambios alimentarios”. *Centro de Iniciativas Culturales y Estudios Economicos y Sociales (CICEES)* 57: 80-90.
- Díaz, Cecilia y Cristobal Gómez. 2005. “Sociología y alimentación”. *Revista Internacional de Sociología* 63 (40): 21-46. doi:10.3989/ris.2005.i40.188.
- Dirven, Martine. 2004. “El empleo rural no agrícola y la diversidad rural”. *Revista de la CEPAL* 83:50-69.
- Esquivel, Valeria. 2012. *La Economía Feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*, editado por Molano Adriana, Elisabeth Robert y Anell Abreu. Santo Domingo: ONU Mujeres.
- Feder, Ernest. 1977. “Campesinistas y descampesinistas. Tres enfoques divergentes (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado”. *Revista Comercio Exterior* 27 (12): 1439-1446. <http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/403/5/RCE5.pdf>.
- Federici, Silvia. 2013. *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid. Traficantes de Sueños.
- Flick, Uwe. 2004. *Introducción a la investigación cualitativa*. Coruña: Ediciones Morata/Fundación Paideia Galiza.

- Folbre, Nancy. 1986. "Hearts and spades: paradigms of household economics", *World Development* 14 (2): 245-255.
- Franco, Sandra. 2010. "El sostén de la vida: la alimentación familiar como trabajo de cuidado". Tesis de doctorado, FLACSO Argentina.
- _____. "La alimentación familiar: una expresión del cuidado no remunerado". *Prácticas de oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales*. 6. <http://ides.org.ar/wp-content/uploads/2012/04/artic243.pdf>.
- Galcerán, Monserrat. 2006. "Introducción: Producción y Reproducción en Marx". En *Laboratorio feminista, transformaciones del trabajo en una perspectiva feminista, producción, reproducción, deseo, consumo*, editado por Laboratorio Feminista, 13-26. España: Tierra de Nadie.
- Gilces Amparo y Fredy Montenegro. 2008. "Tenencia de Tierras en doce comunidades en la provincia de Manabí: el caso de Rocafuerte". En *¿Reforma Agraria en el Ecuador? Viejos temas nuevos debates*, editado por Frank Brassel, Stalin Herrera, Michel Laforge, 103-118. Quito: SIPAE
- Gracia, Mabel. 1996. *Paradojas de la alimentación contemporánea*. Barcelona: Icaria.
- _____. 2005. "Maneras de comer hoy comprender la modernidad alimentaria desde y más allá de las normas". *Revista Internacional de Sociología* 63 (40):159-82. doi:10.3989/ris.2005.i40.193.
- Guber, Rosana. 2004. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires/Barcelona/México: Paidós.
- Heinisch, Claire. 2013. "Soberanía Alimentaria: un análisis del concepto". En *Comercialización y Soberanía Alimentaria*, editado por Francisco Hidalgo, Pierril Lacroix, Paola Román, 11-36. Quito: SIPAE.
- Heynig, Klaus. 1982. "Principales enfoques sobre la economía campesina". *Revista de la CEPAL* 16: 115-154.
- Himmelweit, Susan. 2011. "El descubrimiento del trabajo no remunerado: consecuencias sociales de la expansión del término trabajo". En *El trabajo de cuidados historia, teoría y políticas*, editado por Cristina Carrasco, Cristina Borderías, Teresa Torns, 199-223. Madrid: Catara.
- Hocsman, Luis. 2014. "Horizonte para la producción campesina y agricultura familiar en el modelo agroalimentario hegemónico mundial. Visión desde el Cono Sur." En *Agriculturas campesinas en Latinoamérica Propuestas y desafíos*, compilado por Francisco Hidalgo, Pilar Lizarraga, 35-54. Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales IAEN.
- IICA, Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura. 2012. *Línea Base Proyecto Piñón para Galápagos*. Quito: IICA.
- _____. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura. 2014. *Diagnóstico agroindustrial de cadenas productivas*. Quito: IICA.
- Jelin, Elizabeth. 2014. "Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza: realidades históricas, aproximaciones analíticas". *Revista Ensamblés* 1: 11-36.
- Kopp, Adalberto. 2011. *Organizaciones Indígenas Campesinas y Soberanía Alimentaria*. La Paz: Plural Editores.
- Long, Norman. 2007. *Sociología del Desarrollo: Una perspectiva centrada en el actor*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social- El colegio de San Luis.
- Manzano, Bernardo. 2014. "Cuando la agricultura familiar es campesina" En *Agriculturas campesinas en Latinoamérica Propuestas y desafíos*, compilado

- por Francisco Hidalgo, Pilar Lizarraga, 9-34. Quito: Instituto de Altos Estudios Nacionales IAEN.
- Martínez, Luciano. 2013. *La Agricultura Familiar en el Ecuador*. Quito: FIDA-RIMISP.
- _____. 2014. "Presentación". *Eutopía* 6: 5-8.
- McMichael Philip. 2009. "A food regime genealogy". *Journal of Peasant Studies*, 36: 139 -69.
- Meillasoux. Claude. 1987. *Mujeres, graneros y capitales*. México D.F: Siglo XXI Editores.
- Molyneux, Maxine. 1979. "Más allá del debate sobre el trabajo doméstico". En *Debate sobre el trabajo doméstico Antología*, compilado por: Dihna Rodríguez y Jenifer Cooper, 13-52. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Narotzky, Susana. 1987. "La renta del afecto: ideología y reproducción social en el cuidado de los viejos". En: *Antropología de los pueblos de España IV Congreso de Antropología, Alicante*. Publicado en J. Prat, U. Martínez, J. Contreras, I. Moreno. Madrid: Taurus.
- ONU Mujeres. 2012. *La Economía Feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*, editado por Molano Adriana, Elisabeth Robert y Anell Abreu. República Dominicana: ONU Mujeres
- Papuccio de Vidal, Silvia. 2011. *Mujeres, Naturaleza y Soberanía Alimentaria*. Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.
- Pérez Orozco, Amaia. 2006. "La economía de icebergs, trabajos e (in) visibilidades". En *Laboratorio feminista, transformaciones del trabajo en una perspectiva feminista, producción, reproducción, deseo, consumo*, editado por Laboratorio Feminista, 233-253 España: Tierradenadie ediciones.
- _____. 2014. *La subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Picchio, Antonella. 1994. "El trabajo de reproducción, tema central en el análisis del mercado laboral". En *Las mujeres y el trabajo*, editado por Cristina Borderías, Cristina Carrasco y Carmen Alemany, 453-490. Madrid: Fuhem-Icaria.
- Poulain, Jean Pierre. s.f. "Cómo estudiar los fenómenos alimentarios": 1-41
- Ramírez, Adrián. 2014. "IX Congreso de ALASRU: América Latina nuevamente a debate". En *Revista ALASRU Análisis Latinoamericano del medio Rural*, editado por Adrián Ramírez, 7-16. México: ALASRU.
- Redfield, Robert. 1956. *Peasant society and culture. An anthropological approach to civilization*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Regalado, Libertad. 2008. *Manabí y su comida milenaria*. Ecuador: Impresos J. Henriques.
- Schneider, Sergio. 2014. "El concepto de agricultura familiar en América Latina". En *Agricultura familiar en Latinoamérica. Continuidades, transformaciones y controversias*, compilado por Clara Craviotti, 25-56. Buenos Aires: CICCUS.
- Schubert, Lisa. 2008. "Household Food Strategies and the Reframing of Ways of Understanding Dietary Practices". *Ecology of Food and Nutrition* 43 (3): 254-279. doi: 10.1080/03670240701781879.
- Simmel, Georg. 2001. "Sociología de la comida" en *El individuo y la libertad: ensayos de crítica de la cultura*. Editorial Península.
- Thomas, Carol. 2011. "Deconstruyendo los conceptos de cuidados". En *El trabajo de cuidados historia, teoría y políticas*, editado por Cristina Carrasco, Cristina Borderías, Teresa Torns, 145-175. Madrid: Catara.

- Van der Ploeg, Jan Douwne. 2010. *Nuevos campesinos: campesinos e imperios alimentarios*. Barcelona: Icaria.
- Vásconez, Alison. 2012. *La Economía Feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región*, Editado por Molano Adriana, Elisabeth Robert y Anell Abreu. Santo Domingo: ONU Mujeres.
- _____. 2012. *Protección social y trabajo no remunerado: Redistribución de las responsabilidades y tareas de cuidado. Estudio de caso Ecuador*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Vega, Cristina. 2009. *Culturas del cuidado en transición: espacios, sujetos e imaginarios en una sociedad de migración*. Barcelona: UDC.
- _____. 2016. "Comunidades políticas en el cuidado. Imaginar y andar la reproducción desde América latina y el sur de Europa". Manuscrito inédito.
- Vega, Cristina, Raquel Martínez y Paredes Myriam. 2009. *Cuidado, comunidad y común. Explorando experiencias, ámbitos y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el Sur de Europa*. Traficantes de sueños. Manuscrito inédito.
- Yumbra, María Rosa. 2011. "Encadenamiento agroalimentario: Solución sustentable de desarrollo rural o consolidación del poder agroindustrial". *Eutopia -2 Revista de Desarrollo Económico Territorial* 2: 115-134.

Bases de datos, documentos oficiales y páginas web consultadas

- Asociación Ecuatoriana de Fabricantes de Balanceados para Animales Afaba. 2015. *Informe entorno a nivel nacional*. AFABA.
<http://www.afaba.org/portal/index.php/estadisticas-2/2014-entorno-nacional2>
- Banco Nacional de Fomento. 2014. *Rendición de cuentas 2014*.
- INEC, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. 2010. VII Censo de Población y VI de Vivienda. <http://redatam.inec.gob.ec/cgi-bin/RpWebEngine.exe/PortalAction>
- _____. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. 2012. Encuesta de Superficie y Producción Agropecuaria Continua ESPAC. 2012.
- _____. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. 2012. Encuesta de Uso de Tiempo EUT.
- _____. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos. 2015. Encuesta Nacional de Empleo, Desempleo y Subempleo ENEMDU.
- MAGAP, 2014. Ministerio de Agricultura Ganadería y Pesca. Boletín Situacional Maíz duro seco 2014. Quito: MAGAP. [http://C:/Users/Usuario/Downloads/iboletin-maiz-duro-seco-2014-actualizado%20\(3\).pdf](http://C:/Users/Usuario/Downloads/iboletin-maiz-duro-seco-2014-actualizado%20(3).pdf)
- _____. Ministerio de Agricultura Ganadería y Pesca. 2015. *La política Agropecuaria Ecuatoriana. Hacia el desarrollo territorial rural sostenible 2015-2025*. <http://www.agricultura.gob.ec/la-politica-agropecuaria-ecuatoriana-hacia-el-desarrollo-territorial-rural-sostenible-2015-2025/>
- SIISE, 2015. Sistema de indicadores de Soberanía alimentaria. SIISE.
<http://www.siise.gob.ec/siiseweb/siiseweb.html?sistema=9#>
- SINAGAP, Sistema Nacional de Información de Agricultura, Ganadería, Acuicultura y Pesca 2013. <http://sinagap.agricultura.gob.ec/produccion-maiz>
- III Censo Nacional Agropecuario, 2000.
- III Censo Avícola Ecuatoriano, 2006.

Entrevistas

Agustín Castro, Ingeniero Plan Semillas MAGAP, enero 2016.
Amelia Cruz, comunidad Casas Viejas, febrero 2016.
Analía Estrella, comunidad Casas Viejas, marzo de 2016.
Freddy Garzón, comunidad Casas Viejas, enero 2016.
Graciela Garzón, comunidad Casas Viejas, febrero de 2016.
Ignacio Gómez, comunidad Casas Viejas, marzo de 2016.
Isabel Ibarra, comunidad Casas Viejas, marzo de 2016.
Zoraida Lemus, comunidad Casas Viejas, marzo 2016.
Efraín Loor, comunidad Casas Viejas, abril 2016.
Erminio Loor, comunidad Casas Viejas, abril 2016.
Elizabeth Mendoza, comunidad Casas Viejas, enero 2016.
Lili Mora, Médico Dispensario de Salud, Seguro Social Campesino, comunidad Casas Viejas, abril 2016.
Carmen Parra, comunidad Casas Viejas, marzo de 2016.
Emilio Pinargote, comunidad Casas Viejas, abril de 2016.
Karol Pinargote, comunidad Casas Viejas, abril de 2016.
Viviana Pinargote, comunidad Casas Viejas, febrero 2016.
Rita Rendón, comunidad Casas Viejas, abril de 2016.
Celia Segovia, comunidad Casas Viejas, noviembre de 2015.
Doris Segovia, comunidad Casas Viejas, noviembre de 2015.
Nidia Solórzano, enfermera Dispensario de Salud, Seguro Social Campesino, comunidad Casas Viejas, enero 2016.
Dayana Zambrano, comunidad Casas Viejas, abril 2016.
Irene Zambrano, comunidad Casas Viejas, abril 2016.
María Vera, comunidad Casas Viejas, febrero 2016.